

¿Existe Dios?

Estudio 1,

La solidez de una casa no puede ser mayor que la de sus cimientos. Todas las diferentes partes de una casa se verán afectadas por los cimientos sobre los cuales se asienta.

Lo que el cimiento es para una casa, la pregunta «¿Existe Dios?» lo es para la vida. Nuestra creencia o no creencia en Dios constituye el cimiento de nuestra manera de pensar, le da color o marco interpretativo a todas nuestras ideas acerca de la vida.

Por tanto, la interrogante más profunda que alguien puede plantearse es «¿Existe Dios?». La razón por la cual esta pregunta es tan significativa se debe a que la respuesta que se le dé, afectará todas las respuestas a todas las demás interrogantes que nos planteemos acerca de la vida.

Por ejemplo, digamos que un hombre responde a esta pregunta diciendo: «No, Dios no existe». Entonces, al responder este hombre a la pregunta: «¿Cómo debo vivir mi vida?», llegará a la siguiente conclusión: «Puedo vivirla como me dé la gana. Después de todo, no soy un ser creado, y no soy responsable de darle cuenta a ninguna potestad superior. La única obligación que tengo es la de contribuir a la felicidad y productividad de mis semejantes, lo cual debo hacer hasta cierto punto. Habiendo cumplido lo anterior, lo que haga con mi vida depende totalmente de mí. Como sé que no volveré a vivir después de la muerte, debo extraer de la vida todo el gusto por vivir que yo pueda».

Ahora, supongamos que otro hombre responde a la pregunta mencionada diciendo: «Sí, Dios existe». Su respuesta a la pregunta: «¿Cómo debo vivir en este mundo?», será totalmente diferente. Puede que diga: «he sido creado por un Ser Todopoderoso. Es claro que tuvo un propósito para mi existencia, y debo descubrir ese propósito. Sólo al descubrir Su voluntad y cumplida en mi vida, podré encontrar la paz y el propósito que mi Creador se propuso para mi vida. Sé que algún día Él me llamará para que le rinda cuentas de la manera como viví en Su mundo».

Analicemos cuidadosamente la pregunta: «¿Existe Dios?». ¿Existirán razones convincentes para creer que Dios existe? No es con un argumento sobre la existencia de Dios que la Biblia da comienzo. Comienza, más bien, haciendo una afirmación acerca de Dios: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Génesis 1.1). Sin embargo, esparcidas por toda la Biblia, hay pruebas racionales de la existencia de Dios. Algunas están expresadas directamente; otras, indirectamente; y aún otras, están implícitas. Resumamos varias de ellas en una consideración que le daremos solamente a dos. Si usted reflexiona profundamente sobre estas dos razones, ellas le llevarán a creer con toda confianza que Dios realmente existe.

LA PRUEBA DEL MUNDO

La primera prueba que nos motiva a creer que Dios realmente existe, es la que proporciona el mundo que nos rodea y que está por encima de nosotros. La Tierra y el universo proclaman elocuentemente la existencia de Dios.

Vivimos en un planeta al que llamamos la Tierra.

Ésta forma parte de un sistema solar, el cual gira alrededor del Sol. Es indiscutible que este sistema solar está organizado y responde a un diseño. Todos los planetas se mantienen en sus órbitas y jamás se estrellan el uno contra el otro. Giran alrededor del Sol a una velocidad y distancia correctas. La relación de la Tierra con el Sol da lugar a la sucesión del día y la noche y de las estaciones climáticas. Este planeta siempre se encuentra a la distancia correcta del Sol. Si nos alejáramos tan sólo un mínimo nos congelaríamos; si nos acercáramos, nos freiríamos.

Los científicos nos dicen que en el espacio hay grandes cantidades de sistemas solares más allá del nuestro. No tenemos certeza de las dimensiones del universo. Nuestros telescopios no pueden llevar nuestra visión hasta sus confines; nuestras mentes no pueden abarcar su anchura. Aunque hay mucho que conocer acerca del universo, una cosa sí es segura -se trata de un universo caracterizado por el orden y el diseño. No es fortuito ni caótico; está unificado y organizado.

La existencia del universo exige que lleguemos a una de dos conclusiones: O fue creado, o se originó espontáneamente. Si uno arguye que el universo tuvo un origen espontáneo; deberá llegar a la conclusión de que se originó de la nada, o de que resultó de alguna clase de explosión cósmica de materia que ya existía. De las dos conclusiones más importantes, la única que resulta razonable creer es la de que el universo fue creado. ¿Cómo podemos creer que el universo provino de la nada y a la vez ser íntegros? ¿Cómo podemos creer con racionalidad que el universo resultó de una explosión cósmica y que la materia es 10 único que ha existido?

Suponga que un hombre se acerca a mí con un libro en sus manos. Me da el libro y me pide que le eche una mirada. Comienzo a examinarlo. Noto que el libro tiene una leyenda en la portada que dice: «Concordancia Completa de Cruden». También noto otra leyenda impresa en la parte que corresponde a la casa editorial y que dice: «Zondervan». Al voltear las páginas observo que contiene un listado en orden alfabético de todos los diferentes nombres, lugares y frases de la Biblia inglesa KJV, acompañados de la respectiva referencia de su ubicación en ésta. En la portada se declara que son más de 200.000 las referencias que se consignan en el libro. Podría decirle al hombre: «Creo que vaya tratar de contactar a la casa editora de este libro para ver si logro adquirir un ejemplar de él».

Luego el hombre me responde: «No se puede comprar un ejemplar de este libro porque no fue publicado por Zondervan ni compilado por Alexander Cruden. Tuvo un origen espontáneo. Lo hallamos ya completo. Su existencia provino de la nada». Yo le diría al hombre: «¿Me está diciendo que todo este listado de nombres, de lugares, de frases de la Biblia inglesa, no fueron compilados por alguien? ¿Me está diciendo que estas 200.000 y más referencias llegaron a existir proviniendo de la nada? ¿Me está diciendo que este libro no fue compuesto, ni impreso, ni encuadernado?».

Si el hombre respondiera: «Sí, eso es lo que estoy diciendo», yo le diría: «Sé que usted está en un error. Lo respeto como ser humano, pero mi capacidad para razonar me impide aceptar su conclusión acerca del origen de este libro. Puedo decirle sin temor de que se me pruebe lo contrario, que este libro no tuvo un origen espontáneo». Puedo estar seguro de que es correcta la respuesta que le daría a este hombre, porque mi capacidad para razonar me impide llegar a alguna otra conclusión respecto del origen del libro.

Suponga que otro hombre se me acerca y me entrega una rasuradora. El hombre me dice: «Quiero que le eche una mirada a esta rasuradora. Puede conectarle un cordón eléctrico por debajo, y por medio de la energía eléctrica puede usted encenderla y afeitarse su rostro. Le eliminará el pelo de su barba sin cortar su piel. Dentro de la parte inferior hay una especie de pila. La energía eléctrica se almacena en esta pila mientras la rasuradora esté conectada a una toma de corriente, lo cual permite que se pueda usar en el futuro. Así, cuando esté lejos de la toma de corriente, usted podrá encenderla y funcionará sin tenerla conectada. Puede usarla en casa, y también mientras se encuentra viajando». Yo podría decirle al hombre: «Esta sí que sería una herramienta de lo más útil. Yo viajo bastante, y una herramienta como esta me sería de gran utilidad. Veré si puedo comprarme una parecida a ésta».

Imagine que el hombre me dice: «Oh, no. Esta rasuradora no se puede comprar. No fue creada. Llegó a existir espontáneamente. No lejos de aquí había una fábrica en la que se almacenaba toda clase de materiales -plásticos, metales, madera, etc. Hace algunas semanas sucedió una explosión en el edificio de la fábrica. Estos materiales volaron por el aire. Estando en el aire, algunos de estos materiales se fusionaron, de algún modo se enlazaron y cayeron al suelo adoptando la forma de esta herramienta. Entre los escombros y restos del devastado edificio, encontramos esta rasuradora. No fue diseñada ni manufacturada; fue resultado de la explosión». Yo le diría a este hombre: «¿Me está pidiendo que crea que esta rasuradora no fue diseñada, ideada ni cuidadosamente ensamblada? ¿Está usted afirmando que fue resultado de la casualidad y el caos, no de la inteligencia de alguien?». Si el hombre insistiera en que la rasuradora provino de la explosión, yo le diría: «Usted debe estar en un error en cuanto a la rasuradora. Ninguna persona que razone

podría llegar a tal conclusión. No puedo concebir que una rasuradora llegue a existir de ese modo». Estaría completamente seguro de mi respuesta a este hombre. Mi capacidad para razonar me impediría sacar alguna otra conclusión.

La conclusión a la que con certeza hemos llegado en cuanto al libro y a la rasuradora, es una a la que con aún mayor certeza podemos llegar en cuanto al universo. Por más retórica y terminología científica que se usara no habría manera de hacernos creer que el universo provino de la nada ni que fue el resultado de una explosión. El universo está muchísimo mejor concebido y diseñado que un libro o una rasuradora. Si no podemos creer que un libro sencillamente llegó a existir de la nada, ni que una rasuradora fue el resultado de una explosión, ¿cómo podremos creer que el universo provino de la nada o que fue el resultado de una explosión de materia inconsciente? Todos los que han estudiado el universo detalladamente han salido de tal estudio dándose cuenta de que es una maravilla de diseño y precisión complejos.

La conclusión a la cual hemos llegado por la razón, la Biblia la afirma. En Salmos 19.1, dice: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos». En otras palabras, si nos sentamos sobre la grama durante una noche clara y miramos hacia el cielo estrellado nos hallaremos en un maravilloso culto de adoración. El predicador será el oscurecido cielo con su miríada de estrellas. Nosotros seremos la congregación. El auditorio será la grama sobre la cual nos encontremos sentados. El predicador declarará en silencio, pero con elocuencia, que las estrellas no llegaron a existir de la nada; sino que fueron creadas. El cielo estrellado proclamará la gloria de Dios. Al salir del culto de adoración, diremos: «Tiene que ser cierto el mensaje que oí de este predicador. La razón no me permitirá aceptar un mensaje diferente».

Pablo, uno de los autores del Nuevo Testamento, escribió: «Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa}} (Romanos 1.20). Las cosas visibles, tangibles, del universo, prueban la existencia de la mano invisible de Dios. Nos hablan de Su poder sin límite, y de Su carácter sobrenatural. Nos damos cuenta de que Dios existe por medio de la revelación general-el mundo que nos rodea y que está por encima de nosotros. Pablo también dijo: “Si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones” (Hechos 14.17). El mundo de nuestro planeta y el mundo del universo dan testimonio de la existencia de Dios.

Cuenta un popular relato para niños que Robinson Crusoe naufragó cerca de una isla desierta. Cuando fue arrastrado del sitio del naufragio hasta la costa, comenzó de inmediato a buscar a otros

sobrevivientes. No encontró ninguno. Él era el único que había sobrevivido al naufragio. Buscó por toda la isla para ver si encontraba a otros seres humanos; pero no encontró a ninguno. Llegó a la conclusión de que estaba totalmente solo en la isla. Se construyó una especie de casa con ramas y troncos. Vivió de frutos silvestres que crecían en la isla. Cazaba animales salvajes para proveerse de carne y de vestido. Un día, cuando caminaba por la orilla del mar, vio en la suave arena las huellas de otro ser humano. De inmediato se percató de que una de tres conclusiones era cierta: Alguien podía haber dejado aquellas huellas y se había ido. Tal vez el que había dejado las huellas había muerto, y Crusoe lo iba a encontrar muerto en la isla. Podía ser que el que había dejado tales huellas se encontraba todavía vivo en la isla. El hecho de que había otro, que no era él mismo, que había estado en la isla, hizo que su corazón casi se le detuviera de alegría. Las huellas eran la prueba. Podía tener absoluta certeza de ello. Buscó por toda la isla, y al tiempo, un viernes, encontró al indígena que había dejado las huellas. Lo llamó Viernes, en recuerdo del día que lo encontró.

A nosotros nos pasa en gran manera lo mismo que al personaje Robinson Crusoe del relato. Tenemos ante nosotros las huellas de la tierra, las estrellas, el sol y la luna. Estas huellas fueron dejadas por un Ser Todopoderoso. Habría sido insensato de parte de Crusoe el haber visto aquellas huellas y haber concluido que vinieron de la nada. Así también, sería insensato de parte de nosotros, el pasar por alto la razón y concluir que la tierra y el universo simplemente sucedieron, que provinieron de la nada.

El mundo que nos rodea y que está por encima de nosotros apunta hacia una única conclusión: Hay un Dios Todopoderoso detrás de esta tierra material y el universo material que se encuentra alrededor de ella. Podemos tener certeza de lo anterior, tanta certeza como la que tenemos de que un libro no puede sencillamente originarse proviniendo de la nada, y de que una rasuradora no puede ser el resultado de una explosión.

LA PRUEBA DEL HOMBRE

En segundo lugar, podemos creer con certeza que Dios realmente existe por la prueba que nos brinda la existencia del hombre. La existencia del hombre proclama la existencia de Dios.

El hombre es una maravilla mucho mayor que el universo material. Piense en sus facultades intelectuales. Puede razonar, creer, amar, soñar, planear y diseñar. Hay personas que hablan tres o cuatro idiomas con soltura. Los científicos nos dicen que el cerebro de una persona es más complejo que la más excelente de las computadoras que se pueda construir.

Piense en la naturaleza espiritual del hombre. El hombre siempre ha sido un ser que adora. La más primitiva de las tribus levanta su

mirada de culto hacia algún poder superior. El hombre tiene en su interior un sentido del deber. Tiene una conciencia moral dentro de él. A veces esta conciencia no es tan cultivada pero está siempre presente.

Piense en el cuerpo físico del hombre. Uno puede pasarse toda una vida estudiando cualquier parte del cuerpo humano y jamás agotar el conocimiento que podría generarse.

Piense en la vida misma. No podemos creada, ni podemos revivirla cuando se muere. No podemos explicarla plenamente, ni podemos dominada totalmente. La maravilla del hombre declara la existencia de su Hacedor.

Suponga que estamos en un aula de clase escuchado a un distinguido profesor dictando una conferencia sobre el origen de la vida. Haciendo a un lado la jerga científica que él usa, esto es lo que en esencia dice: «Al comienzo alguna clase de diminuta célula existió, la cual tenía alguna forma de vida dentro de ella. Se multiplicó, creció y se desarrolló. Una especie de criatura marina emergió. Se multiplicó, creció y se desarrolló. Una especie de criatura terrestre emergió. Se multiplicó, creció y se desarrolló. Por último, pasaron millones de años, y las criaturas conocidas como seres humanos fueron el resultado».

Al escuchar al profesor, nos enfrentamos con tres problemas que su teoría no resuelve. Soslaya estos problemas como si no tuvieran importancia ni valiera la pena mencionados; sin embargo, su manera de tratados vuelve imposible e irrazonable la aceptación de su teoría. El primer problema es explicar el origen de la vida. Su teoría da por sentado que la vida provino de la nada. A cualquier persona le resulta imposible creer que un libro provino de la nada y que una rasuradora provino de una explosión, y la vida es mucho más compleja que un libro y una rasuradora. El hombre puede crear un libro y una rasuradora, pero no puede crear la vida. Sin embargo, el profesor nos pide que creamos que la vida provino de la nada.

El segundo problema es explicar la existencia de la ley natural. La teoría del profesor da por sentado que la ley natural provino de la nada. Nuestro mundo está gobernado por leyes naturales. Si usted no come ni de modo alguno toma alimentos para su cuerpo, morirá. No puede pasar por alto ni escapar de esta ley. A nadie se le exime de ella. Si usted no duerme, su cuerpo sucumbirá exhausto. Usted no puede violentar esta ley natural. Tampoco puede estar por encima de la ley natural de la muerte. La tasa de mortalidad de los seres humanos es del 100 por ciento. No hay excepciones. El profesor presupone que la ley natural sencillamente sucedió.

El tercer problema es la explicación para la existencia de la familia. La especie humana está compuesta por familias. No

podemos encontrar un periodo de la historia humana conocida, en el que la familia no existiera. El profesor desea que creamos que el varón alcanzó la madurez al mismo tiempo que la mujer. Que sencillamente descubrieron que era agradable estar juntos y así el varón y la mujer continuaron desarrollando relaciones familiares por el resto de la historia conocida. El varón es diferente de la mujer, y viceversa; sin embargo, son semejantes en compatibilidad y acompañamiento. El profesor dice que alcanzaron la madurez al mismo tiempo y que esto dio como resultado la familia. En otras palabras, sostiene que la familia provino de la nada -es decir, sucedió por casualidad.

Nuestras mentes se resisten a darle cabida a la idea de que la vida provino de la nada, que la ley natural provino de la nada y que la familia humana provino de la nada. La única explicación racional que se puede dar a la existencia del hombre es que éste fue creado por un Ser Todopoderoso, el cual lo puso en esta tierra para un propósito especial.

La conclusión a la cual hemos llegado por la razón, en la Biblia se expresa con claridad; pues esto es lo que nos dice el primer capítulo de ella: «Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; [...]» (Génesis 1.26). Según la Biblia lo establece, la vida humana provino de la vida divina. y nos dice todavía más: «y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra» (Génesis 1:27,28). Dios le dio al ser humano una naturaleza espiritual, una semejanza con Él. Creó la familia al crearlos varón y hembra; y también creó las leyes naturales que gobernarían toda la vida en la tierra.

La razón nos obliga a creer que la vida humana fue creada por la mano del Todopoderoso para un propósito divino. Al igual que el salmista, podemos afirmar sin temor a equivocarnos: «Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien» (Salmos 139.1314).

Un misionero dijo una vez: «He estado en varios países del mundo, y en todos he tenido una experiencia parecida. Por ejemplo, cuando a los niños se les enseña que dos más dos da cuatro, siempre responden igual. Analizan lo enseñado y luego llegan a la conclusión de que la respuesta es correcta. Hay algo en sus mentes que adopta ese concepto y lo acepta como verdadero. Del mismo modo, cuando a personas de diferentes países se les enseña que Dios creó la tierra, el universo y el hombre, lo analizan, y luego llegan a la conclusión de que este concepto debe ser correcto. Nuevamente, hay algo en sus mentes que adopta tal enseñanza y la

acepta como verdadera. Esta ha sido la respuesta que he recibido en toda nación y país que he visitado».

Cuando uno reflexiona sobre la existencia del hombre -su vida, su inteligencia, su naturaleza espiritual, su conciencia moral, y su cuerpo físico- indefectiblemente llegará a la conclusión de que una entidad así no pudo haber llegado a existir por casualidad, sino que fue creada por un Ser Todopoderoso. Uno puede tener certeza de que Dios realmente existe. La existencia del hombre es prueba de ello.

CONCLUSIÓN

Considere seriamente las dos pruebas que hemos presentado -la prueba del mundo y la prueba del hombre. La conclusión obligada es tan cierta e innegable que la Biblia llega, incluso, a afirmar: «Dice el necio en su corazón: No hay Dios» (Salmos 14.1).

La razón también nos lleva a creer que el Dios que nos hizo, nos llamará un día a juicio y nos pedirá que demos cuenta de la forma como hemos vivido. Esta es precisamente la razón por la que Dios envió a Jesús al mundo y nos ha dado la Biblia. Él ha querido que sepamos por qué estamos aquí y qué se espera de nosotros. Jesús dijo: «El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero» (Juan 12.48).

La más maravillosa verdad que Jesús y la Biblia nos revelan, es que Dios desea adoptarnos como Sus hijos. ¡El mismo que hizo el sol, la luna, las estrellas, la tierra, y el universo entero, es el que desea tener comunión conmigo dentro de su familia eterna! Me ha invitado a formar parte de Su familia por medio del evangelio de Su Hijo. Cuando obedezco a este evangelio, soy adoptado como parte de Su familia espiritual (Efesios 1.5; Gálatas 4.6), la cual hago por la fe en Jesús, el arrepentimiento de mis pecadas, la confesión de Jesús y el bautismo en el cuerpo de Cristo. Según lo enseñan las Escrituras, uno puede saber no solamente que Dios realmente existe, sino también ¡que uno es verdaderamente hijo de Él!

¿Es la Biblia la Palabra de Dios?

Lección 2,

La Biblia misma afirma ser inspirada por Dios (2ª Timoteo 3.16-17). La frase griega que se traduce por «inspirada por Dios», significa literalmente «insuflada por Dios». A los grandes escritores seculares, por ejemplo León Tolstoi, les han “inspirado” una variedad de estímulos, entre los que se incluyen principios morales y eventos épicos; no sucedió así con la Biblia, la cual señala a Dios mismo como su fuente de inspiración. El apóstol Pedro, quien también fue

autor de varios de los libros del Nuevo Testamento, escribió que nunca fueron traídas las profecías bíblicas «por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo movidos por el Espíritu Santo» (2ª Pedro 1.21).

El propósito de esta lección es familiarizado con este Libro inspirado. Se incluirán algunas pruebas del origen divino de la Biblia, sin embargo el principal objetivo de este capítulo es despertarle el interés en esta maravillosa obra -animarlo a leerla usted mismo. Cuando uno lee la Biblia y sigue sus preceptos (Santiago 1.21-25), comienza a entender por qué este extraordinario Libro ha dejado tan honda huella en la gente de todas las épocas.

Se presentan en este capítulo las que un autor llamó «Las Siete Maravillas del Mundo de la Palabra»: Las maravillas de su antigüedad, actualidad, diversidad, unidad, tema y consolación. Hay otras maravillas que podrían mencionarse, tales como su precisión histórica y geográfica, y su imparcialidad; pero las anteriores son suficientes para hacer que, al igual que uno de los autores del libro de los Salmos, exclamemos: ¡«Maravillosos son tus testimonios»! (Salmos 119.129a).

LA ANTIGÜEDAD DE LA BIBLIA

¡La Biblia es uno de los libros más antiguos de todo el mundo! Por lo general, los libros no tienen la oportunidad de llegar a ser muy viejos. Esto se debe a que son demasiado frágiles: el fuego los consume, el agua los disuelve, los insectos los devoran y dedos torpes los maltratan.

Las partes más nuevas de la Biblia tienen casi dos mil años de existir. ¡Otras partes tienen el doble de antigüedad! ¡No hay libro en el mundo que se le compare en edad! La antigüedad de la Biblia es una muestra de su permanencia e indestructibilidad.

Los textos más antiguos se encuentran en el Antiguo Testamento, entre ellos están: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Éstos fueron escritos por Moisés y en ellos se incluye el relato acerca del origen del hombre y de los primeros días de la historia escrita. Se puede decir con toda certeza que ¡estos escritos proceden de los más antiguos y completos manuscritos que hay en poder del hombre hoy día!

Lo sorprendente de que la Biblia haya alcanzado esta antigüedad está en el hecho de que ha sido así, a pesar de que el hombre mismo ha tratado de destruirla. Una y otra vez, los más poderosos gobiernos que ha habido sobre la tierra, han procurado acabar con ella: hubo hombres que fueron a la horca por leerla, otros murieron en la hoguera por tenerla, y aún otros sufrieron torturas de indescriptible crueldad por estudiar sus páginas -sin embargo, ¡la cantidad de

ejemplares de la Biblia que hay sobre la tierra, es mayor que la de cualquier otro libro que jamás se escribió!

A finales del siglo II d.C., el emperador romano Diocleciano decretó la muerte para toda persona que poseyera un ejemplar de la Biblia. El decreto también condenaba a muerte a los familiares del prisionero por no informar de la desobediencia de éste. La anterior fue la despiadada manera como el poderoso romano procuró eliminar los escritos que condenaban sus excesos y tiranía. Al cabo de dos años, Diocleciano se jactó diciendo: «He eliminado completamente los escritos cristianos de la faz de la tierra».

Un siglo más tarde, a otro emperador romano, Constantino, le impresionó tanto el cristianismo que ordenó hacer ejemplares del Nuevo Testamento para todas las iglesias de su imperio. Ofreció una sustancial recompensa a todo el que localizara y entregara a sus oficiales un ejemplar de la Palabra de Dios. En un lapso de veinticuatro horas estaban entregándole cincuenta ejemplares de las Escrituras al emperador -¡a pesar de que Diocleciano creyó haberlas destruido todas!

Aunque escrita en materiales perecederos, con tinta que rápidamente se desteñía -expuesta a los estragos del tiempo, las fuerzas de la naturaleza y las destructivas confabulaciones del hombre- la Biblia ha sobrevivido hasta llegar al presente siglo. ¿Qué otra explicación, que no sea la providencia de Dios, se puede dar de su larga y fabulosa historia?

SU ACTUALIDAD

A pesar de su antigüedad, la Biblia es un libro actual en todos sus diferentes aspectos. Los libros antiguos no suelen tener sus enseñanzas a la altura de los tiempos. Un libro de ciencias de hace diez años, ya es obsoleto. Uno que tenga cien años de edad, es una curiosidad. La información médica de un libro como la Salmons Embriology (Embriología de Salmón), impreso en el año 1.700, le provocaría un ataque de risa a un médico de la actualidad. La Pharmacopia Londinense (Farmacopea Londinense, el del año 1.600, parece aún más ridícula de un médico practicara la Medicina ateniéndose a los dictámenes de tan famoso texto, ¡sería encarcelado por los que regían la práctica médica!

En Italia crece una hierba [. . .] cuya flor es de un blanco purísimo, la cual expide una exquisita fragancia, sin embargo, tiene, además, una extraña propiedad: si se colocan las flores debajo de rocas húmedas y se les deja a la intemperie, se transforman, a los diez días, en venenosos escorpiones, cuya picadura causa una muerte segura.

Puede que usted responda: «No hay que juzgar con tanta dureza. Después de todo es exagerada la cantidad de conocimiento que

hemos obtenido durante el último siglo y medio. Uno no puede esperar que libros tan antiguos sean tan actuales». ¡Esto es precisamente lo que estamos diciendo! Lo que escribió Moisés, por ejemplo, data de hace 3.500 años, sin embargo no existe en sus escritos ninguna contradicción con la Ciencia y el conocimiento modernos. Libros enteros se han escrito sobre «los conceptos científicos adelantados de la Biblia». Se trata de libros en los que se recalca que los conocimientos actuales sobre campos como el de la Cosmología y la Astronomía y otros campos científicos, pueden encontrarse en las páginas de Biblia. Se mencionan en tales libros hechos probados científicamente como los siguientes:

La Tierra es redonda (Isaías 40.22; Proverbios 8.27).

La Tierra está suspendida en el espacio (Job 26.7).

El espacio es demasiado grande para ser medido o para que se puedan contar las estrellas (Génesis 15.5; Jeremías 33.22).

Los océanos tienen senderos naturales (los cuales son usados por los buques de hoy día) (Salmos 8.8).

No aseguran tales volúmenes, que la Biblia sea un tratado científico. Más bien recalcan que, cuando los escritores bíblicos mencionaron de paso temas relacionados con la ciencia, no entraron en contradicción con el conocimiento científico, error que sí cometieron otros escritores de sus tiempos.

Algunas de las más fascinantes ilustraciones del carácter permanente de la Biblia, se encuentran en el campo de la Medicina. A pesar de haber sido escrita dentro de un mundo que ignoraba totalmente las prácticas de la higiene y salud modernas, la ley que le fue dada a Moisés en el Antiguo Testamento, está llena de instrucciones sobre la importancia de la limpieza, la sanidad, la cuarentena y otros métodos para la prevención y control de enfermedades.

Hoy día, por ejemplo, es un procedimiento estándar que un cirujano use una mascarilla para operar. También, cuando alguien entra en la habitación de alguien que es particularmente susceptible de contraer enfermedades, tal persona lleva puesta una mascarilla. ¿Por qué? Porque no desea contagiar con sus gérmenes a otros. De tres mil años antes de que los científicos descubrieran la existencia de los gérmenes, ya Dios le había dado estas instrucciones a Moisés: «Y el leproso en quien hubiere llaga llevará vestidos rasgados y su cabeza descubierta, y embozado pregonará: ¡Inmundo! ¡Inmundo!» (Levítico 13.45).

Otro avance médico lo constituye la práctica de la transfusión de sangre. Hace años, se consideraba una sana práctica médica el «desangrar» a las personas; a muchos prácticamente los desangraron hasta morir. Hoy día/ no obstante, se sabe que la sangre

es el torrente que le da la vida al cuerpo. Voltee ahora a la declaración dada por Moisés en Génesis 9.4: «Pero carne con su vida, que es su sangre, no comeréis». (Énfasis nuestro.) En otras palabras, según Moisés lo dijo, la vida de la carne está en la sangre (vea también Levítico 17.11-14).

Libros enteros se han dedicado a destacar la exactitud científica de los aspectos médicos de la Biblia. En ellos se abarca una amplia gama de prácticas médicas. Un ejemplo es el siguiente:

Tanto el hombre como la mujer son depositarios de la «simiente» de la vida (Génesis 3.15; 22.18).

Es una sabia práctica someter a un proceso aséptico el cuerpo y las ropas de uno, después de haber estado en contacto con personas o animales que posiblemente hayan estado enfermos (Números 19.5-22).

Es peligroso comer animales que hayan muerto por causas naturales (Levítico 17.15)

¡No es asombroso que el más antiguo de los libros que poseemos, sea tan actual como los conceptos médicos del siglo veinte?!

La actualidad de la Biblia es una realidad que bien se puede ilustrar en todos sus diferentes temas. ¿Podría alguien alegar que el mundo ha madurado hasta superar las normas éticas que se formulan en este libro? ¿Acaso hemos alcanzado algún conocimiento superior que declare obsoletos sus preceptos? ¡De ninguna manera! El hombre actual ni siquiera ha sido capaz de emprender una senda que lleve a superar la sabiduría de la Biblia; aún si el mundo continuara existiendo durante mil años más, ¡la Palabra de Dios seguiría siendo tan actual en el siglo XXXI como lo ha sido en el XXI!

SU DIVERSIDAD

Todo lo que hemos dicho hasta ahora sería suficiente causa de asombro si la Biblia fuera un solo libro que tratara un solo tema. Pero no lo es.

La Biblia es uno de los libros más diversos del mundo. En primer lugar, se trata en realidad de dos volúmenes: el Antiguo y el Nuevo Testamentos, a los cuales los separan unos cuatro o cinco siglos. En segundo lugar, cada uno de estos dos volúmenes está subdividido en una serie de libros -treinta y nueve, el Antiguo Testamento; y veintisiete, el Nuevo Testamento- que componen un total de sesenta y seis. En tercer lugar, estos sesenta y seis libros fueron escritos por más de cuarenta diferentes autores. En cuarto lugar, ¡estos cuarenta o más autores vivieron en diferentes épocas que abarcan un período de casi dos mil años! Por último, estos autores escribieron sobre todos los temas conocidos en el campo de la Literatura -y uno más. Éste es el tema que ningún otro libro trata: la profecía verdadera. ¡Dios es el único que puede incursionar en este ámbito! Cientos de

afirmaciones proféticas de la Biblia se han llegado a cumplir con absoluta precisión. Por razones de espacio sólo daremos unos pocos ejemplos:

Profecías sobre naciones: Gran número de profecías fueron hechas, sobre la grandeza, decadencia y caída de ciertas naciones. La historia de Israel, por ejemplo, es vívidamente representada en Deuteronomio 28.47-68. También se hicieron profecías acerca de muchas otras naciones, entre las que se incluye Asiria (vea Isaías 10.12, 24-25; 2 Reyes 17.24; 18.13) Y Babilonia (vea Isaías 13; Daniel 5.28).

Profecías sobre personas: La obra del rey Josías fue anunciada más de trescientos años antes de que él naciera (1 Reyes 13.2; 2 Reyes 23.15-16), así como el reinado de Ciro de Persia (vea Isaías 44.28; 45.1). El asombroso relato acerca del fracasado intento de Senaquerib por tomar Jerusalén, es digno de mencionarse (vea 2 Reyes 19.32-35).

Profecías sobre Cristo: De aproximadamente ochocientas profecías del Antiguo Testamento, más de trescientas se centran en la persona de Jesucristo. En el capítulo 4, de este libro, se presenta una lista de muchas de estas profecías y el cumplimiento de ellas.

SU UNIDAD

Si la Biblia fuera un solo libro, escrito por un único autor, sería natural esperar que todas sus partes armonizaran. Por el contrario, si fuera un libro escrito por más de cuarenta hombres, sobre un tema cualquiera, las probabilidades de que hubiera un completo acuerdo, serían muy escasas. Es por este motivo que resulta asombrosa la alegación en el sentido de que más de cuarenta hombres escribieron sesenta y seis libros sobre tantísimo diferentes temas, y que las palabras de ellos armonizan perfectamente. Cualquiera diría: «¡Debieron de haber trabajado muy mancomunada y concienzudamente para producir tan extraordinaria obra!». Sin embargo, la historia prueba que no pudieron haberlo hecho así. La mayoría de estos hombres jamás se vieron el uno al otro. Los separaron siglos y no tuvieron la oportunidad de planear o revisar sus escritos. La armonía debería explicarse de otro modo.

Es un hecho innegable que una completa unidad existe entre todas las partes y autores de las Escrituras. Los hombres han tratado, sin éxito, de encontrar el mínimo desacuerdo en los escritos. La Biblia es un solo libro, una totalidad unificada.

Tome en cuenta, por ejemplo, sus dos partes principales: el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Aunque representan dos pactos (o acuerdos) separados, para dos grupos de personas, también separados, ellos están perfectamente entrelazados. Alguien dijo: «En el Antiguo Testamento está oculto el Nuevo, y en el Nuevo Testamento está revelado el Antiguo». El Antiguo Testamento es la raíz, y el Nuevo es el fruto.

Notemos algunos contrastes que hay entre el primero y último libros de la Biblia:

- 1) El Génesis comienza con la creación de los cielos y la tierra; Apocalipsis termina con la creación de los nuevos cielos y nueva tierra.
- 2) Génesis relata la venida de la luz y la creación del sol y la luna; Apocalipsis habla del fin del servicio de estos astros para el hombre -pues en la Nueva Ciudad (los cielos), Dios y el Cordero (Jesús) serán la luz.
- 3) En Génesis, el hombre enfrenta a Satanás y sufre una derrota. En Apocalipsis, otra batalla se pelea; pero esta vez es Satanás quien pierde y, por medio de Jesús, el hombre es vencedor.
- 4) En Génesis, el hombre es arrojado del huerto del Edén, donde el primer hombre y la primera mujer vivieron; en Apocalipsis, el hombre es reunificado con Dios.
- 5) Por último, Génesis relata cómo el hombre pierde el privilegio de comer del árbol de la vida -para que el pecado no se inmortalizara. En Apocalipsis, habiendo sido destruido el pecado, ¿se le invita al hombre a comer del árbol de la vida para que viva para siempre!

Es maravillosa la unidad del libro. Cuando contemplamos esa unidad, nos asombramos y concluimos que Dios es el Autor de este libro.

SU TEMA

La unidad de la Biblia es posible sólo porque fue una sola Mente la que supervisó la compilación de su contenido. En vista de que ningún autor humano pudo haber vivido los más de quince siglos que transcurrieron durante este período de actividad literaria, Dios es el único a quien apropiadamente se le puede llamar el Autor del Libro. En esto era lo que Pedro estaba pensando cuando dijo que «los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2ª Pedro 1.21b).

Reiterando lo dicho, no sólo fue necesario un solo autor, sino también un solo tema -con el fin de que la totalidad pudiera girar en torno a un solo eje. ¿Cuál es el tema de este Libro? No lo es «La historia de la humanidad», aunque la humanidad provee el motivo para el tema. No lo es «La historia de los judíos», aunque éstos figuran de modo prominente en el desarrollo del tema. El tema del libro es «La historia de un Hombre», un Hombre único -Jesucristo.

Bien se ha dicho que la Biblia gira en torno a Aquel que viene. El mensaje del Antiguo Testamento es: «El viene». El mensaje de los evangelios es: «El está aquí». El mensaje del resto del Nuevo Testamento es: «El viene otra vez».

Un interesante estudio de cada libro de la Biblia bien puede hacerse, usando como punto de vista la manera como en él se revela a Jesús. Libros enteros podrían escribirse con títulos como «Jesús en el Génesis», «Jesús en el Éxodo», «Jesús en Levítico», y así por el estilo, Jesús está, por ejemplo, en Génesis 1, porque «Todas las cosas por él fueron hechas» (Juan 1.3a); también en Génesis 3, porque más adelante Él sería «la simiente» de la mujer que heriría en la cabeza a Satanás (Génesis 3.15; Gálatas 3.16). Está en Génesis 4, al ser prefigurado por el sacrificio del cordero de Abel. (Vea Hebreos 12.24.) También está en Génesis 6, porque la salvación proporcionada por el arca es un tipo (símbolo) de la salvación que se encuentra en Él y por medio de Él. Y así sucesivamente podríamos continuar.

Este es, pues, el tema que le da a la Palabra su maravillosa unidad: Jesucristo. Jesús -el Redentor que había de venir, el Salvador que vino y el Rey que vendrá otra vez- o es el que vincula las palabras de los sesenta y seis libros para formar un sólo documento unificado.

SU INFLUENCIA

De todos los escritos que hay en las bibliotecas de todo el mundo, los de la Biblia son los que han ejercido la más poderosa influencia sobre la humanidad. Ella ha cambiado el curso de la historia, ha levantado imperios, ha hecho caer conquistadores y reyes. Ha sido portadora de bendiciones y ha ayudado a triunfar a los que han obedecido a sus preceptos. A los que han sido hostiles a ella, les ha traído la muerte y la destrucción. Los poderes de la Biblia son muchos y muy variados, pero notemos especialmente su poder para transformar vidas e inspirar a los hombres.

Años atrás, había un pueblo salvaje que vivía en un archipiélago. En los anales del ejército de Julio César se incluye una descripción gráfica de los días cuando estos bárbaros iban a la guerra desnudos, y luego celebraban la victoria bebiendo de cráneos vacíos la sangre del enemigo asesinado. Ante los altares de los druidas, eran comunes los sacrificios humanos. Luego, algo sucedió. Hubo misioneros que arriesgaron sus vidas para llevarles la Palabra de Dios a estas tribus salvajes, y los nativos la aceptaron. Pasado un tiempo, estas personas llegaron a convertirse en gobernantes de un imperio aún más grande que el de Alejandro Magno -pues ¡este archipiélago era las Islas Británicas!

En cualquier lugar al cual la Biblia ha ido, la humanidad ha mejorado. En la Biblia misma abundan las historias de vidas que han sido transformadas. Un cobrador de impuestos nada honrado, llegó a

ser honrado y generoso (Lucas 19.1-9). Un blasfemo y asesino se convirtió en un gran apóstol (Hechos 7.58; 8.1, 3; 22.421). Muchos otros ejemplos se dan.

Lo que Dios ha hecho por otros mediante el poder de la Biblia, también puede hacerlo en su vida. Si usted lee y vive Su Palabra, ello transformará a la imagen de Su Hijo, Jesucristo.

SU CONSUELO

La Biblia provee consuelo, y como en todos los campos de su servicio al hombre, ¡tampoco en éste tiene precedente, paralelo o comparación! Jamás ha habido ni habrá otra luz confiable que le ilumine al hombre lo que hay más allá del sepulcro. Las Escrituras le proporcionan esperanza y tranquilidad al lector en cuanto a su propia eternidad, y consuelan su corazón cuando la muerte le quita un ser amado.

La muerte es un enemigo. Es una realidad sombría e inexorable que ni aun toda la poesía ni toda la filosofía de origen humano podrán jamás cambiar. Por supuesto que para el cristiano es un enemigo cuya derrota ha sido predeterminada. Por el poder de Cristo la muerte es obligada a servir de mayordomo que lleva a los redimidos a la presencia del Señor. Sin embargo, ¡sigue siendo un enemigo! Este enemigo igual entra en palacios que en una choza. Separa a un esposo de su esposa. Arrebata de brazos de una madre a su niño. Torna la dulce felicidad en la más oscura desesperanza.

Cuando muere un ser querido, sus deudos piden: «Diga algunas palabras que nos consuelen». ¿De dónde podrán venir tales palabras? ¿De la literatura? ¿De un Poeta? Escudriñe todos sus grandes libros, y no hallará ni una sola línea escrita por mortal alguno que produzca consuelo y esperanza duraderos, cuando la muerte toca a las puertas de su casa. La única fuente que proporciona palabras de fortaleza y consuelo en esos momentos es la Biblia. Las siguientes son palabras que puede leer en el libro de Dios:

Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento (Salmos 23.4).

Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho.
[...] y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria (1ª Corintios 15.20-54).

Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el

Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras (1ª Tesalonicenses 4.17-18).

Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron (Apocalipsis 21.4).

A través de las edades, estas palabras -y otras parecidas que hay en la Biblia- han enjugado lágrimas, dado esperanza y llevado consuelo a millones de personas, literalmente hablando. ¡En verdad es un maravilloso libro!

CONCLUSIÓN

Hemos contemplado siete maravillas de la Biblia: ¡Es antigua: pero siempre nueva! ¡Es diversa, pero tiene una perfecta unidad -la cual se centra en Jesús! ¡Es poderosa en su influencia, pero tierna en su consuelo! La Biblia es la Palabra inspirada de Dios; no hay otra explicación satisfactoria.

¿Quién es Dios Padre?

Estudio 3,

Dios. No hay persona ni cosa superior a Él. Él es el único que tiene toda la autoridad. Él está sobre todas las cosas.

Aunque el nombre «Dios» le pertenece con todo derecho a un único ser, el hombre ha cometido el error de tratar de adorar ideas humanas e imágenes de piedra, madera y arcilla. Sólo un ser es Dios; Él es el único objeto de toda adoración verdadera. Cualquier adoración que se le dé a otro ser llamado del mismo modo, sea imaginario o real, es adoración falsa.

Si quisiéramos explicar en tan sólo unas pocas palabras la honra debida a Dios, no podríamos encontrar expresión más grandiosa, ni más sencilla que la de 1ª Timoteo 1.17: «[...] al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén». La verdad acerca de Dios se resume en una declaración que Israel recitaba una y otra vez: «[...] Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas» (Deuteronomio 6.4-5).

Fue debido a Su conocimiento de quién es Dios, que Jesús declaró la resolución que debería estar implantada en el corazón de toda persona: “Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás” (Mateo 4.10b).

Al Dios verdadero se le describe en las Escrituras como un Dios de naturaleza «triple». Es decir, Él es uno solo; sin embargo también

es tres -Dios Padre; Dios Hijo y Dios Espíritu. Las tres personas de la Deidad son iguales entre sí, y las tres tienen el atributo de la eternidad. Cada una posee una personalidad distinta, y refleja inteligencia, emociones y voluntad sobrenaturales; no obstante, las tres son una en esencia, naturaleza, y propósito.

Este concepto de que Dios es uno y, a la vez, tres, es conocido como la Deidad, la Familia Divina, o la Trinidad (Hechos 17.29; Romanos 1.20; Colosenses 2.9).¹ Esta gran verdad escapa a nuestro entendimiento -pero no a nuestra fe, pues la Palabra de Dios la enseña claramente. La aceptamos por fe -no porque la hayamos imaginado, ni porque la razón nos haya dicho que podría ser verdadera, y tampoco porque la hayamos conocido mediante un estudio del mundo que nos rodea. Aceptamos esta verdad y la creemos porque nos ha sido dada mediante los textos inspirados de las Escrituras.

La idea de que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo no está expresada de modo directo en las Escrituras; sin embargo, es una idea implícita. Los escritos del Antiguo Testamento que insinúan la idea de la Deidad, incluyen el nombre divino en sí, que es la palabra «Elohim», la cual se encuentra en plural. Otros escritos del Antiguo Testamento utilizan pronombres en plural para referirse a Dios -por ejemplo, Génesis 1.26, donde dice:

«Hagamos al hombre a nuestra imagen, [...]

En el Nuevo Testamento leemos acerca de los tres miembros de la Deidad. En el momento del bautismo de Jesús, el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma de paloma, a la vez que la voz del Padre declaraba: «Este es mi Hijo amado, [...] (Mateo 3.17). Cuando nuestro Señor les prometió a Sus discípulos que les iba a enviar el Espíritu Santo, Él hizo referencia al Espíritu, a Dios y a Sí mismo: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (Juan 15.26; énfasis nuestro).

La redención del hombre es obra de los tres miembros de la Deidad. Pedro escribió: «[...] elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: [oo.] (1 Pedro 1.2; énfasis nuestro). También se observa la participación de la Deidad en nuestro acercamiento a Dios en oración, pues Pablo dijo que «por medio de [Jesús] los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre» (Efesios 2.18; énfasis nuestro).

En la gran comisión que Jesús les dio a sus discípulos antes de partir, Él ordena un bautismo en el nombre de la Trinidad: «Por tanto, ID, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28.19-20).

Por toda la Biblia se le refiere a Dios Padre siempre con un pronombre personal del género masculino (El). Él es el Padre, el Creador, Jehová, el Todopoderoso, y el Señor y Dios. Siempre es el primero que se menciona de los tres miembros de la Deidad. La Biblia lo presenta como el que supera a todos en sabiduría, poder, amor, misericordia y justicia. El hecho de haber planeado, diseñado y creado el universo, le otorga la condición de autoridad suprema y gobernante soberano por encima de todos los poderes y autoridades. Él es el Padre de los que le adoran y le obedecen. En Él todas las criaturas, incluidos los seres humanos, viven, se mueven, y son (Hechos 17.28).

Él es el único y verdadero Dios a quien todos los pueblos, naciones y tribus de la tierra deberían adorar. Solamente hay Uno, por medio de quien nos podemos acercar a Dios: Jesucristo. No podemos acercarnos a Él por medio de los ángeles, ni de los santos, ni de ningún otro ser -esté muerto o esté vivo, haya sido bueno o haya sido malo. El único y verdadero mediador entre Dios y los hombres es Su Hijo, Jesús (1ª Timoteo 2.5). El único camino que el hombre puede tomar para acercarse al Padre, es Jesús. Jesús dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14.6).

El Señor Jesucristo es el segundo miembro de la Deidad. Fue por medio de Él que Dios Padre creó la tierra y el hombre (Colosenses 1.16). En relación con el hombre, a Jesús se le llama «el Hijo del Hombre»; en relación con Dios, «el Hijo de Dios». Es el único miembro de la Deidad que ha tomado forma humana y ha vivido físicamente sobre la tierra. Es el Salvador y Redentor de la humanidad. A Él deben adorado y darle culto todas las personas. Es Él quien ha proporcionado los medios, por los cuales la humanidad entera puede acercarse al Padre para adorarlo.

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses 2.9-11).

El tercer miembro de la Deidad es el Espíritu Santo, cuya naturaleza y composición es igual a la de Dios y a la de Cristo. Al igual que a éstos, se le refiere con pronombres personales del género masculino “Él” Siempre se le menciona en tercer lugar cada vez que la Biblia habla de Él en relación con los otros dos miembros de la Deidad. El Nuevo Testamento se refiere a Él como el medio, por el cual el hombre recibe dirección e instrucción. Es nuestro Consolador por medio de las Escrituras. Fue el que inspiró la escritura del Antiguo y Nuevo Testamentos; es por esta razón que a las Escrituras se les refiere como «la espada del Espíritu» (Efesios 6.17), el instrumento que El usa para llevar a cabo su obra. Él mora o habita en los que han llegado a ser hijos de Dios (1ª Corintios 6.19-20).

Los tres que se mencionaron anteriormente, existen juntos eternamente y forman la Deidad. Aunque es muy poco lo que sabemos acerca de ellos, podemos tener certeza de que existen y que forman la todogloriosa Trinidad. Están unidos y existen como uno solo. Son eternos, distintos y diferentes de todas las cosas creadas, y tienen una sola voluntad y propósito.

¿Qué conocemos acerca de Dios Padre, además de la naturaleza tripersonal de Dios? Fundamentalmente, la Biblia enseña una gran verdad global acerca de Dios: Él es el único y verdadero Dios, y debe ser adorado como Dios por toda persona. Nadie que lea porción alguna de la Biblia, ya sea del Antiguo o del Nuevo Testamento, dejará de notar la fuerza con que esta verdad es enseñada.

Sigamos considerando la interrogante: ¿Quién es Dios Padre?

ES NUESTRO CREADOR

Dios creó todas las cosas. Él hizo todas las cosas y es dueño de todas las cosas. No hay nada que Él no haya hecho ni que no haya permitido que se haga, y todo lo que existe le pertenece.

La tierra y la humanidad no llegaron a existir por casualidad; fueron creados por la mano misericordiosa de Dios. Esta es la razón por la que no debería preocuparnos que los científicos averigüen la edad de la tierra. El mundo tuvo un origen milagroso; es por esta razón que luce más antiguo de lo que realmente es. Dios creó, hasta cierto punto, una tierra ya envejecida. No fue que intentó engañar al hombre, sino que tuvo que crear una tierra que tuviera lo necesario para el sustento de éste.

A Adán y a Eva, la primera pareja, los hizo ya adultos, no recién nacidos. Si usted y yo hubiéramos estado presentes el día que los creó, podrían habernos parecido una pareja de adultos de unos veinte años de edad; sin embargo acababan de haber recibido la vida. Así también, la tierra fue formada por el milagro de Dios de la creación de modo que, desde el comienzo, ya la vegetación, el agua, el aire y el suelo tenían capacidad para sustentar la vida.

De la anterior verdad, en el sentido de que Dios creó todas las cosas, se desprenden todas las demás verdades acerca de Dios que necesitamos entender. ¿Qué verdades son éstas?

Él es el ser que está detrás de toda realidad.

Todo lo que existe puede ser dividido en dos categorías: lo que es Dios y lo que no es Dios. Dios es la primera y más fundamental realidad. Todo lo demás fue creado por Él o fue autorizada su hechura por Él, y por lo tanto no es Dios.

Él es eterno.

Antes de que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios (Salmos 90.2).

Pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán (Salmos 102.27).

Dios no tiene comienzo ni tendrá fin. Él existía antes del tiempo, y creó el tiempo en cierto momento de la eternidad. Es un Ser que existe eternamente, para quien el pasado, el presente y el futuro son como un instante en el tiempo. Vive en un eterno ahora. Ve el pasado y el futuro tan claros como el presente. Siempre ha sido, y siempre será.

Él es todopoderoso.

¡Oh Señor Jehová! he aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti (Jeremías 32.17).

He aquí que yo soy Jehová, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para mí? (Jeremías 32.27).

Puede hacer cualquier cosa consecuente con Su naturaleza. Por supuesto que no puede mirar con agrado la maldad, ni puede ser tentado por el mal, pues, Él es justo (Habacuc 1.13). No puede negarse a sí mismo por razón de Su fidelidad (2 Timoteo 2.13), y no puede mentir (Tito 1.2). Pero cualquier cosa que sea conforme a Su naturaleza, Él lo puede hacer. Nada hay difícil para Él.

Él todo lo sabe ...

¿Soy yo Dios de cerca solamente, dice Jehová, y no Dios desde muy lejos? ¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra? (Jeremías 23.23-24).

Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos (Proverbios 15.3).

Él todo lo sabe y lo sabe en el instante que sucede, lo sabe con exactitud y lo sabe de modo completo. No tiene necesidad de que le enseñen absolutamente nada. No necesita consejero, ni maestro ni información. Sabe todo lo que se puede saber.

Él está en todo lugar...

¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz (Salmos 139.7-12).

[...] ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; [...] (Hechos 17.27-28).

A dondequiera que vayamos, Dios está allí. No podemos escondernos de Él ni ocultar nada a Sus ojos que todo lo ven. Ni la distancia, ni las tinieblas, pueden apartarnos de Su presencia.

Él es el único Dios vivo y verdadero.

Él vive (Mateo 16.16) y es verdadero (1^a Tesalonicenses 1.9). Del mismo modo que un hijo se puede parecer a su padre, los seres humanos somos en ciertos aspectos como nuestro Creador. Al igual que el hombre, Dios ve, oye, habla, siente, resuelve y actúa. No obstante, Dios no puede ser visto; Él es Espíritu y puede, por lo tanto, estar presente en todo lugar a un mismo tiempo (Juan 4.24).

¿Quién, pues, es Dios Padre? Es el eterno ser, creador de todo, de naturaleza triple, que todo lo sabe, todo lo puede y que está presente en todo lugar.

En vista de que Dios creó todas las cosas, todo le pertenece a Él, y Él merece nuestra adoración. Todo lo material es posesión Suya, así como lo son todas las criaturas y todos los pueblos de la tierra. Es justo que lo adoremos y le sirvamos. Si le damos honor y culto a otro dios de cualquier índole, estaremos adorando y sirviendo a una mentira.

ES NUESTRO PROVEEDOR

Además de haber creado el universo, Dios cuida de él. Cuida de que no vaya a desintegrarse, ni a descomponerse, ni a funcionar de modo diferente del propósito para el cual lo creó (Colosenses 1.16-17).

Este es un hecho que se prueba por la razón y por la revelación. La lógica nos dice que Dios creó esta tierra y continúa administrándola. No hay nada en esta tierra que subsista por sí solo. Es obvio que alguna poderosa mano lo sustenta. El hombre no puede cuidar de sí mismo. No puede hacer el aire que respira, ni el agua que bebe, ni el sol que necesita. Depende por completo de que la tierra funcione como debería.

La revelación de la Palabra da testimonio de que Dios sustenta el mundo. Cuando Él creó los cielos y la tierra, puso en vigencia leyes naturales para hacer que Su mundo se mantenga funcionando.

Dijo luego Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años (Génesis 1.14).

Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer. Y a toda bestia de la tierra, y a todas las aves de los cielos, y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay vida, toda planta verde les será para comer. Y fue así (Génesis 1.29-30).

Además de vigilar que las leyes naturales se mantengan vigentes, El, con su divino cuidado, sustenta el universo y todas las fuerzas relacionadas con éste.

Tú solo eres Jehová; tú hiciste los cielos, y los cielos de los cielos, con todo su ejército, la tierra y todo lo que está en ella, los mares y todo lo que hay en ellos; y tú vivificas todas estas cosas, y los ejércitos de los cielos te adoran (Nehemías 9.6).

Conserva, especialmente, al hombre y a los animales: «[...] Oh Jehová, al hombre y al animal conservas» (Salmos 36.6). Alimenta a todos los seres vivientes de la tierra: «Él da a la bestia su mantenimiento, y a los hijos de los cuervos que claman» (Salmos 147.9). Vela por las aves del cielo: «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestiallas alimenta. ¿No valéis vosotros muchos más que ellas?» (Mateo 6.26); «¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre» (Mateo 10.29). Gobierna las naciones de los pueblos de la tierra: «Él multiplica las naciones, y él las destruye; esparce a las naciones, y las vuelve a reunir» (Job 12.23). Protege y bendice a los justos: «Mas los transgresores serán todos a una destruidos; la posteridad de los impíos será extinguida. Pero la salvación de los justos es de Jehová, y él es su fortaleza en el tiempo de la angustia» (Salmos 37.38-39); «Pues aun vuestros cabellos están todos contados» (Mateo 10.30). Provee vida eterna a los que se le acercan y lo obedecen: «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano» (Juan 10.27- 28).

La mayoría de las ciudades del mundo tienen alguna clase de sistema de transporte para sus habitantes. Es obvio que a los vehículos que forman parte de tal sistema debe dárseles mantenimiento. Si no se les mantiene en condiciones de funcionar mediante cambios de aceite, reemplazo de partes averiadas y desgastadas, pronto se verán abandonados a un lado de las calles. Todas las máquinas necesitan que se les cuide. No hay sobre la tierra máquina alguna que no necesite mantenimiento. La tierra es una gigantesca máquina. Necesita que se le cuide y se le provea, y la Biblia dice que es sustentada por el Dios de los cielos (Hebreos 1.3).

¡Cuán agradecidos deberíamos estar con Dios por velar por nosotros y proveernos de lo necesario! Nadie debería poner en tela de duda que la providencia de Dios es para bien del hombre (Hechos 14.17), pues Él hace salir su sol sobre malos y buenos (Mateo 5.45). Todos los que le han servido han comprobado que no retendrá ninguna cosa buena de los que andan fielmente (Salmos 84.11; Romanos 8.28).

ES NUESTRO REDENTOR

Dios es nuestro Redentor, nuestro Salvador. Nos ama y desea salvarnos del pecado. En Él se encuentra la única esperanza para entrar en la eternidad.

Es difícil explicar Su amor por nosotros. Es mayor que cualquier amor humano que conozcamos. Aunque todas las personas han pecado y se han apartado de Él por su propia voluntad, Él procura salvarlas. Nos brindó la salvación por medio de Cristo, lo cual hizo al enviar a Él a presentar el más excelente sacrificio que puede

haberse ofrecido por nuestra salvación.

El hecho de ser absolutamente justo, le impide a Dios pasar por alto el pecado. Por otro lado, no hubiera habido otro modo de recibir nuestro castigo por el pecado que el de sufrir la muerte eterna. Por esta razón, Dios envió a Jesús a sufrir el castigo por nuestro pecado. Todo el que se acerque a Él recibiendo y obedeciendo Su mensaje de salvación, recibirá los beneficios de la muerte de Jesús. Así, según la Biblia 10 describe, nuestro Salvador 10 es tanto Dios (Tito 1.3), como Jesús (Tito 2.13). Dios planeó nuestra salvación desde antes de la fundación del mundo (1 Pedro 1.20). Ahora, Él espera que todas las personas oigan Su mensaje, se arrepientan (cambien su forma de pensar y de vivir), y reciban Su salvación (2ª Pedro 3.9).

A pesar de lo anterior, muchas personas no perciben así a Dios. Se sienten como el niño que es maltratado por su padre. Imagínese a un niño así, el cual cada vez que comete un error, su padre lo castiga con una paliza. Después de tantos años de mantener tal clase de relación con su padre, ese niño llega a percibir a éste como un severo juez, no como un amoroso padre. Le teme a su padre, pero no lo ama. Ni siquiera disfruta de estar con él. Cada vez que oye la palabra «padre», la asocia con bofetadas o azotes. A este desafortunado niño le va a resultar muy difícil captar en la palabra «padre» el significado que con ella se pretende transmitir.

A algunas personas les evoca un sentimiento parecido la palabra «Dios». Toda su vida les han enseñado a ver en Dios tan sólo un juez que está a la expectativa de que cometan un error para castigados arrojándolos al infierno. Jesús nos enseñó a ver a Dios como nuestro Padre. Dijo que debemos dirigirnos a Él como «Padre» cuando oremos (Mateo 6.9). Dijo que el amor de Dios es tan grande que llega al sacrificio (Juan 3.16). Es inimaginable que haya amor más grande que el que tiene Dios para nosotros. Él desea tener comunión con nosotros y está dispuesto a morar dentro de nosotros si le obedecemos (Juan 14.23). Aun si nos apartáramos de Él, nos recibiría nuevamente lleno de perdón amoroso si nos volvemos a Él arrepentidos (Lucas 15.19-32).

Dios ha hecho por cada uno de nosotros mucho más de lo que cualquier ser humano es capaz de hacer. ¿Cómo deberíamos corresponder a Su gran amor? Deberíamos amarle de parte nuestra obedeciendo a Su Palabra y adorándole como el único y verdadero Dios. Debemos llenarnos, en nuestro andar diario, de reverencia y respeto hacia Su persona.

ES NUESTRO JUEZ

A la vez que es un Padre lleno de amor y de bondad, Dios también es un juez. Es aquel a quien tenemos que dar cuenta al final de los tiempos.

Es lo más lógico pensar que cada uno de nosotros dará cuenta de sí a Quien nos hizo -y lo que la lógica dicta, la Biblia declara como verdadero (Apocalipsis 20.12). ¿Cómo nos irá a juzgar Dios? Su juicio va a ser individual, cada uno dará cuenta de sí a Él (Romanos

14.12). Su juicio va a ser específico, cada uno será responsable de lo que haya dicho y hecho (Mateo 12.36-37; 2 Corintios 5.10). Su juicio va a ser universal, pues, todas las naciones serán reunidas delante de Él (Mateo 25.32).

Dios nos va a juzgar por medio de Jesucristo. En vista de que la justicia será su norma (Hechos 17.30-31), Su juicio será final y eterno (Mateo 25.46). No habrá apelaciones una vez que su fallo se haya pronunciado.

Lo anterior se puede ilustrar mediante la historia que se relata de un joven que perdió el conocimiento cuando dos vehículos chocaron. Un testigo del accidente logró sacar y poner a salvo al muchacho justo antes de que los dos vehículos estallaran en llamas. Fue una situación en la que aquel joven pudo haber perdido la vida.

Después de ser rescatado, el joven abrió sus ojos y miró al rostro del que había salvado su vida. Jamás olvidaría aquel rostro. El joven se recuperó del accidente y pasaron los años. Siendo adulto, se metió en problemas. Violó la ley y fue arrestado por haber cometido un crimen. Cuando lo trajeron delante del juez para ser procesado, se asombró, pues, reconoció en el juez a aquel que lo había salvado años atrás. Sin pensarlo, expresó impulsivamente: «Su señoría, ¿se acuerda usted de mí? Usted fue quien me sacó de un vehículo accidentado hace años, y me salvó la vida». El juez, pensativo, respondió: «Sí, yo me acuerdo. Cuando lo salvé, lo hice pensando en lo mejor para la persona que salvaba. Me alegré de que pude salvarlo para que usted siguiera viviendo. Sin embargo, hay una realidad que debe usted enfrentar: Hace años, cuando lo saqué de aquel vehículo, yo era en ese momento su "salvador"; pero hoy soy su "juez"».

A Dios se le presenta en la Biblia como nuestro Salvador, igual que como nuestro Juez. Él envió a Su Hijo para librarnos del pecado. Proveyó el sacrificio supremo para salvarnos. ¿Qué va a pasar si no escuchamos, si rechazamos Su salvación? Pues, va a tener que condenarnos, ya que Él es nuestro Juez eterno.

El supremo deber de nuestra vida consiste en que, al entender quién es Dios, nos sometamos a Él obedeciendo a Su voluntad. Debemos darle culto como el Dios vivo y verdadero que Él es. Esto significa que hay que leer Su palabra y estudiada detenidamente. Él desea ser nuestro amoroso Salvador, no simplemente nuestro Juez eterno.

CONCLUSIÓN

Después de haber conocido las anteriores verdades acerca de Dios es imposible no tener una opinión sobre Él. Debemos tomar una decisión respecto a Él. La única respuesta lógica es reconocerlo como el Dios vivo y verdadero que Él es, y servirle llenos de fe y obediencia.

Con Dios nos puede estar sucediendo lo mismo que a la niña de una clase a la cual la maestra les contó cómo dos químicos, Kad Scheele de Suecia y Joseph Priestley de Inglaterra, descubrieron el

oxígeno hacia el año 1775. A esto, la niña de inmediato levantó su mano y preguntó: «¿Qué respirábamos antes de que ellos descubrieran el oxígeno?». La maestra, por supuesto tuvo que explicar que el oxígeno siempre había estado en la atmósfera, y que sencillamente no sabíamos de su existencia, ni teníamos un nombre para él, sino hasta que estos químicos lo descubrieron.

A nuestro mundo lo componen dos realidades. Una es la realidad que componen todas las cosas que podemos ver con los ojos y tocar con las manos. La otra la componen las verdades que no podemos ver ni tocar. Las cosas que componen la primera realidad son manifiestas para nosotros, pues, continuamente estamos trabajando y manipulando objetos reales. Las verdades de la segunda realidad no son tan claras para nosotros. Estamos menos conscientes de ellas. Sabemos que están allí, pero a veces se mantienen en el fondo de nuestras mentes. Puede que estemos conscientes de que una quinta parte del aire que respiramos está compuesta de oxígeno, y de que no podemos vivir sin respirado, pero no pensamos en ello - solamente lo respiramos. Estamos más conscientes de un lápiz -una realidad visible, la cual podemos tomar y usar para escribir- que del aire, una de las realidades invisibles.

Lo que se está tratando de decir es esto: El hecho de que no podamos percibir ciertas realidades no significa que no existen. Su existencia es tan real como la de los objetos que percibimos con nuestros sentidos, aunque no las veamos ni las palpemos.

La realidad más grande que no podemos percibir con nuestros sentidos, es Dios. No podemos tocarlo con nuestras manos físicas, ni introducirlo en un tubo de ensayo para analizarlo; tampoco podemos verlo con nuestros ojos; sin embargo, Él es la realidad suprema. Es el fundamento de toda realidad, sea visible o invisible.

Se cuenta de un misionero que le explicaba a ciertas personas acerca de Dios. Les describía Su gran poder, Su amor y Su sabiduría. En el grupo había un anciano que le escuchaba con un vivo interés. Pasados algunos minutos, el anciano se puso de pie y exclamó: «¡yo sabía que este Dios existía, sólo que no le conocía Su nombre, sino hasta ahora!».

Dios es nuestro Creador, Proveedor, Redentor y Juez. El que niegue que Dios existe o no le obedezca ni le sirva, comete el más grave error de su vida. Tal persona rechaza a Su Hacedor, al negar la gran verdad que está detrás de la existencia del hombre y del universo. ¡No cometa usted tal error! Adore a Dios reconociéndolo como el Dios vivo y verdadero; inclínese delante de él lleno de obediencia.

Dios le ama y le invita a acercarse a Su familia. Desea que usted ande en comunión diaria con Él en esta vida. Desea que usted viva con Él por la eternidad, en la ciudad eterna que se conoce como los cielos.

Jesús, el Hijo de Dios

Lección 4,

Jesús, el Cristo, es el Hijo de Dios. Esta es la verdad central del cristianismo. Cristo es el centro de nuestra religión. Es el fundamento de nuestra fe (1ª Corintios 3.11), el sujeto de nuestras prédicas (Hechos 8.35; 1ª Corintios 1.23), el objeto de nuestra confesión (Mateo 10.32), y la base de nuestra esperanza (1ª Timoteo 1.1). Por lo tanto, una sólida fe en Él es esencial (Juan 8.24). Tenemos muchos buenos motivos para creer en la deidad de Cristo. Dios no nos ha pedido que creamos nada de lo cual no nos haya dado abundantes pruebas (Juan 20.31). Las pruebas son convincentes, y han sido motivo para que miles de personas a través de los siglos hayan creído. Esta lección presenta algunas razones para creer que Jesús es el Hijo de Dios. Examínelas detenidamente. Si usted ya tiene una fe sólida, ore en silencio tal como lo hicieron los apóstoles: «Señor, aumenta mi fe». Si está cargado de dudas, ore como el padre del muchacho endemoniado de Marcos 9.24a: «Creo; ayuda mi incredulidad».

Las siguientes son respuestas a la pregunta: «¿Por qué debo creer que Jesús es el Hijo de Dios?».

PORQUE CUMPLE LA PROFECÍA DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Considere algunas de las profecías pronunciadas cientos de años antes del nacimiento de Jesús, y considere también el cumplimiento de éstas en el Nuevo Testamento. Su nacimiento fue profetizado. Su genealogía incluyó a Abraham, a Judá y a David (Génesis 12.3/ Mateo 1.2; Génesis 49.10/Mateo 1.2, 6). A pesar de los muchos descendientes que tuvo Abraham, en la profecía se precisó la familia de la que provendría Jesús (Jeremías 23.5; Isaías 11.1; Mateo 1.6). Su nacimiento de una virgen fue profetizado en Isaías 7.14 y cumplido en Mateo 1.18-25. Se eligió a Belén como el lugar de Su nacimiento (Miqueas 5.2). También se profetizó que Su nacimiento se daría acompañado con la matanza de muchos niños (Jeremías 31.15/Mateo 2.16-18).

Los profetas anunciaron Su viaje a Egipto (Oseas 11.1; Mateo 2.13-15), su vida en Galilea (Isaías 9.1-2; Mateo 4.12-16), y Su victoriosa entrada en Jerusalén (Zacarías 9.9; Mateo 21.1-11). Su obra también fue profetizada. Los profetas dijeron que un precursor vendría delante de Él (Malaquías 3.1; Isaías 40.3; Mateo 3.1-3). Éstos hablaron de Su ministerio de sanidad (Isaías 53.4/Mateo 8.16-17), de Su enseñanza por medio de parábolas (Isaías 6.9-10/Mateo 13.10-17), de Su misión entre los gentiles (Isaías 42.1-4/Mateo 12.15-21), y del rechazo que sufriría por parte de los gobernantes (Salmos 118.22/Juan 1.11).

La muerte de Jesús fue descrita con gran detalle en la profecía. El Antiguo Testamento anunció que sería traicionado por un amigo (Salmos 41.9 /Mateo 26.47-50) por treinta piezas de plata (Zacarías 11.12/Mateo 26.14-16). Las Escrituras antiguas anunciaron la forma como se comportaría delante de Sus enemigos (Isaías 53.7/ Mateo 27.12, 14), la forma como moriría (Salmos 22.16/ Mateo 27.35a), y la forma como se echarían suertes para repartir Sus vestiduras (Salmos 22.18/Mateo 27.35b, c). También predijo las palabras que pronunciaría al morir (Salmos 22.1 /Mateo 27.46), que no sería quebrado hueso Suyo (Salmos 34.20/Juan 19.33), que Su costado sería traspasado (Zacarías 12.10/Juan 19.37), cómo sería sepultado (Isaías 53.9/ Mateo 27.57-60), Su resurrección (Salmos 16.10/Lucas 24.1-9; Hechos 2.25-32), y Su ascensión (Salmos 68.18/Lucas 24.50-53).

Hubiera sido fácil para los profetas decir que un Salvador vendría, si esto es lo único que hubieran tenido que decir. Pero como lo dijeron acompañado de una cantidad de más de trescientos detalles concretos, ello le confiere a tal profecía todo un marco de certidumbre que no puede ser negado.

Piense en el significado que tiene el cumplimiento de estas profecías. Ni la previsión ni la sabiduría humana pueden adivinar con absoluta certeza lo que sucederá siquiera en las próximas veinticuatro horas. Los encuestadores de la política, usando agentes distribuidos por todo el país, pueden predecir el resultado de una elección; pero, ¿no es algo que logren todo el tiempo! Las profecías acerca de Jesús equivaldrían a predecir quién va a ser el presidente dentro de cuatrocientos años; pero no sólo esto, sino también su lugar de nacimiento, su linaje, su educación, el tiempo que permanecería en el poder, y el lugar y la forma como moriría.

La profecía auténtica puede ser probada, pues, ella revela eventos futuros. Incluye detalles que no pueden cumplirse por coincidencia. Una profecía puede ser considerada exacta, solamente después de su cumplimiento histórico. No hay prueba, sea escrita u oral, que pueda desplazar la solidez del argumento que proviene del cumplimiento de la profecía. Éste prueba por un lado que Jesús era divino, y por otro lado que los hombres que escribieron las profecías estaban inspirados.

PORQUE LAS AFIRMACIONES QUE HACE EN CUANTO A SU DEIDAD, SON CONSECUENTES CON SUS OBRAS

Jesús hizo fantásticas y audaces afirmaciones acerca de Sí mismo. Dijo que Él existía antes que Abraham (Juan 8.58), que estaba con Dios antes que el mundo fuese (Juan 17.5, 24), que descendió del cielo (Juan 6.38, 62), que tenía toda potestad en el cielo y en la tierra (Mateo 28.18). Muchos de los que niegan Su deidad se refieren a Él tan sólo como un «buen» hombre. No

obstante, si no hubiera sido lo que afirmó ser, entonces fue un mentiroso, un fraudulento -¡no un buen hombre en lo absoluto!

Sus obras demuestran que Sus afirmaciones son verdaderas. Jesús hizo muchos milagros. Los historiadores bíblicos dan testimonio de Sus milagros (Mateo 11.4-5; Juan 20.30-31). Hay incluso historiadores seculares que dan testimonio en el sentido de que Él hizo milagros.

Sus obras eran consecuentes con Sus palabras. Dijo, por ejemplo: «Yo soy la luz del mundo» (Juan 8.12a); luego, le dio la vista a un ciego (Juan 9.6-7). También dijo: «Yo soy el pan de vida» (Juan 6.35a), y después alimentó a cinco mil hombres con unos escasos panes y dos pececillos. En otra ocasión dijo: «Yo soy la resurrección y la vida» (Juan 11.25a); luego, levantó a Lázaro de entre los muertos (Juan 11.43-44).

PORQUE VIVIÓ UNA VIDA SIN PECADO

Los que conocieron a Jesús afirmaron que Él vivió una vida sin pecado. ¡Y estos hombres estaban inspirados por Dios!

Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado (Hebreos 4.15).

[...] el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca (1ª Pedro 2.22).

Los que estudiaron Su vida lo consideraron bueno (Lucas 18.18). Incluso Sus enemigos, que constantemente trataban de encontrar falta en Él, conocían de Su bondad. Hizo algo extraordinario -los retó a examinado para ver si podían encontrar algo malo en Él (Juan 8.46a).

Su bondad fue reconocida en el momento de Su muerte. Considere los comentarios de la esposa de Pilato (Mateo 27.19), de Pilato mismo (Mateo 27.23), de Herodes (Lucas 23.14), del malhechor que fue crucificado a Su lado (Lucas 23.41), del centurión (Mateo 27.54), e, incluso, de Judas (Mateo 27.4).

POR EL EFECTO QUE SU VIDA CONTINÚA TENIENDO EN EL MUNDO

De muchas formas se honra la vida que vivió Jesús. Se incluyen entre ellas: La observación del día del Señor (Apocalipsis 1.10), la celebración de la Cena del Señor (1ª Corintios 11.20-29; Mateo 26.26-28), el bautismo de los nuevos creyentes (Romanos 6.3-5), e, incluso, el uso referencial que hacen nuestros calendarios de Su vida (a.c. y d.C.). Él es, sin duda alguna, el hombre más grandioso del mundo; y esto, sin tener característica alguna de grandeza tal como la mide el hombre. No tuvo una gran herencia, careció de

educación formal (Juan 7.15), de riquezas, de poder político y militar, y de habilidades atléticas; sin embargo, no hay quien ponga en tela de juicio la influencia que ha tenido sobre la humanidad durante los últimos veinte siglos. Si Él fue un hombre ordinario, ¿no podía el mundo producir uno más grande hoy día? El mundo tiene dos mil años de progreso que puede aprovechar. Aun en medio de todos nuestros avanzados conocimientos, el mundo desea que haya un verdadero líder. Todo el mundo puede poner su mirada en Jesucristo; Él es el camino. Ha sido y es todas las cosas a todos los hombres. «[...] y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz» (Isaías 9.6b).

CONCLUSIÓN

No hay duda de que Jesús es el Hijo de Dios. Vuelva a examinar las anteriores razones para creer que Él es el Hijo de Dios. Crea lo que Él es, y déle su vida a Dios por medio de Él.

¿Quién es el Espíritu Santo?

Lección 5,

La pregunta que se debe hacer no es: «¿Qué es el Espíritu Santo?», sino: «¿Quién es el Espíritu Santo?». La pregunta es ésta porque el Espíritu Santo es un Ser, es alguien con personalidad propia, el tercer miembro de la Deidad. Es más que una fuerza o poder; es una Persona celestial con vida propia.

ES UNA «PERSONA»

Toda la información disponible en la Biblia apunta al hecho de que el Espíritu Santo es una persona divina. Tiene las mismas características personales del Padre y del Hijo.

Posee atributos de persona

Los atributos del Espíritu Santo indican que Él es una persona viviente, un Ser individual, y no una simple fuerza. Veamos los siguientes:

1. Criterio propio: «Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, ... » (Hechos 15.28a).
2. Intención: «Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, ... » (Romanos 8.27a).
3. Voluntad: «Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere» (1 Corintios 12.11).
4. Conocimiento: «Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios» (1 Corintios 2.11b).
5. Emociones (Amor, tristeza, gozo): «Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del

Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios» (Romanos 15.30); «y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención» (Efesios 4.30); «y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo» (1ª Tesalonicenses 1.6).

El hecho de que el Espíritu Santo posea estas características revela que Él es una persona.

Lleva a cabo actividades de persona

El Espíritu Santo actúa como una persona y no meramente como una fuerza. Puede llevar a cabo las siguientes actividades:

1. Enseña y recuerda: «Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Juan 14.26).
2. Da testimonio: «Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio de mí» (Juan 15.26).
3. Guía a la verdad: «Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad» (Juan 16.13a).
4. Habla: « ... porque no hablará por su propia cuenta» (Juan 16.13b; vea también Hechos 8.29; 11.12; 1 Timoteo 4.1).
4. Habla: ... porque no hablará por su propia cuenta (Juan 16:13); vea también Hechos 8:29; 11:12; 1ª Timoteo 4:1)
5. Oye: « ... sino que hablará todo lo que oyere» (Juan 16.13c).
6. Hace saber: « ... y os hará saber las cosas que habrán de venir» (Juan 16.13d).
7. Prohíbe: «Y atravesando Frigia y la provincia de Galacia, les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia» (Hechos 16.6).
8. Da vida: « ... el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros» (Romanos 8.11b).
9. Revela: «Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu» (1 Corintios 2.10a; vea también Efesios 3.3-5).
10. Escudriña: « ... porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios» (1 Corintios 2.10b).
11. Promete: « ... para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu» (Gálatas 3.14; vea Hechos 2.33).
12. Tiene comunión: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros» (2 Corintios 13.14; vea también Filipenses 2.1).
13. Intercede: « ... pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles ... porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos» (Romanos 8.26-27).
14. Indica y anuncia: « ... escudriñando qué persona y qué

tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos» (1ª Pedro 1.11).

15. Invita: «y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven» (Apocalipsis 22.17a).
16. Lleva y guía: «Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto» (Lucas 4.1). «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios» (Romanos 8.14).

Sólo una persona puede llevar a cabo las anteriores actividades, no así una mera fuerza. Es por esta razón que el Espíritu Santo debe ser visto como una persona.

Puede ser maltratado como lo es una persona

Las palabras utilizadas para describir los desaires y ofensas que se le causan al Espíritu Santo se expresan por lo general en palabras relacionadas con el maltrato a una persona, y no con las faltas que se puedan cometer contra un poder o fuerza inertes. Al Espíritu Santo se le puede maltratar de las siguientes maneras:

1. Blasfemando en contra Suya: «... mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada [...] al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero» (Mateo 12.31-32).
2. Mintiéndole: «y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo ... ?» (Hechos 5.3a).
3. Resistiéndolo: «¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo» (Hechos 7.51a).
4. Contristándolo: «y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención» (Efesios 4.30).
5. Afrentándolo: «¿... e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?» (Hebreos 10.29).
6. Apagándolo: «No apaguéis al Espíritu» (1 Tesalonicenses 5.19).

Las palabras que usa la Biblia para describir la manera como el Espíritu Santo puede ser maltratado, indican que es una persona. No son las palabras que suelen usarse para describir el maltrato causado a poderes o fuerzas, excepto en las menciones de éstos en contextos poéticos o figurados. Los contextos en los cuales se encuentran los versículos anteriores no muestran indicios de que en ellos se esté usando lenguaje figurado.

Tiene existencia independiente

Otra indicación de que el Espíritu Santo es persona, no sólo radica en el hecho de que tiene Su propia naturaleza y carácter, al igual que

el Padre y el Hijo sino también en el hecho de que tiene existencia propia e independiente.

Se dice de Él que descendió sobre Jesús cuando Éste fue bautizado (Juan 1.33). Cuando el Hijo subió del agua después que fue bautizado, el Espíritu descendió sobre Jesús y el Padre habló desde los cielos (Mateo 3.16-17; Lucas 3.21-22). En ese momento el Padre estaba en los cielos el Hijo, en la tierra, y el Espíritu venía a morar con Jesús.

Una persona puede hablar mal contra Jesús y ser perdonada - pero si habla contra el Espíritu Santo, no podrá ser perdonada (Mateo 12.32). ¿Cómo podría alguien hablar contra Jesús y no contra el Espíritu si éstos son la misma persona? Cuando Jesús daba esta enseñanza debió de haber estado consciente de la independencia del uno y del otro.

Así como de otros se decía que estaban llenos del Espíritu Santo (Hechos 6.3; 5: 7-55; 11.24) también de Jesús se decía que Él estaba lleno del Espíritu Santo (Lucas 4.1). Difícilmente habría quien alegue que las personas que estaban llenas del Espíritu Santo en estos ejemplos de Hechos, eran una misma persona con el Espíritu Santo. Jesús y el Espíritu Santo deben también ser reconocidos como seres claramente independientes.

Juan escribió que el Espíritu Santo no había sido dado todavía (Juan 7.39) pues Jesús no había sido glorificado. Esto fue expresado cuando ya Jesús estaba en la tierra junto con los apóstoles. El Espíritu Santo debe ser alguien distinto de Jesús, ya que todavía no había sido dado a los apóstoles.

Jesús expresó que Él les enviaría a los apóstoles «otro Consolador», según lo prometió en Juan 14.16, tal Consolador es el Espíritu Santo (Juan 14.26). ¿Cómo iba a poder enviarles Jesús «otro» Consolador y ser a la vez el Consolador? O bien, ¿cómo iba a poder ser el Espíritu Santo «otro» Consolador y ser Él y Jesús el mismo?

Jesús dijo que no enviaría el Espíritu sino hasta que Él se hubiera ido (Juan 16.7). También dijo que el Espíritu no hablaría según le dictara Su propia iniciativa, sino que hablaría de lo que oiría de Jesús (Juan 16.14). La información acerca de Jesús y el Espíritu Santo que se da en el Nuevo Testamento indica que ellos son dos Personas celestiales independientes.

ES DIVINO

Al Espíritu Santo se le menciona con el Padre y el Hijo como coigual de Éstos, y con el mismo estatus de Ellos. A la gente se le

manda a bautizarse en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mateo 28.19). Pablo mencionó a los tres juntos como dando a entender que gozan del mismo estatus, en 2ª Corintios 13.14: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros». El Espíritu, Dios (<<Padre»; 1ª Corintios 8.6), y el Señor “Jesús”; 1ª Corintios 8.6), son los que imparten los dones espirituales (1ª Corintios 12.4-6), los cuales son dados según la voluntad del Espíritu (1ª Corintios 12.11).

Son abrumadoras las pruebas que hay en el Nuevo Testamento, en el sentido de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son Seres distintos, individuales, de naturaleza parecida. Están unidos en la relación que tienen entre sí formando uno solo, y en su servicio a la humanidad.

Hay cualidades que solamente posee la Deidad, y que le son atribuidas al Espíritu Santo. Note cinco atributos que comparte con el Padre y el Hijo:

1. Eternidad: Las siguientes son expresiones bíblicas en las que se declara la naturaleza eterna 1) del Espíritu Santo -« ... ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno, se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?» (Hebreos 9.14); 2) del Padre -«Firme es tu trono desde entonces; tú eres eternamente» (Salmos 93.2); y 3) de Jesús -«Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13.8); «Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2ª Pedro 1.11).
2. Omnisciencia: Esta característica se menciona en pasajes bíblicos que tienen que ver con: 1) el Espíritu Santo -«Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios» (1ª Corintios 2.10); 2) el Padre --«y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta» (Hebreos 4.13); y 3) Jesús -«Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre» (Juan 2.24-25).
3. Omnipotencia: Varios pasajes bíblicos mencionan este atributo en relación con 1) el Espíritu Santo -«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lucas 1.35b); «y Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea» (Lucas 4.14a); « ... pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo» (Hechos 1.8a); 2) con Dios-«porque nada hay imposible para

- Dios» (Lucas 1.37); y 3) con Jesús -... Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra» (Mateo 28.18).
4. Omnipresencia: La capacidad de estar presente en todo lugar se atribuye: 1) al Espíritu Santo--«¿A dónde me iré de tu Espíritu?» (Salmos 139.7a); 2) al Padre -«Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener» (1ª Reyes 8.27a); «¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?» (Jeremías 23.24); y 3) a Jesús -... y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28.20b).
 5. Poder creador: Los siguientes pasajes bíblicos presentan a cada miembro de la Deidad como Creador: 1) El Espíritu Santo -« ... y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas» (Génesis 1.2);2) el Padre ---«Él es el que hizo la tierra con su poder, el que afirmó el mundo con su sabiduría, y extendió los cielos con su inteligencia» (Jeremías 51.15); y 3) el Hijo -«Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él» (Colosenses 1.16).

CONCLUSIÓN

El Espíritu Santo se describe en términos que únicamente se pueden aplicar a Dios. A partir de estos términos se puede concluir que el Espíritu Santo participa de la naturaleza divina juntamente con el Padre y el Hijo y que es uno con el Padre y el Hijo, pero que es, a la vez, un Ser con personalidad propia. Es una persona que ocupa un lugar de primordial importancia en la Biblia.

Dios se hizo hombre

Lección 6,

Los primeros cuatro libros del Nuevo Testamento (Mateo, Marcos, Lucas y Juan) relatan la más maravillosa historia jamás contada. Nos revelan cómo Dios se hizo hombre. Dicen que Jesucristo, el Hijo de Dios, entró en este mundo haciéndose hombre, que murió por nuestros pecados, y que produjo -para los que la recibieran-la salvación, o perdón de nuestros pecados y la vida eterna.

El Nuevo Testamento no es tanto un libro de historias, sino un estudio de la salvación, cuyo mensaje central es cómo el divino Hijo de Dios se hizo uno de nosotros para salvarnos. Por lo tanto, Mateo, Marcos, Lucas y Juan no son solamente estudios de la vida del Señor. Son mayormente mensajes misioneros. Nos dan una «historia selectiva», nos hablan de los eventos clave que relatan cómo se le

hizo realidad la salvación al hombre. Así, Juan 21.25 dice: «Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir».

¿Cuáles serán algunos de los eventos más importantes que se nos relatan en el Nuevo Testamento en cuanto a la provisión de salvación por parte de Jesús para nosotros? ¿Cuál es la verdad que concierne a Jesús?

JESÚS ERA Y ES DIOS

La primera verdad que debemos aceptar acerca de Jesús es que Él era y es Dios.

¿Fue Su nacimiento Su comienzo? No. El nacimiento de nuestro Señor en Belén no constituyó el comienzo de Su existencia. Fue solamente el acto mediante el cual entró en un cuerpo físico y se convirtió en hombre.

«Dios» es algo así como el apellido de una familia. Su apellido es lo que le identifica a usted con los demás miembros de su familia. Es el lazo que une a los miembros en particular de una familia, para formar una sola unidad familiar. De un modo parecido, «Dios» es el apellido de una familia. En las Escrituras observamos a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu. El segundo miembro de la Deidad, Jesús, se hizo hombre por nosotros.

Un pasaje en el que claramente se afirma que Jesús es Dios eterno, es Juan 1.1-5.¹ Juan dijo que Jesús es Dios, y que siempre lo ha sido.

En el principio era el Verbo,² y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.

Hay cuatro grandes verdades que se desprenden del pasaje anterior, sobre las cuales necesitamos reflexionar:

1) Observamos que Jesús no fue creado. ¿Cómo pudo Jesús haberse hecho hombre sin haber tenido una existencia previa? Jesús es el único cuyo nacimiento fue diferente de Su comienzo, y el único cuya vida no comenzó cuando fue concebido. No fue cuando nació que se hizo Hijo de Dios; tampoco fue cuando resucitó de entre los muertos. Él es Dios, y como tal es supremo y no tiene comienzo. Siempre ha sido y siempre será.

Habló de la gloria que tenía con el Padre antes de que el mundo existiese (Juan 17.5). Dijo: «[...] yo salí de Dios. Salí del Padre y he venido al mundo; [...]» (Juan 16.27-28). También dijo: «Porque me has amado desde antes de la fundación del mundo» (Juan 17.24b).

Todas las demás personas entran en la vida mediante un nacimiento físico, pero Jesús no tuvo principio de días, ni fin de vida (Hebreos 7.3). Él es plenamente eterno y plenamente Dios.

A diferencia de nosotros, eligió nacer y así dar inicio a Su experiencia de vida en la tierra. Durante Su vida terrenal, no se deshizo de Su deidad, pero sí renunció al uso voluntario de Sus características divinas. Él podía, en cualquier momento, volver a hacer uso de Sus poderes divinos o ejercer las elecciones divinas a Su disposición (Filipenses 2.6).

2) También observamos que Dios creó el mundo por medio de Jesús. Él es el verdadero Señor del universo. Así lo declara Primera de Corintios 8.6: «[...] para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él». También lo declara Colosenses 1.16: «Porque por él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él».

3) Otra verdad que se desprende de Juan 1.1-5, es que Jesús es quien les ha dado la vida a los que viven, y el que puede resucitar a los muertos (vea Juan 11.25). Es el autor de la vida.

4) La conclusión a la cual nos vemos obligados a llegar, es que Jesús es el Señor de la vida y de la muerte. Hizo todas las cosas y cuida de todas las cosas, dando vida y reinando sobre la muerte.

¿Podemos entender todo lo que implica la vida terrenal de nuestro Señor? Por supuesto que no. ¿Cómo vamos a entender a Dios plenamente? Uno no tiene que entender una verdad para creerla. Yo no entiendo cómo fue que Dios creó la tierra, pero creo que lo hizo. No entiendo cómo fue que Jesús resucitó de entre los muertos, pero creo que lo hizo. Del mismo modo, no entiendo cómo Dios, Jesucristo, pudo hacerse hombre, pero creo que lo hizo.

JESÚS, EL HIJO DE DIOS, SE HIZO HOMBRE

La siguiente verdad acerca de Jesús, sobre la cual necesitamos reflexionar, es que Él se hizo plenamente hombre. Démosle cabida a esta verdad en nuestras mentes: Jesús, el Hijo de Dios, ¡se revistió de carne! Jesús fue, es, y siempre será el Hijo de Dios; sin embargo, en el momento de Su nacimiento, Él se hizo el Hijo del Hombre.

Pablo describió cómo Jesús renunció al cielo para venir a la tierra (Filipenses 2.5-8). Note cómo Jesús descendió del cielo para convertirse en uno de nosotros.

En primer lugar, dejó el cielo. Dejó el cálido amor de la presencia

de Su Padre. Se alejó de un lugar en el que no existía el odio -un lugar que era libre de envidia, celos y desconfianza. Dejó la hermosa armonía del cielo -un lugar sin discordias, ni conflictos, ni discusiones, un lugar sin malentendidos ni confusión. Dejó los abundantes recursos del cielo. Eligió dejar un lugar donde no podía sufrir escasez económica, donde nadie era pobre, y nadie pasaba hambre o sed.

En segundo lugar, se hizo hombre. Su nacimiento no fue Su origen, sino Su manifestación como hombre en el ámbito del tiempo, la perfecta combinación de deidad y humanidad, la unión del cielo con la tierra. Consintió, no solamente en nacer, sino también en ser tan plenamente humano que podía morir. Siendo Dios, se hizo hombre. Era el Hijo de Dios, pero se hizo el Hijo del Hombre

Esta es la gran verdad del cristianismo. Si usted puede creer esta verdad, podrá creer todas las demás verdades del cristianismo. Así es, la asombrosa verdad del cristianismo es que Jesús de Nazaret fue Dios hecho hombre -que Él se vistió de humanidad sin perder Su deidad, de modo que fue verdadera y plenamente Dios e igualmente humano. El que pueda creer esta parte del cristianismo no tendrá problemas para creer el resto.

Juan escribió: «aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros» (Juan 1.14a). En otras palabras, Dios se hizo hombre; el divino Hijo se hizo judío; el Todopoderoso se apareció en la tierra como una desvalida criatura humana, sin opción más que reposar en Su lecho, mirar fijamente a los demás, retorcerse y hacer ruidos. Tenía necesidad de que alguien lo alimentara, le cambiara Sus pañales y le enseñara a hablar como a cualquier niño. No era ilusión ni engaño; la condición de criatura del Hijo de Dios era una realidad. Cuanto más reflexiona uno sobre ello más asombroso le parece. Hay personas a las que les cuesta aceptar ciertas verdades acerca del relato del evangelio y esto se debe a que su forma de creer en la encarnación es defectuosa o, al menos, insuficiente. Una vez que la realidad de la encarnación es asimilada, las demás dificultades desaparecen.

En tercer lugar, se hizo siervo de los hombres. No vivió como rey en un palacio, sino como siervo en la pobreza. No vino para ser servido, sino a servir. Vino a mostrarnos cómo es Dios y cómo se es verdaderamente hombre (Marcos 10.45).

En cuarto lugar, se sometió al poder de la muerte. Sin este requisito no se le hubiera considerado plenamente humano. Se identificó completamente con el hombre. Se sometió a la peor clase de muerte, a la muerte de cruz. Si yo pudiera elegir preferiría morir mientras estuviera dormido. ¿Y usted? En este aspecto no somos como Jesús. Se sometió a una atormentadora y dolorosa muerte ---y lo hizo voluntaria y decididamente, sin que nadie lo obligara a ello.

VIVIÓ ENTRE NOSOTROS SIENDO DIOS Y SIENDO HOMBRE

Otra verdad en cuanto a Jesús, sobre la cual necesitamos reflexionar, es que vivió entre nosotros siendo Dios y siendo hombre.

Era de esperar que la vida terrenal de este Dios que a la vez era hombre, fuera insólita. Se trata de alguien que había de ser diferente de cualquier otra persona. No nos debería sorprender que Mateo, Marcos, Lucas y Juan presenten Su vida terrenal como una vida superior a la de cualquier otro ser humano que jamás vivió.

Para que Dios se hiciera hombre, era necesario un nacimiento especial. Precisamente así fue Su nacimiento:

Los evangelios de Mateo y de Lucas relatan que nació de una virgen llamada María. Tuvo una madre terrenal; pero Su padre no era terrenal, pues había sido concebido por el Espíritu Santo (Mateo 1.20).

También era de esperar que Su vida fuera perfecta, prolija en enseñanzas divinas que no podían haber procedido de hombre mortal alguno. No es de extrañar que nadie anteriormente hubiera hablado del modo que Él habló (Mateo 7.29). Los que lo conocieron y oyeron Sus enseñanzas, se maravillaron de Su vida y Sus mensajes.

Si Jesús fue Dios encarnado, ¿por qué debería sorprendernos que manifestara poderes sobrehumanos haciendo milagros y maravillas? Los evangelios nos relatan que hizo milagros tan manifiestos que hasta Sus enemigos los consideraron sobrenaturales. Levantó a los muertos (Juan 11.35), dio vista a los ciegos (Marcos 8), multiplicó los panes y los peces (Juan 6). No debería sorprendernos el hecho de que tuviera tal poder. Después de todo, fue Él quien creó todas las cosas.

¿No deberíamos también esperar que como la Suya no haya habido otra muerte en la historia del mundo? El hecho de que Dios haya muerto en una cruz debería ser el evento más asombroso de todos los tiempos. Los evangelios muestran que esto fue lo que sucedió. En el momento de la muerte de Jesús, el cielo se oscureció, la tierra tembló, el velo del templo se rasgó en dos y los sepulcros se abrieron. Muchos santos se levantaron de sus sepulcros y aparecieron vivos en Jerusalén después de la resurrección de Jesús (Mateo 27.50-53). Cuando este Dios que también era hombre murió, un evento especial tuvo lugar -un evento que había sido planeado desde antes de la fundación del mundo.

¿No deberíamos también esperar que el Dios que a la vez era hombre, tuviera poder sobre la muerte? En verdad se levantó de entre los muertos. Esta es una de las más claras verdades que se nos relata sobre Su vida. Todos los cuatro evangelios describen la

resurrección con gran detalle. Se dio a Sí mismo por nuestros pecados; pero también se levantó de entre los muertos para que pudiéramos enterarnos de que Él era verdaderamente divino.

CONCLUSIÓN

Estas son, pues, tres verdades acerca de Jesús que jamás debemos olvidar: Él fue y es Dios; se hizo hombre; y vivió entre nosotros siendo Dios y a la vez hombre.

Estas tres verdades acerca de Jesús pueden darnos aliento de dos maneras: En primer lugar, nos recuerdan que nuestro Salvador no es un hombre desvalido, sino que es Dios -el Dios todopoderoso, eterno, creador y sustentador.

En segundo lugar, vemos en la preexistencia de Jesús la verdad de Su amor por toda la humanidad. Su venida a la tierra y Su muerte por nuestros pecados constituyen la única esperanza de salvación. Jesús estuvo dispuesto a venir y darnos esperanza. Se dio a Sí mismo por nuestra salvación; pero, ¿iría a recibir la gente de la tierra ese mensaje y ser salvos? ¿Habría de renunciar Jesús a todo a cambio de que respondieran sólo unos pocos? Jesús estuvo dispuesto a correr ese riesgo por nosotros. Se hizo nuestro Salvador. Nadie más podía habernos salvado.

Si Él no hubiera venido, no tendríamos esperanza. Imagínese cómo sería que uno se convirtiera en una hormiga. Tendría que abandonar muchas de sus ventajas como ser humano, tales como el cuerpo humano, las fuerzas y los talentos. Tendría que vivir dentro de las limitaciones de una hormiga. Jesús no se hizo una hormiga; sin embargo, el hecho de haber descendido de Su elevado estado en los cielos para hacerse un hombre en Palestina, constituyó un acto de humildad muchísimo más grande que el de un hombre que se hiciese una hormiga. Así es, Jesús se hizo Hombre con el fin de que pudiéramos hacerlos hijos de Dios.

Regocijémonos en lo que Jesús hizo por nosotros y tomemos la decisión, ahora mismo, de obedecerle y seguirle.

¿Qué concepto debemos formarnos acerca de Jesús?

Lección 7,

A los estudiantes universitarios a menudo se les asigna alguna especie de investigación; sin embargo, no siempre les gusta hacer investigaciones. Tal vez su actitud hacia la investigación se deba a dos razones. En primer lugar, la investigación es a veces trabajo

arduo. Alguien dijo: «No me gusta leer, pero me gustan los resultados de haber leído». A muchos estudiantes no les gusta hacer investigaciones, pero disfrutan de haberlas hecho. En segundo lugar, mucha investigación es imprecisa, es decir, sus resultados no son previsibles. Cuando llevamos a cabo una investigación analizamos lo que sabemos y lo que no sabemos -y a veces esto es mucho más manifiesto que aquello. Un estudiante bien podría llegar al final de algún proyecto de investigación diciendo: «Cuando comencé este proyecto, no sabía nada acerca de este asunto. Ahora que lo he terminado, ¡lo que sé es que nadie sabe nada acerca de él!». Esta es una conclusión que puede ser muy desalentadora.

Hay ciertos asuntos clave sobre los que todos deseamos saber la verdad. No nos satisfacen las opiniones imprecisas e inconclusas acerca de ellos. Lo anterior reviste un mayor grado de verdad cuando se trata de Jesucristo. Lo que deseamos oír no es la opinión de alguien, ni el planteamiento de unas vagas teorías sobre Él; lo que deseamos saber es la verdad sobre Él. Las interrogantes más profundas que nos planteamos sobre Él, son específicas y van al grano: ¿Quién es Jesús? ¿Es de veras el Hijo de Dios? ¿Qué dice Él acerca de la vida y de la salvación?

La Biblia es el único libro verdaderamente exacto en este mundo. Dios nos la dio para que estuviéramos seguros acerca de sus enseñanzas (2ª Pedro 1.3). Dios no quiere que vayamos por la vida sin llegar a una conclusión respecto de Jesús. Él quiere que sepamos quién es Jesús y qué vino a hacer. Quiere que conozcamos la verdad absoluta acerca de Él para que podamos, confiada y seguramente, edificar nuestra vida sobre esa verdad.

Es la Biblia la que nos pinta el único retrato auténtico que tenemos de Jesús. Nos dice quién es Él, y nos lo dice de dos maneras: en primer lugar, por los títulos con que se le llama; y en segundo lugar, por las características que se le atribuyen.

Consideremos detenidamente los títulos que se le dan a Cristo en la Biblia. Si alguien de confianza nos presentara a un hombre como predicador y maestro, sabríamos quién es tal hombre y qué tipo de persona es en el fondo. Los términos «predicador» y «maestro» nos darían una clara imagen de él.

Las Escrituras no nos dejan duda alguna acerca de la identidad de Jesús. Se refieren a Él concretamente, en términos que no pueden ser malentendidos. Conozcamos quién es Él mientras estudiamos minuciosamente los títulos que se le dan a Jesús en las Escrituras.

ES NUESTRO SALVADOR

Primero, las Escrituras le llaman a Jesús «Salvador». La palabra «salvador» se refiere a alguien que rescata a otro de un grave peligro.

La narrativa del nacimiento, según consta en Mateo, menciona que un ángel se le apareció en sueños a José, quien había de ser el padre terrenal de Jesús. El ángel le dijo:

[...] José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Mateo 1.20-21).

Como Ud. puede observar, Jesús no iba a ser cualquier tipo de salvador; iba a ser un Salvador singular. Si un hombre salva a un niño de un edificio en llamas, lo llamamos salvador. Si un hombre les da de comer a personas que se están muriendo de hambre, se le llamará salvador de esas personas. Jesús, en cambio, según las Escrituras, nos salva de nuestros pecados. Es nuestro Salvador espiritual.

Toda persona responsable tiene que confrontar como su dificultad número uno la culpa por el pecado. Alguien dijo que si nos colgáramos una minigrabadora alrededor del cuello y grabáramos en ella cada palabra que saliera de nuestra boca por un período de cuarenta y ocho horas, fácilmente podríamos concluir que somos pecadores. Si nos sentáramos a escuchar cada palabra, pensáramos en la intención detrás de cada frase, y consideráramos el tono en que hablamos, seguramente concluiríamos que no siempre dijimos lo que debimos haber dicho. De igual modo, podríamos usar una cámara de vídeo para captar cuarenta y ocho horas de nuestra vida. Al repasar cada acción y hecho, fácilmente podríamos ver que somos pecadores. Descubriríamos, asombrados, que muchas veces hacemos lo que no debemos y muchas veces no hacemos lo que debemos. Ni siquiera tenemos necesidad de que la Biblia nos diga que somos pecadores. Cuando examinamos de cerca nuestras palabras y acciones, sabemos que somos pecadores. Sin embargo, esta es una verdad que la Biblia declara en lenguaje bien claro. Pablo les recordó a los cristianos: «No hay justo, ni aun uno» (Romanos 3.10).

¿Qué se puede hacer acerca de nuestro pecado? No podemos perdonarnos a nosotros mismos. Nuestro pecado no es solamente contra otros seres humanos, es también contra Dios. ¿Quién puede ayudarnos con nuestra necesidad más apremiante? La psicología no puede perdonarnos. El pensamiento positivo tampoco puede. El fingir que no somos pecadores no nos salvará. ¿Qué se puede hacer? La respuesta de Dios a nuestra condición tan desesperada, es Jesús. A José se le dijo que el nombre de Jesús había sido ya determinado en el cielo por la función que iba a desempeñar aquí en la tierra. La

noche de Su nacimiento, esto fue lo que el ángel les anunció a los pastores que estaban sobre una colina de Palestina: «[...] os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor» (Lucas 2.11). El propósito principal de la venida de Jesús a esta tierra era el de salvarnos de nuestros pecados (1ª Corintios 15.3).

Según narra una conmovedora historia, un valiente y leal soldado del ejército de Napoleón estaba en su tienda de campaña repasando sus obligaciones y asuntos de familia. Había escrito en un papel las deudas que tenía y el dinero que necesitaba para el cuidado de su familia. Una oleada de desánimo le inundó al darse cuenta de que no tenía el dinero que necesitaba para sus deudas y gastos familiares. Sintiendo muy deprimido, escribió en la parte inferior de la página, en la cual había hecho la lista de sus obligaciones financieras, lo siguiente: «¿Quién hay que pudiera pagar todas estas deudas?». Sintiendo derrotado, puso la cabeza sobre el brazo y se durmió. Sin que él lo supiera, Napoleón pasó en aquel momento por el campamento, revisando las condiciones de sus tropas y evaluando sus fuerzas. Al pasar por la tienda de campaña del joven soldado, llamó pidiendo inspección, pero ninguna respuesta se oyó salir de la tienda. Se dirigió a la tienda y miró dentro de ella. Vio al soldado durmiendo y leyó la conmovedora pregunta que había escrito en la parte inferior de la página. Napoleón extendió su mano, recogió la pluma y escribió debajo de la pregunta: «Yo pagaré», y luego firmó: «Napoleón».

Cuando contemplamos nuestra deuda de pecado y nuestra crítica necesidad de salvación, también imploramos: «¿Quién hay que pueda pagar todas estas deudas?». Alguien mucho más grande que Napoleón ha contestado: «Yo las pagaré». Jesús, el Salvador del mundo, por medio de Su muerte en la cruz, nos ha traído el ofrecimiento de una completa salvación.

La Biblia enseña claramente que Jesús es nuestro único Salvador. Pedro dijo: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4.12). Si usted desea ser lavado de sus pecados para poder estar de pie delante de Dios en un estado aceptable, tiene que venir a Cristo (Juan 14.6; Marcos 16.16). Según la Biblia lo dice, Él es nuestro Salvador.

ES EL CRISTO

Otro título que se le da a Jesús es el de el «Cristo», que quiere decir «el Ungido». «Cristo» en el idioma griego es lo mismo que «Mesías» en el idioma hebreo. El Nuevo Testamento identifica a Jesús como el Prometido, el Escogido de Dios.

Los profetas habían anunciado que un siervo especial de Dios venía:

Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto (Isaías 9.6-7).

Miqueas había profetizado, «Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad» (Miqueas 5.2). El Nuevo Testamento prueba que Jesús es Aquél a quien los profetas anunciaban como el que vendría.

Hacia el fin de Su ministerio terrenal, se dirigía Jesús un día con Sus discípulos a la región de Cesarea de Filipo. Andando por aquel camino, preguntó a Sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?». Ellos dijeron: «Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas») (Mateo 16.13-14). Al oír esta respuesta, Jesús les preguntó: «y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». En esta oportunidad fue Pedro quien le contestó. Le dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mateo 16.15-16). Jesús le hizo un cumplido a Pedro por su respuesta. Le dijo: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mateo 16.17). En otras palabras, lo que Jesús estaba diciendo era esto: «Pedro, no fue por lo que algún ser humano te haya dicho, que llegaste a esta conclusión. Esto es algo que has recibido del Dios de los cielos». Fue ésta, una revelación divina, no una deducción humana.

Piense en cómo el Nuevo Testamento se refiere a Jesús. Cuando lo llama «el Cristo», lo identifica como el que vendría, como el Escogido especial de Dios. No era el precursor del que vendría, era propiamente el que vendría. No era uno que anunciaba la venida del Escogido; era el cumplimiento de todas las profecías acerca del Escogido. No era uno que estuviese solamente relacionado con el Escogido, era el Escogido mismo.

ES EL HIJO DE DIOS

También, a Jesús se le identifica en el Nuevo Testamento como el Hijo de Dios, el segundo miembro de la Deidad.

A Juan el Bautista lo escogió Dios para preparar el camino para el ministerio terrenal de Jesús. Hizo esta obra predicando el arrepentimiento y aplicando el bautismo de arrepentimiento para

perdón de pecados (Marcos 1.4). Juan le indicaba a la gente que respondía a su predicación el camino que llevaba al Mesías que iba a venir. En su arrepentimiento y bautismo, la gente prometía recibir al Mesías cuando viniera (Hechos 19.4). Cuando Juan llevaba a cabo la misión que Dios le había encargado, la gente de toda Judea y de todos los distritos de alrededor del Jordán salían a él y eran bautizados por él (Mateo 3.5). Un día que Juan bautizaba a la gente en el río, se le apareció Jesús a orillas del Jordán. Juan no tenía certeza, en ese momento, de que Jesús fuera el Mesías (Juan 1.29-31) -pero sí tenía certeza de que era alguien superior a él. Esta situación propició que respondiera a la petición de Jesús diciendo, en otras palabras: «Necesito ser bautizado por Ti, ¿y Tú quieres que yo te bautice?». Jesús dijo, «Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia» (Mateo 3.15). Juan estaba haciendo la obra de Dios. Era un hombre enviado por Dios. Lo anterior causó que Jesús, quien deseaba ser completamente sumiso a la voluntad de Dios mientras estaba en la tierra, fuera bautizado por Juan. Se dejó hacerla por obediencia -no porque tuviera pecados que necesitaran perdón, ni porque necesitara el arrepentimiento, tampoco porque necesitara recibir al Mesías cuando Éste viniera. Él era el Mesías; pero se sometía al bautismo de Juan para cumplir la voluntad de Dios, para cumplir toda justicia.

Cuando Juan sacó a Jesús de las aguas del bautismo, el Espíritu de Dios descendió sobre Él como paloma. Cuando Juan vio este acontecimiento milagroso, se dio cuenta de que Jesús era el Mesías (Juan 1.32-34). Entonces, una voz de los cielos -la mismísima voz de Dios- habló diciendo: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mateo 3.17). En este versículo del Nuevo Testamento está el testimonio de Dios de que Jesús es Su Hijo.

El apóstol Juan dijo que son tres los que han dado testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios. Dijo: «y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan» (1ª Juan 5.7-8). El Espíritu Santo dio testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios al descender sobre Él como paloma cuando era bautizado. El Espíritu Santo también dio este testimonio en otras ocasiones narradas en los Evangelios. El «agua» debe de referirse al bautismo de Jesús, cuando el Padre declaró desde los cielos que era Su Hijo. La «sangre» a la cual Juan se refería debe de representar la muerte de Jesús. Los eventos milagrosos que acompañaron a la crucifixión dieron testimonio de la deidad de Jesús. Juan dijo: «Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo» (1ª Juan 5.9). Si tres hombres íntegros estuvieran de acuerdo acerca de cierta verdad, aceptaríamos su testimonio sin titubeo alguno -y así también lo aceptaría cualquier tribunal de justicia del país. ¡Cuánto más deberíamos de aceptar el testimonio de Dios! Él ha dado testimonio acerca de Su Hijo -el testimonio del Espíritu (al presentarse como paloma al ser bautizado), el del agua

(cuando la voz del Padre se escuchó en ese mismo momento), y el de la sangre (con los milagros ocurridos al morir).

¿Quién es Jesús? Las Escrituras no dejan duda alguna al respecto. El Nuevo Testamento enseña claramente que Jesús es el Hijo de Dios. Esto quiere decir que no podemos tratado con indiferencia. La indiferencia para con Jesús equivale a indiferencia para con Dios.

ES EL SEÑOR

Además, el Nuevo Testamento le da el título de «Señor» a Jesús. Él es nuestro Gobernante Supremo, quien tiene toda la autoridad de Dios.

Después de Su resurrección, Jesús se apareció a los apóstoles, demostrando así que realmente había resucitado de entre los muertos. Jesús dijo a sus discípulos:

Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, ID, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén (Mateo 28.18-20).

Diez días después de la ascensión de Jesús al Padre, el Espíritu Santo fue derramado sobre los apóstoles. En ese día, el día de Pentecostés, Pedro habló a una gran multitud que se había reunido. Dio pruebas de que Jesús es el Cristo. Al alcanzar el punto culminante de su sermón, les pidió a sus oyentes que aceptaran como conclusión que Dios había hecho a Jesús «Señor y Cristo» (Hechos 2.36). Pablo, después de describir la manera como Jesús se humilló para hacerse hombre y obedeció hasta la muerte, escribió:

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses 2.9-11).

También escribió Pablo acerca de Jesús, que Dios «sometió todas las cosas bajos sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo» (Efesios 1.22-23).

¿Qué significa para nosotros el Señorío de Jesús, según el Nuevo Testamento? En la práctica, significa que debemos someternos a Él. Jesús reclamó: «¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?» (Lucas 6.46). Además, advirtió: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace

la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 7.21). ¿Está usted dispuesto a someterse a las enseñanzas de Cristo? Otra consecuencia, es que debemos darle prioridad a Cristo en nuestra vida, es decir, darle nuestra lealtad y amor. Es el único Señor acreditado por el cielo, y debe, por lo tanto, ser el único Señor entronizado en nuestro corazón.

Alguien dijo: «En el corazón de toda persona hay una cruz y un trono. Si me siento yo en el trono, obligo a Cristo a ocupar la cruz. Si dejo que Cristo ocupe el trono, deberé ponerme yo mismo en la cruz». Nadie puede tener dos señores. Si uno se somete al Señorío de Cristo, tiene que renunciar a su propia voluntad y deseos. Nadie puede tener dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro (Mateo 6.24).

El Nuevo Testamento dice que Jesús es Señor. Dios ha sometido todas las cosas bajo Sus pies. El es Rey de reyes y Señor de señores.

CONCLUSIÓN

¿Quién, pues, es Jesús? El único libro completamente cierto que hay en el mundo, dice que Él es nuestro Salvador, el Cristo, el Escogido de Dios, el Hijo de Dios, y nuestro Señor. Esta es la verdad acerca de Él. Usted no tiene que esperar a que se hagan más investigaciones para poder tener certeza acerca de quién es Jesús. La Biblia nos dice la absoluta verdad acerca de Él.

La venida de Jesús al mundo, dividió la Historia en dos partes: una anterior a Cristo y la otra posterior a Cristo. Mateo 25.31-46, dice que El dividirá la especie humana en dos grupos: los salvos y los perdidos. Pilato creyó que Jesús estaba delante de él para juzgarlo; pero en realidad era Pilato quien estaba delante de Jesús para ser juzgado. En el último día de la Historia, los salvos estarán a la diestra del trono de Jesús, mientras que los perdidos estarán a la izquierda de Su trono. Su respuesta a Jesús determinará a qué lado del trono estará usted. Por medio de la salvación sólo a la diestra se puede estar. Él dijo, «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14.6). Usted sólo tiene dos caminos: venir a Dios por medio de Jesús, o sufrir condenación eterna. Él vino para que tu viéramos vida (Juan 10.10); sin Él, permanecemos en muerte eterna.

Jesús nos invita a acudir a Él para que tengamos la salvación. Otros líderes religiosos, en cambio, lo invitan a venir a sus sistemas o a sus enseñanzas. Sólo Jesús, el Hijo de Dios, puede invitado a venir a Él. Esto fue lo que dijo: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11.28).

¿Por qué vino Jesús a la tierra?

Lección 8,

¿Qué diría usted si, al caminar por una acera de su ciudad, se le acercara un periodista y le preguntara: «¿Cuál cree usted que ha sido, por sí solo, el evento más grandioso que ha ocurrido, desde el comienzo del mundo?»? ¿Qué le contestaría? ¿Qué acontecimiento ha sido tan trascendental que ha descollado sobre todos los demás eventos de la historia humana? Mi respuesta tendría que ver con la venida del Señor Jesús al mundo para ser nuestro Salvador.

El acontecimiento de mayor trascendencia de la historia de la humanidad, tiene que ser la vida de Jesús -la encarnación, el haberse hecho carne Jesús- el Hijo de Dios. Pablo escribió que aun cuando Jesús existió en forma de Dios, Él no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, teniéndole sin cuidado las consecuencias. Se «despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres» (Filipenses 2.7). Según Juan lo expresa: «[...] aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Juan 1.14).

Podríamos decir que Cristo fue tan humano como si se hubiera despojado de toda divinidad, y tan divino como si se hubiera despojado de toda humanidad. Jesús se identificó tan plenamente con el género humano, cuando se hizo hombre, que vino al mundo del mismo modo que todos los seres humanos lo hacen (Lucas 2.6), creció como todos los seres humanos crecen (Lucas 2.40), estuvo sujeto a todos los sufrimientos que los seres humanos tienen (Hebreos 5.8-9) y vivió en un cuerpo que podía ser afectado por la enfermedad, el deterioro y la muerte -un cuerpo, al que, incluso, los seres humanos le pudieron dar muerte en una cruz (Filipenses 2.8-9). Fue completamente hombre, siendo, de este modo, el Hijo del Hombre; sin embargo fue completamente divino, siendo, de este modo, el Hijo de Dios (Hebreos 2.14, 1718). Él fue la perfecta unión de lo humano con lo divino, en una sola personalidad. Llegó a ser hombre sin sacrificar Su deidad; siguió siendo divino, aun cuando llegó a ser como nosotros.

La naturaleza de la venida de Jesús a la Tierra plantea ciertas preguntas de vital importancia: ¿Por qué vino Jesús en la forma como lo hizo? ¿Cuál fue el propósito que tuvo al formar parte del género humano, al vivir entre nosotros y al morir en una cruz? ¿Por qué se rebajó Jesús, al punto de llegar a ser totalmente hombre? Las respuestas a estas preguntas se pueden resumir en una sola oración: «Él vino a llamar a salir de entre todos los pueblos -mediante Su ministerio, muerte y resurrección- a un pueblo para Su nombre, al cual llamaría Su iglesia» (Marcos 10.45; Lucas 19.10).

En otras palabras, el resultado de Su visita a esta tierra es la iglesia. Jesús no escribió un libro, ni fundó una universidad, ni formó una familia física. La única realidad tangible que Su ministerio terrenal produjo, fue la iglesia. El único cuerpo que Jesús dijo que edificaría, fue un cuerpo espiritual, al cual llamó «la iglesia» (Mateo 16.18). El único fundamento que Jesús puso durante Su ministerio, fue el fundamento sobre el cual se edificaría la iglesia. De allí que se pueda decir que la iglesia es la única creación de la venida de Cristo a la tierra.

LO AFIRMAN LOS EVANGELIOS

Los evangelios afirman sólidamente esta verdad. Cada uno de los evangelios apunta y señala un camino que lleva a la iglesia, el reino de los cielos, el cual Jesús establecería el primer día de Pentecostés posterior a Su muerte y resurrección.

Cuando uno estudia la vida de Cristo en los evangelios, se queda admirado de tres aspectos que surgen de Su ministerio:

- 1) La misión que se propuso cumplir,
- 2) la naturaleza preparatoria de Su obra, y
- 3) La forma como Su obra debía continuar.

En primer lugar, los evangelios señalan que Jesús no se propuso evangelizar el mundo durante Su ministerio personal. Después de escoger a Sus apóstoles, no les dio a éstos una comisión especial de evangelizar todo el mundo, mediante su predicación; más bien, les aplacó su celo diciéndoles: «Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo 10.5b-6). Nos sorprende que, durante Su ministerio, Jesús se circunscribiera a Palestina. Jamás salió a los países vecinos del mundo romano. Cumplió Su misión, mediante la predicación y enseñanza de Su mensaje en una región bastante reducida del mundo. Si Jesús se hubiera propuesto evangelizar al mundo durante Su ministerio personal, Él se habría desenvuelto de un modo totalmente diferente, empleando distintos métodos y estrategias de amplia cobertura.

En segundo lugar, los evangelios señalan que la vida, obra y muerte de Jesús, fueron de carácter preparatorio para algo que vendría después. Jesús predicó: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mateo 4.17b). En el Sermón del monte, les enseñó a Sus discípulos a orar así: «Venga tu reino» (Mateo 6.10a). Jesús se preocupó por que las multitudes no fueran impresionadas por Sus milagros y que, como reacción a éstos, se manifestaran por la causa de hacerlo rey terrenal de ellos. No permitió que las multitudes le definieran Sus planes o Su agenda. Cuando hacía un milagro, a veces le pedía al beneficiado que no lo dijera «a nadie» (Mateo 8.4). Escogió a doce apóstoles y los preparó personalmente; pero es obvio que los preparó para la obra que harían después de Su partida (Juan 14.19).

En tercer lugar, según los evangelios lo presentan, el ministerio terrenal de Jesús pareciera haber quedado inconcluso. Jesús hizo lo que el Padre le envió a hacer; pero al final de Su vida sobre la tierra, preparó a los doce para que esperaran otros eventos y revelaciones después de Su ascensión. Jesús les dijo a los apóstoles: «Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Juan 14.26). También les dijo: «Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oye re, y os hará saber las cosas que habrán de venir» (Juan 16.13). Después de la resurrección y justo antes de la Ascensión, Jesús les mandó a Sus apóstoles esperar en Jerusalén hasta que recibieran poder de lo alto. Después de recibir poder, ellos debían predicar el arrepentimiento y el perdón de pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén (Lucas 24.46-49).

Estas características del ministerio de nuestro Señor antes y después de Su muerte, establecen de modo convincente que Su ministerio sobre la tierra tuvo como fin reunir las condiciones necesarias para el establecimiento de Su reino, la iglesia. En Mateo 16.18, Jesús les anunció a Sus discípulos el peso de Su obra terrenal: «Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella». Así, Jesús no vino a predicar el evangelio; vino para que hubiera un evangelio que predicar.

El famoso escultor Gutzon Borglum, que esculpió el extraordinario monumento de la roca del monte Rushmore, en South Dakota, también esculpió una cabeza de Abraham Lincoln para el Capitolio en Washington D.C. La esculpió en un bloque de mármol en su estudio. Se dice que cuando la mujer que venía cada mañana a limpiar su estudio, vio por primera vez la escultura que parecía tener vida, se quedó estupefacta por un momento, y preguntó: «¿Cómo sabía él que Lincoln estaba encerrado en ese bloque de piedra?». La respuesta a su pregunta fue que Borglum podía ver lo que otros no podían. Tenía el ojo de un artista, la percepción de un escultor. Podía ver el rostro en el bloque, antes de que sus diestras manos y mente visionaria lo hicieran salir.

Con la ayuda de los evangelios, podemos ver lo que. Jesús vio durante Su ministerio terrenal. Aprisionados en Su ministerio estaban la visión del reino y los preparativos que se imponían para la llegada de éste. Predicó sobre el reino, hizo preparativos para él y lo compró con Su sangre.

LO CONFIRMA HECHOS

Hechos confirma que el ministerio, muerte y resurrección de Jesús tuvieron como propósito orientador la creación de la iglesia, el hacer

que viniera el reino. Los evangelios anuncian abiertamente la verdad, y Hechos confirma el cumplimiento del anuncio mediante imágenes de vivos colores.

Diez días después de la ascensión de nuestro Señor, el Espíritu Santo fue dado milagrosamente a los apóstoles el día de Pentecostés (Hechos 2.1-4); se predicó, por primera vez, la muerte, sepultura y resurrección de Jesús; se invitó a los oyentes a responder a este evangelio mediante la fe, el arrepentimiento y el bautismo para el perdón de los pecados (Hechos 2.38; Lucas 24.46-47) y como tres mil aceptaron la invitación, recibiendo la Palabra que se predicó, y bautizándose (Hechos 2.41). Por lo tanto, con la misma seguridad que la noche sucede al día, el nacimiento de la iglesia de nuestro Señor sucedió al ministerio de Jesús.

El resto de la historia de Hechos es la historia de la propagación de la iglesia, como una llama de amor que sale de Jerusalén y Samaria, y va más allá, hasta llegar a las demás regiones del Imperio Romano. En todas y cada una de las ocasiones que se predicó el mensaje inspirado en Hechos, los oyentes respondieron formando parte de la iglesia mediante la obediencia a la palabra predicada. Cada vez que un viaje misionero se llevó a cabo en Hechos, ello dio como resultado que se establecieran iglesias en nuevas regiones del mundo. Los tres viajes misioneros de Pablo que se narran en Hechos, plantaron iglesias por todo el mundo, desde Jerusalén hasta Ilírico (Romanos 15.19). Nadie puede leer Hechos, sin llegar una y otra vez a la inevitable conclusión de que la iglesia es el resultado de la venida de Cristo a la tierra.

Una vez oí a un predicador decir: «Debemos emplear los mismos métodos que Jesús empleó, en nuestra tarea de evangelizar el mundo. Reunamos a doce hombres a nuestro alrededor y preparemos a éstos para la obra que llevarán a cabo más adelante. Jesús nos muestra cómo evangelizar al mundo, mediante el método que Él usó». Es cierto que Jesús mostró perfección en todo lo que hizo. No obstante, un estudio concienzudo de Su ministerio revela que Su misión durante ese tiempo no tuvo como objetivo evangelizar el mundo. Su objetivo fue poner el fundamento para la iglesia; reunir los componentes del anteproyecto para la evangelización del mundo. En la manera como abordó Su obra, empleó métodos y medios adecuados al cumplimiento de Su singular misión; una misión que fue diferente de la que les ha encargado a Sus seguidores de evangelizar la totalidad del mundo.

De conformidad con lo anterior, no vemos en Hechos que los apóstoles, ni otros hombres inspirados, emplearan los mismos métodos que nuestro Señor empleó. No se observa que reunieran alrededor de sí a doce hombres para prepararlos tal como nuestro Señor lo hizo, imitando de tal manera Su metodología. A través de su predicación y enseñanza, los apóstoles y otros hombres inspirados

hicieron que las personas formaran parte de la iglesia; estos nuevos cristianos eran luego nutridos, instruidos, alentados y enseñados para el servicio y el evangelismo por la iglesia y siendo parte de la iglesia. En Hechos se nos muestra la vida de la iglesia como el resultado del ministerio terrenal de Jesús. La vida de Cristo constituye el 48 por ciento del Nuevo Testamento; el 52 por ciento restante lo constituye lo que la vida, la muerte y la resurrección de Cristo produjeron: la iglesia.

LO REAFIRMAN LAS EPÍSTOLAS

Las epístolas neotestamentarias hacen hincapié en la aplicación de una verdad, y ésta es que la iglesia constituye la realización de la vida terrenal y muerte de Cristo. Los evangelios afirman esta verdad, Hechos la amplifica, y las epístolas la aplican. Las epístolas nos muestran cómo responder a la vida de Cristo, siendo Su cuerpo espiritual.

Las epístolas fueron escritas a personas que habían elegido venir a Cristo por medio de la fe y la obediencia. Vivieron en un tiempo cuando el efecto de la vida, muerte y resurrección de Cristo todavía era el centro de atención. La idea central que emana del mensaje de los hombres inspirados, era que la manera de honrar a Cristo como Señor, y de responder apropiadamente al hecho de que estuvo en forma humana entre nosotros, es llegando a ser Su iglesia y continuar siendo esa iglesia.

En todas las epístolas se insta a los seguidores de Cristo a vivir y a servir como cuerpo espiritual de Él. Cuando las epístolas son recogidas en un solo tomo, ellas constituyen un verdadero «manual de gobierno», sobre cómo vivir siendo la iglesia de Cristo, bajo toda clase de circunstancias, y en diferentes lugares. Nos enseñan cómo aplicar el ministerio terrenal de Cristo a nuestras vidas.

Nos sometemos a Jesús como Señor por medio de formar parte de Su cuerpo mediante la fe que lleva a la obediencia. Pablo asemejó la acción final de esta respuesta de fe, a un revestirse de Cristo (Gálatas 3.27). Según lo expresado en las epístolas, uno no se ha sometido a Cristo, mientras no haya entrado en Su cuerpo por medio del bautismo para salvación que ha sido precedido de la fe, el arrepentimiento y la confesión de Jesús como Hijo de Dios.

Honramos la vida, la muerte y la resurrección de Jesús por medio de vivir y adorar juntos como la familia de Dios en Su cuerpo espiritual, la iglesia. Pablo dijo:

Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús (Gálatas 3.28).

Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función,

así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros (Romanos 12.4-5).

[...] para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros. De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan. Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular (1ª Corintios 12.25-27).

El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan, Pablo les enseñaba, [...] (Hechos 20.7).

Cuando no somos capaces de vivir y adorar como la familia de Dios, como la iglesia de Cristo, le estamos restando valor a la misión que Cristo vino a cumplir, y estropeando lo que Él estableció por medio de Su muerte.

Jesús nos ha llamado a ser Su cuerpo, Su iglesia. No hay, en las epístolas, una sola descripción de una iglesia formada por Su pueblo, que no sea la iglesia de Cristo. Según las epístolas, Jesús creó solamente un camino para seguido, para servirlo y para recibir Su sangre y la salvación que Él provee. Ese camino se anda cuando se vive fielmente en este mundo siendo Su cuerpo espiritual.

Una niña de corta edad encontró una Biblia en una esquina de su casa. La recogió, y sosteniéndola en alto, le preguntó a su madre: «¿Qué libro es éste, madre?». Su madre respondió: «Ese es el libro de Dios, la Biblia». La niña, con una perspicacia penetrante, recomendó: «¿Por qué no se lo devolvemos, ya que nunca lo usamos?».

Lo cierto es que podemos leerla y todavía no usarla verdaderamente. Podemos citar la Biblia en toda conversación, leerla todos los días, y aún así no atinar a aplicarla. Para una auténtica aplicación de la Biblia, es necesario seguirla en la práctica de ser la iglesia de Cristo. No es sino hasta que seamos lo que la Biblia nos enseña a ser, que estaremos haciendo un uso correcto y apropiado de ella.

CONCLUSIÓN

La totalidad del Nuevo Testamento, enseña concertadamente que la iglesia, el cuerpo espiritual de Cristo, es la creación que resultó de la misión que Cristo cumplió al hacerse hombre. Los evangelios lo afirman al prometerlo, Hechos lo confirma, al describir el cumplimiento de ello, y las epístolas lo reafirman, al aplicarlo de modo práctico a la vida.

Puesto que el Nuevo Testamento dice que la única manera de responder a Aquel que vivió, murió y resucitó de entre los muertos para nuestra salvación, es formando parte de Su iglesia y viviendo fielmente como miembros de ella, la pregunta que se plantea es esta: «¿Vive usted siendo Su cuerpo?». ¡Qué gran error sería llegar al final de la vida de uno y descubrir que se perdió completamente del verdadero propósito de ella! Tal vez haya otro error más triste: perderse el propósito por el cual el Hijo de Dios vino a esta tierra. Tan ciertamente como el Nuevo Testamento nos da el bendito mensaje de Dios de salvación, tan ciertamente como Cristo vino a esta tierra en forma humana, todo aquel que no entre en Su cuerpo descubrirá, al final de su vida, que se perdió la razón por la que Cristo vino a esta tierra. ¡ Esta conclusión es la enseñanza fundamental de la totalidad del Nuevo Testamento!

Cuando Cristo llegó al final de Su breve vida aquí, Él pudo decir: «Padre he hecho lo que me pediste que hiciera. He cumplido la misión que me encargaste». Es mejor vivir unos pocos años en esta tierra, formando parte del círculo de la voluntad de Dios, cumpliendo Sus propósitos, que vivir una larga vida en un palacio, al frente de un reino de egoístas aspiraciones. Al final de la vida, montones de gente sólo atinan a decir: «Dios, he terminado de vivir los días que me diste sobre esta tierra, y solamente hice lo que yo deseé. Me propuse cumplir la misión que yo elegí para mí mismo».

Ojala que cuando lleguemos al final de nuestras vidas, podamos decir: «Señor, descubrí en las Escrituras lo que Tú quisiste que yo fuera e hiciera, y me entregué al cumplimiento de esa misión. Traté sinceramente de glorificarte en la tierra, y procuré vivir el plan que me diste. He vivido siendo la iglesia de Cristo».

La cruz y la iglesia

Lección 9,

Los que están familiarizados con el concepto neotestamentario de la expiación por el pecado, estarán de acuerdo en que «para salvar pecadores, un Cristo sin cruz sería tan inútil como una cruz sin Cristo». Pero, gracias a Dios, la buena nueva del evangelio es que Cristo, el Ungido de Dios, dio su vida física en la cruz, y lo hizo por nuestros pecados (1ª Corintios 15.3).

El mensaje central del relato bíblico es que el Hijo de Dios se sacrificó en la cruz por el hombre. Las páginas del Antiguo Testamento, con sus profecías, y las del Nuevo Testamento, con el cumplimiento de éstas, están en cierto sentido tan saturadas con la sangre de Cristo, que bien podría decirse que la dejan caer gota a gota. Henry C. Thiessen calculó que el relato acerca de los últimos tres días de la vida de Jesús, abarca casi un quinto de la extensión

de los evangelios. Estimó que si los tres años y medio que tomó el ministerio público de Jesús, hubieran sido tratados de manera tan minuciosa como lo fue Su muerte, los Evangelios hubieran abarcado un volumen de unas 8,400 páginas de extensión. R.A. Torrey estimó que uno de cada 53 versículos del Nuevo Testamento, hace una referencia específica a la muerte de Cristo.² El cristianismo es la única religión del mundo cuyo eje central es el ofrecimiento de un sacrificio divino por el pecado y la resurrección de la víctima de ese sacrificio.

En un mundo de pecado y pecadores, de culpa e iniquidad, de separación y sufrimiento, la cruz es el poder de Dios para salvación; es la solución divina para el más grave problema del mundo. Cristo es la propiciación por nuestros pecados -es decir el que paga por el mal que hemos hecho y quien nos justifica ante los ojos de Dios. Está escrito: «Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios» (1^a Corintios 1.18); «y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1^a Juan 2.2).

Es alentador que en medio de la discordia espiritual, la separación de Dios y la desunión con Dios, la cruz sea el instrumento que Dios tiene a mano para la paz y la reconciliación. Pablo escribió: «[...] y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz» (Colosenses 1.20). En Efesios 2.14-16, leemos: «Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, [...] y mediante la cruz [reconcilió] con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades».

Allí donde el hambre y la pobreza espirituales abundan, Dios provee completa redención. Las riquezas de justicia, son dispensadas gratuitamente al pie de la cruz. Pablo dijo: «[...] pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, [...]» (1^a Corintios 1.23). Más adelante añadió que el Cristo crucificado «nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención» (1^a Corintios 1.30).

Indiscutiblemente, el Espíritu Santo ha destacado la cruz de Cristo como el eje, como el mensaje central de la Biblia.

Este entrelaza miento de la cruz con las demás verdades relacionadas con la redención, lo lleva a uno a esperar que la iglesia mane de la cruz como corriente de manantial, como rayos sanadores del sol. Una lectura concienzuda del Nuevo Testamento permite confirmar que esto es así. No es posible un cristianismo sin Cristo, y tampoco 10 es un cristianismo sin iglesia; la lógica nos dice que no puede haber un cuerpo vivo sin cabeza. La característica más sobresaliente del Nuevo Testamento, es el mensaje en el sentido de

que la cruz y la iglesia están estrechamente ligadas, fundidas en un solo plan, por medio del cual se le administra la gracia de Dios a la humanidad perdida. Es por medio de la cruz que Dios hace salir personas, de entre todas las naciones, para la formación de una nueva familia -un cuerpo en Cristo que sea Su pueblo escogido.

Elaboremos esta idea un poco más: ¿Cómo está relacionada la iglesia con la cruz? ¿Qué relación guardan la cruz y la iglesia entre sí? ¿Qué hace la cruz por la iglesia?

ES CREADA POR ELLA

En primer lugar, la cruz crea la iglesia. La iglesia surge como resultado de la redención de los pecadores. Sin cruz no habría iglesia.

Cuando una persona responde con la clase de fe que lleva a la obediencia, reconociendo a Cristo como su Salvador y como Hijo de Dios, los pecados le son lavados en la sangre de Cristo (Hechos 22.16). Ella es añadida, por medio de este lavamiento, a la comunidad de los redimidos, una sociedad formada por los salvos, es decir, las personas que el Nuevo Testamento llama «la iglesia». Por esta razón, Pablo podía decir que Jesús compró la iglesia con Su sangre. Esto fue lo que dijo a los ancianos de cierta congregación: «[...], mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó con su propia sangre» (Hechos 20.28). No hay duda de que Cristo murió en la cruz por la iglesia. Pablo dijo: «[...] Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella» (Efesios 5.25b). El propósito de la muerte de Jesús, fue producir un pueblo «llamado a salir», que viviera en el mundo en comunión con Cristo y se dedicara a Su obra espiritual. Pablo le dijo a Tito que Jesús «se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tito 2.14).

Después de una prédica que di una noche durante una campaña de evangelismo en el sur de Arkansas, se me acercó una dama y me contó una historia insólita y enternecedora. Contó de algo que ocurrió cuando ella era una niña de cuatro años de edad que vivía en Dallas, Texas. En aquel tiempo su familia vivía cerca de una carretera muy transitada, y el patio de su casa les brindaba poco espacio para el juego a los niños. Una tarde jugaban a la pelota ella y varios niños del vecindario en este patio. En un momento dado, la pelota rebotó en su cuerpo y fue a dar a la carretera. Sin pensado, corrió tras ella. Cuando se agachó para recogerla, se heló de horror al ver un enorme camión que bajaba por la carretera. Su hermano, quien a la sazón tenía nueve años, la vio salir corriendo en esa dirección y también vio el camión. Como un rayo corrió tras ella, con la esperanza de socorrerla. Se le atravesó al camión y, logrando empujar a su hermana, la salvó de una muerte segura, poniendo a la vez en peligro su incipiente vida. Aquellos breves instantes fueron suficientes para

que el niño salvara a su hermanita, pero no bastaron para que él se pusiera a salvo. El camión lo golpeó, causándole la muerte instantáneamente.

La dama dijo no recordar muy bien los detalles de la tragedia, pero lo que sí recuerda es que el cuerpo sin vida de su hermano, fue levantado de la carretera, y colocado en el porche de la casa de ellos hasta que una ambulancia vino a recogerlo. Dijo, con un profundo sentimiento y agradecimiento demasiado especiales para expresados en palabras, lo siguiente: «Mi hermano murió por mí». Ella es una cristiana fiel, y la oportunidad que tuvo de vivir y de servir en la iglesia hoy día, le fue proporcionada por el sacrificio hecho por su hermano muchos años atrás.

De modo parecido; pero a un nivel más profundo, la iglesia recibe vida del sacrificio de Jesús. La muerte de Este no sólo es una oportunidad para que entremos en la vida, sino también la fuente de una vida continua; Su muerte es nuestro sacrificio de expiación, el medio por el cual somos perdonados de pecados pasados. Jesús vino al mundo, anduvo entre nosotros como Hombre y como Dios, y por Su muerte adquirió Dios un pueblo para sí mismo (1 Pedro 2.9). La iglesia no está hecha de ladrillos y argamasa; es un pueblo comprado con sangre.

Respondemos al sacrificio de Cristo de tres modos:

En primer lugar, abrazamos la cruz valorando lo que Cristo hizo. ¡Agradecidos, los redimidos se gozan por el don de la gracia de Cristo! Cristo era rico en gloria celestial; sin embargo, por nosotros se hizo pobre, dejando el cielo y llegando a ser hombre, para que por Su pobreza fuéramos enriquecidos espiritualmente (2ª Corintios 8.9). En segundo lugar, debemos responder aceptando los beneficios de Su muerte. Una verdadera valoración lleva a una correcta aceptación. Por la fe en Cristo y la obediencia a Él, recibimos los beneficios de Su muerte en nuestra vida (Romanos 6.1-4). Él murió por todos (Hebreos 2.9), pero solamente los que le obedecen reciben los beneficios de Su muerte (Hebreos 5.8-9). En tercer lugar, debemos responder a Su sacrificio creciendo en la obra (1ª Corintios 15.58). Le pertenecemos a Cristo desde la coronilla de la cabeza hasta la punta de los pies, - cuerpo, alma y espíritu (1ª Corintios 6.19-20). Por lo tanto, nuestra misión en el mundo es, ahora, la de rendir el servicio que Él diseña, dirige y en el cual se deleita.

ES PURIFICADA POR ELLA

En segundo lugar, la cruz purifica continuamente a la iglesia. Su poder purificador fluye diariamente al pueblo de Dios y por el pueblo de Dios. Tan ciertamente como la sangre de nuestros cuerpos circula dentro de nosotros, sustentándonos y purificándonos, la preciosa sangre de Jesús corre dentro de Su pueblo, dándole fortaleza que sustenta la vida.

No sólo necesitamos ser salvos, sino también conservarnos salvos. La iglesia es creada cada vez que un pecador, a través de la obediencia al evangelio de Cristo, es lavado en Su sangre y es, por la gracia divina, puesto en Cristo. El cristiano es purificado continuamente por la sangre cuando anda diariamente en luz. Juan escribió: «[...] pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1ª Juan 1.7). Juan usa el verbo «limpiar» en tiempo presente activo, en el idioma griego, dando a entender una limpieza constante, continua, actual, manifiesta.

El cristiano no es un ser perfecto, aunque sí alguien que procura pecar menos y crecer en Cristo cada día. No es alguien en quien no haya falta, pero debe ser alguien en quien no haya culpa. El pecado del que no es cristiano lo lleva a tener necesidad de salvación mediante la sangre de Cristo, mientras que, en el creyente hace que tenga necesidad de conservarse salvo mediante esta misma sangre. Mientras estemos en este mundo, jamás nos hallaremos en condiciones de prescindir de este perdón.

Es interesante mirar a un niño que está aprendiendo a andar en bicicleta. Las dos dificultades más graves que él experimenta cuando aprende esta nueva destreza, son: Primero, hacer que la bicicleta ande en posición erguida y, segundo, mantenerla en tal posición. La salvación puede verse como un proceso que, al igual que el aprender a andar en bicicleta, incluye dos pasos: El pecador debe primero ponerse a derecho con Dios, y luego, conservarse en tal condición. Ponerse a derecho es necesario; pero constituye solamente el comienzo. Si no continúa siendo limpiado (Hechos 8.22), el problema que en un principio lo hacía pecador -la mancha del pecado en su vida- es el mismo problema que después de convertido podría volverlo a condenar. Si necesitaba ser salvo de sus pecados antes de convertirse, ¿no continuará necesitando ser salvo de cualquier pecado después de convertido?

El cristiano se conserva salvo siempre y cuando «[ande] en luz». De acuerdo con el apóstol Juan, el andar en luz conlleva dos rasgos espirituales de carácter. Comienza con la decisión de confiar en que Jesús nos salvará: «y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1ª Juan 2.2). Es obvio que no podemos ganar la salvación (Efesios 2.8-9). Jesús dijo que si le respondemos con fe y obediencia, Él nos salvará. Debemos confiar en que hará lo que prometió. Andamos por fe, no por vista (2ª Corintios 5.7).

Para andar en luz también se requiere hacer Sinceramente Su voluntad. Juan escribió: «Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; [...]» (1ª Juan 5.3); «El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste

verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; [...]» (1ª Juan 2.4-5a). Andar en luz significa, por lo tanto, reconocer nuestra pecaminosidad (1ª Juan 1.8, 10), reconocer nuestros pecados delante de Dios (1ª Juan 1.9), y corregir nuestros pecados en la medida en que podamos (1ª Juan 2.29). También significa andar como Él anduvo (1ª Juan 2.6), y seguir sinceramente la revelación inspirada de Dios: las Escrituras (2ª Timoteo 3.16).

ES ACTIVADA POR ELLA

En tercer lugar, la cruz insta y activa a la iglesia. Infunde en el corazón de ella la motivación espiritual necesaria para que sus miembros seamos y hagamos lo que Cristo desea.

Los cristianos necesitan no solamente perpetua purificación, sino también poder personal. El cristianismo proporciona muchas nobles motivaciones; la gracia de Dios es tal vez la más elevada y más permanente de éstas. La cruz gobierna la vida de los cristianos. Jesús dijo: «y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12.32). Pablo escribió: «Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2ª Corintios 5.14-15).

La cruz llena a los cristianos de un amor cada vez más profundo a Dios, y a los demás. Juan escribió: «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero» (1ª Juan 4.19). Cuando los cristianos meditan diariamente en Su amor para con Su pueblo, son atraídos a Él con mayor fuerza. Juan dijo además: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos» (1ª Juan 3.16). Cada vez que se analiza la vida de Jesús, ello produce nuevas y conmovedoras imágenes de la profundidad y firmeza de Su amor para con nosotros. El reflexionar sobre estas imágenes le produce a los cristianos un amor parecido para con Jesús, y para con los demás: «Por tanto, nosotros todos mirando a cara descubierta como en un gran espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2ª Corintios 3.18).

La cruz graba en el corazón de los cristianos un sentimiento de odio y desdén contra el pecado. Dos elocuentes testimonios de la maldad y devastación causadas por el pecado, los constituyen la cruz del Calvario y las profundidades insondables de destrucción eterna. Nadie que entienda el propósito de la cruz y la necesidad del infierno, podrá argumentar que el pecado tenga algún mérito. El cristiano no puede olvidar que su redención le fue comprada por la dolorosa muerte del Hijo de Dios en una cruz en las afueras de Jerusalén. El Todopoderoso Dios no pudo ofrecer expiación por otro medio más que el del sacrificio de Su Hijo. Este costoso evento debería apremiar a toda persona sensible a abominar el pecado y a evitarlo.

La cruz impone en los cristianos el sentimiento de entregarse sin reservas a la misión de Cristo. Ella proporciona tanto el propósito como la fortaleza para que los cristianos sirvan a Dios y ayuden a los demás. Pablo escribió: «A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor» (Romanos 1.14). También escribió:

«Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1ª Corintios 15.10). No hay cristiano más plenamente motivado a hacer la obra de Cristo que aquel que entiende y valora lo que Dios hizo por él en la cruz.

La iglesia de Cristo guarda con esmero los mandamientos de su Señor. Cumple Sus deseos y lleva a cabo Sus planes; sin embargo, por la fuerza apremiante del amor y la inspiración interior de la gracia de Él, no siente que sobrellevar la vida de obediencia sea una carga. «Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos» (1ª Juan 5.3).

Tenga presente lo que Cristo hizo por usted, recordando diariamente Su sacrificio. Esta cuidadosa meditación en Su regalo de salvación puede transformarlo a usted día a día a Su imagen, impulsándolo a llevar a cabo labores de amor en Su reino de gracia.

CONCLUSIÓN

La iglesia y la cruz están enlazadas entre sí porque Dios así lo diseñó. La iglesia es creada, purificada y apremiada por la cruz. Cuando Jesús sufría en la cruz, dos de las preguntas llenas de burla que le lanzó la inicua muchedumbre que estaba abajo, fueron: «¿Por qué no se salva Él mismo?» y «¿Por qué no lo salva Dios?» (Vea Mateo 27.39-43.) ¡Cuán lejos estaba la muchedumbre de imaginar que estaban tocando, precisamente, el fundamento de la misión de Dios! Si Jesús se hubiera salvado a Sí mismo de Su muerte en la cruz, o bien, si Dios lo hubiera hecho, habría sido imposible que la iglesia viviera; pues ella está compuesta de personas que han sido perdonadas, de la cruz, de sus pecados pasados, y que son limpiadas y purificadas diariamente por ésta. Además, sin la cruz, la iglesia carecería de motivación en su interior para mantenerse viva, pues ella es apremiada por la cruz a ser el pueblo de Dios; y a realizar la obra de Éste del modo que a Él le agrada.

Si usted se encuentra fuera de la iglesia de Cristo, apresúrese a entrar en ella; pues al hacer esto, usted recibe todos los beneficios de la cruz. La iglesia no es más que un cuerpo de seres humanos que han sido redimidos por la sangre de Cristo y que están viviendo como hijos de Dios.

Toda persona está rodeada en este mundo por los generosos dones de Dios. Él provee el aire para que respiremos, el agua para que bebamos, la tierra para que vivamos sobre ella, las relaciones familiares para que nos gocemos y un sinnúmero de otros beneficios. No podríamos enumerar una por una todas las bondades de Dios. Sin duda, la suprema expresión de Su gracia es la salvación que nos da por medio de Cristo. Ella supone el más alto costo para Dios, y es la que le produce los más jugosos dividendos a los pecadores que la reciban.

Muchos han reconocido la bondadosa mano de Dios en las bendiciones materiales que Él les ha dado, sin embargo no han recibido Su salvación. ¿Sucedo lo mismo con usted? Por medio de la fe en Cristo (Romanos 10.10), el arrepentimiento del pecado (Hechos 11.18), el confesar a Cristo como Hijo de Dios (Romanos 10.10) y el bautismo en Cristo (Gálatas 3.27), usted puede entrar en el cuerpo de Cristo (1 Corintios 12.13), el lugar donde está la gracia, y recibir Su vida eterna. Pablo dijo: «¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?» (Romanos 6.3); «[...] en [Él] tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros» (Efesios 1.7-8a). Jesús lo invita, mediante Su cruz, a recibir el perdón y la vida que dan como resultado Su cuerpo, la iglesia. ¿Aceptará usted la invitación?

¿Qué es «la iglesia»?

Lección 10,

Un hombre de otro país y cultura, quiso venir a los Estados Unidos, con el fin de quedarse por algún tiempo. Una vez que hubo cumplido con la ardua tarea de aprender el idioma inglés, estimó que ya estaba preparado para hacer su viaje. Así que, hizo el viaje por el cual tanto esperó, y poco después de su arribo, su conocimiento del idioma inglés fue sometido a prueba. Entró en una pequeña tienda de víveres a comprar varios artículos. En el mostrador se le dijo cuánto debía pagar. Entonces sacó de su bolsillo la cantidad correcta de dinero, y se la entregó al dependiente. Puso sus víveres en una bolsa, y comenzó a salir. En el momento que atravesaba la puerta, el dependiente amablemente dijo: «¡Vuelva!». El visitante se detuvo, se volvió, y regresó al mostrador. El dependiente le dijo: «¿Le puedo ayudar en algo?». Ligeramente confundido, el hombre dijo: «¡Usted me dijo que volviera!».

El hombre había tomado una expresión que significaba: «Gracias por preferirnos; permítanos ayudarle en otra oportunidad pronto», y la había interpretado literalmente. Su error en la interpretación del mensaje que se proponía transmitir el dependiente, resultó en una

falla en la comunicación. Todos hemos tenido una experiencia parecida.

Conocíamos las palabras que se nos decían, pero no la manera como estaban siendo usadas por el hablante. Entendíamos las palabras, sin embargo, ignorábamos completamente el significado que se estaba tratando de transmitir. Se mire por donde se mire, la comunicación es difícil.

Es mucho lo que se requiere, tanto del que habla, como del que oye, para que la comunicación se realice.

Apliquemos el proceso de la comunicación al estudio de la Biblia. Para que haya una comunicación provechosa entre la Biblia y nosotros, debemos, no sólo, escuchar las palabras que se usaron, sino también, buscar el significado que el escritor inspirado tenía en mente cuando escogió tales palabras. Esto significa que debemos hacer un esfuerzo por entender el contexto en el que una palabra o frase aparecen. La sinceridad ante Dios exige que investiguemos cuidadosamente el significado que Dios le quiso dar a Su mensaje.

La palabra «iglesia» es una con la cual estamos familiarizados la mayoría de nosotros. Dios nos habla bastante sobre ella en las Escrituras. Para que pueda haber comunicación entre Dios y nosotros, respecto a tal palabra, debemos estar dispuestos a entrar en el mundo de la Biblia y examinar los significados de los vocablos las lustraciones y los patrones de pensamiento que fueron usados por Jesús, los apóstoles y otros hombres inspirados que escribieron la Biblia por medio del Espíritu de Dios.

¿Qué es «la iglesia»? En vista de que el Nuevo Testamento usa esta palabra 114 veces, en varios contextos, en diecisiete de sus veintisiete libros, es lógico preguntarse: ¿Qué es lo que se nos está tratando de comunicar? ¿Cuando Jesús estableció la iglesia ¿qué iglesia edificó?

UN CUERPO ESPIRITUAL

En primer lugar debemos reconocer que la iglesia es un cuerpo espiritual el mismo cuerpo espiritual de Cristo.

Una imagen que usualmente se nos forma al oír la palabra «iglesia», es la de un edificio material en el cual se lleva a cabo la adoración. Sin embargo esta palabra jamás es usada en el Nuevo Testamento para dar a entender tal significado.

En las Escrituras, la palabra «iglesia» denota el cuerpo de los que se han sometido al evangelio de Cristo y que han sido redimidos por la sangre de Él en el sentido de asamblea de cuerpo local, y de cuerpo universal.

En primer lugar el cuerpo de los redimidos cuando están reunidos para adorar a Dios, es llamado «la iglesia». Cuando Pablo reprendió a la iglesia que estaba en Corinto, por su falta de unidad cuando se reunían usó la palabra «iglesia» para referirse a la asamblea de los cristianos. Esto fue lo que dijo: «[...] cuando os reunís como iglesia, oigo que hay entre vosotros divisiones; [...]» (1ª Corintios 11.18).

En segundo lugar la palabra «iglesia» es usada para referirse al cuerpo de los redimidos que se encuentran en un lugar definido. El cuerpo de los redimidos que estaban en Corinto es llamado «la iglesia de Dios que está en Corinto» (1ª Corintios 1.2a).

Aún más la palabra «iglesia» se usa para referirse a la totalidad de los redimidos que se encuentran en todo el mundo. Pablo se refirió a la iglesia en el sentido universal cuando dijo: «Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador» (Efesios 5.23).

Apliquemos estos usos, que le da el Nuevo Testamento a la palabra «iglesia», a un evento específico que se menciona en Hechos. Los muchos residentes y visitantes que se encontraban en Jerusalén, el día de Pentecostés (Hechos 2.1-4), oyeron las manifestaciones externas del derramamiento del Espíritu Santo y se reunieron en torno a los apóstoles para ver lo que estaba ocurriendo. Cuando Pedro predicaba a la multitud, los convenció de que Jesús era ambas cosas, Señor y Cristo (Hechos 2.36). Compungidos de corazón, muchos clamaron: «¿Qué haremos?» (Hechos 2.37b). En vista de que fue la fe lo que motivó su clamor, no fue necesario que Pedro les dijera que debían creer, sin embargo, sí fue necesario que les dijera que debían hacer lo que todavía no habían hecho -que se arrepintieran y fueran bautizados para el perdón de sus pecados (Hechos 2.38). Fueron tres mil los que, con alegría, recibieron el camino de la salvación, se arrepintieron, y fueron bautizados para el perdón de pecados (Hechos 2.38, 41).

Observe cómo Lucas describió lo que ocurrió ese día.

Primero describió a los convertidos en términos de aquello que habían llegado a ser (Hechos 2.41). Los que fueron obedientes a la palabra de Dios fueron hechos la iglesia del Señor. Llegaron a formar parte de una comunión, de un grupo. En segundo lugar, Lucas los describió en términos de su nuevo comportamiento. Tenían una nueva vida en lo referente a su comportamiento hacia Dios (Hechos 2.42). Las personas redimidas, que formaban este cuerpo, adoraban a Dios y los apóstoles les daban la instrucción divina. Tenían una nueva vida en lo referente a su comportamiento unos para con otros (Hechos 2.44-45). Se preocupaban los unos por los otros, llevando las cargas, compartiendo y cuidando -se llevaban las cargas unos a otros, compartían con los que tenían necesidad, y cuidaban unos de otros. Este cuerpo de creyentes es mencionado más adelante en Hechos, como «la iglesia» (Hechos 5.11).

Cuando estos redimidos, que estaban en Jerusalén, se reunían para adorar a Dios, ellos constituían «la iglesia» (en el sentido de asamblea reunida). A todos los redimidos que estaban en Jerusalén se les podía referir como «la iglesia que estaba en Jerusalén» (en el sentido local). Cuando la iglesia creció y se esparció, a todas las personas redimidas del mundo de aquel tiempo, se podía decir de ellos lo siguiente: «Cuando Jesús venga nuevamente, Él va a recibir a Su iglesia (en el sentido universal) y va a llevársela para el cielo».

UN ORGANISMO VIVIENTE

En segundo lugar, necesitamos ver a la iglesia como un organismo viviente, un ser vivo.

Hay quienes toman el grupo de personas salvas, llamado «la iglesia», como una organización, como una especie de club. La miran como algo, a lo cual uno se une, o con lo cual uno se compromete, y nada más.

Al ser un cuerpo de personas redimidas, la iglesia es un organismo viviente, no una organización humana. La iglesia que Cristo estableció está viva y vibra con la vida y las bendiciones que Dios le da; no es un grupo hecho por el hombre cuyas energías les sean completamente canalizadas por la sabiduría, el diseño y las actividades humanas.

Pablo describió a la iglesia que estaba en Corinto como el templo, el santuario o la morada de Dios. Esto fue lo que dijo en 1ª Corintios 3.16: «¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?». (El idioma griego tiene dos palabras para referirse al «templo»: naos y hieron. La palabra que Pablo usa para referirse a «templo» en este pasaje, es naos, no hieron. Naos se refiere al templo propiamente, al santuario -no al complejo del templo, que es a lo que sí se refiere hieron. Pablo afirma que el cuerpo de Cristo es la morada de Dios).

Más adelante, en 1ª Corintios 6.19-20, Pablo representó al cristiano individual como el templo de Dios, cuando condenó la fornicación como un pecado contra el cuerpo de una persona. Primera de Corintios 3.16 es una referencia a la iglesia, no al cristiano individual. Pablo estaba afirmando que Dios mora en medio de su pueblo. Él mora dentro de su pueblo, individual (1ª Corintios 6.19-20) y colectivamente (1ª Corintios 3.16). En los tiempos del Antiguo Testamento, el lugar donde moraba Dios era el tabernáculo que estaba en el desierto, y después lo hizo en el templo de Jerusalén; pero en la era cristiana, según Pablo, Dios mora en Su iglesia, en Su pueblo.

La iglesia se puede semejar a un edificio viviente.

Cuando Pablo ilustraba aquello que los creyentes de Éfeso habían

llegado a ser, les dijo que ellos constituían un edificio que estaba hecho de cristianos y que estaba en un estado de crecimiento continuo. Esto fue lo que Pablo dijo: «en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu» (Efesios 2.21-22). El edificio que él describió descansa sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, con Cristo mismo funcionando como la principal piedra del ángulo. La estructura superior del edificio está compuesta por cristianos. El edificio no tiene tope, ni techo; aumenta en altura continuamente, por las personas que obedecen el evangelio y son añadidas a él.

La iglesia, por lo tanto, no es una organización -es un organismo viviente, en el cual habita el Espíritu de Dios. Es un cuerpo de cristianos que están vivos con la vida de Dios y que forman un lugar en el que mora el Espíritu Santo. Bien podría decirse que la iglesia es la residencia terrenal de Dios.

UNA RELACIÓN ÍNTIMA

En tercer lugar, la iglesia debería verse como una relación íntima con Cristo.

Desde el punto de vista terrenal, sería fácil considerar el hacerse miembro de la iglesia, en términos de entrar en una relación especial con un grupo de personas, con las personas que componen la iglesia. Este punto de vista, no obstante, pasa por alto una significativa verdad. El ser miembro de la iglesia supone tener una relación vital, íntima y progresiva; sin embargo tal relación se centra en una relación íntima con Jesús.

Esta relación que la iglesia sostiene con Jesús está en realidad tan cercana a Él, que se le describe como la relación del cuerpo con la cabeza, en la que los cristianos conforman el cuerpo y Jesús es la cabeza. Dios ha hecho de la iglesia, el cuerpo espiritual de Cristo, la parte visible del Cristo invisible, sobre la tierra, hoy día. Así como el Señor, cuando estaba sobre la tierra, tenía necesidad de un cuerpo físico con el cual cumplir Su obra de redención, Él ahora tiene necesidad de un cuerpo espiritual en el cual, el fruto de Su obra redentora se pueda facilitar a todos, en todo lugar. De modo que, el día de Pentecostés, cincuenta días después de Su resurrección de entre los muertos, el Espíritu Santo descendió para formar la iglesia, aquel cuerpo espiritual de Cristo. Desde ese día hasta el de hoy, cada persona redimida es puesta, en el momento de su redención, por la maravillosa gracia de Dios, en ese cuerpo.

Así, la iglesia, en el Nuevo Testamento, es llamada comúnmente «el cuerpo de Cristo» por parte de los escritores inspirados (Efesios 1.21-23; 5.23). Los que obedecen al evangelio de Cristo llegan a ser, y funcionan literalmente como el cuerpo espiritual de Cristo sobre la tierra, siendo dirigidos por la cabeza, que es Cristo mismo. Esto es

algo tan cierto que cuando uno es bautizado, el Nuevo Testamento dice concretamente, que uno es bautizado «en Cristo» (Romanos 6.3; Gálatas 3.27), o «en un cuerpo» (1ª Corintios 12.13).

La iglesia sostiene con Jesús la relación más cercana, en que persona alguna sobre esta tierra, pueda entrar. La iglesia es la plenitud de Cristo, pues Su cuerpo es la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (Efesios 1.23), y Cristo es la plenitud de la iglesia, pues Su pueblo está completo en Él (Colosenses 2.10). La iglesia, Su cuerpo, estaría incompleto sin Cristo, la cabeza (Efesios 1.22); del mismo modo, Cristo, la cabeza, estaría incompleto sin Su cuerpo, la iglesia (Colosenses 1.18). Todo lo que la cabeza de la iglesia es y tiene, es posesión de la iglesia, y todo lo que la iglesia es y tiene, debería ser posesión de Cristo, la cabeza de ella. Por lo tanto, como iglesia Suya que son, los cristianos experimentan una comunión diaria y continua, con Jesús. Los que están en Cristo, no solamente profesan el cristianismo; sino que también poseen a Cristo. La fuente de la plenitud de Cristo está abierta a los que están en Su cuerpo.

Cuando Pablo discutió el tema de la iglesia en Efesios 5, él usó, para comparar la relación de ésta con Cristo, la figura de la relación entre el esposo y la esposa, siendo la figura del esposo la que ilustra a Cristo y la de la esposa, a la iglesia. En primer lugar, se refirió a esta relación en principio. Cristo es la cabeza de la iglesia, así como el esposo es la cabeza de su esposa (Efesios 5.23). En segundo lugar, habló de esta relación en práctica o en función. Así como la esposa ha de estar sujeta a su esposo en todo, así también la iglesia ha de estar sujeta a Cristo. Ha de mirar a Jesús como su cabeza, su líder y su guía (Efesios 5.24). Por último! Pablo habló de esta relación en propósito. Así como un esposo ama a su esposa, Cristo ama a la iglesia, y está preparando a este cuerpo de creyentes en Él, para que vivan con Él por la eternidad (Efesios 5.25-27).

La iglesia del Nuevo Testamento es, primordialmente, una relación con Cristo. No es, inicialmente, una relación con otras personas; sin embargo, el resultado inmediato es una relación con otros cristianos, con los demás miembros de la iglesia, así como los hijos de un mismo padre están relacionados unos con otros. Los miembros del cuerpo de Cristo, son miembros unos de otros, pero la iglesia es, en primer lugar y mayormente, el cuerpo de Cristo. Para ser miembro de la iglesia de Cristo debemos entrar en una relación con Cristo, una relación tan íntima y tan especial, que llegamos a ser parte de Él, de la misma forma que un cuerpo pertenece a su cabeza.

CONCLUSIÓN

Muchos se confunden con el verdadero significado de la palabra «iglesia». Tal confusión no tiene razón de ser, pues la Biblia es clara respecto al significado de esta palabra.

¿Qué es la iglesia? Es un cuerpo espiritual que se compone de los que han obedecido al evangelio de Cristo, han llegado a ser Su pueblo, y están adorando y trabajando como Su pueblo en una comunidad dada. Llevan Su nombre y constituyen Su cuerpo espiritual sobre la tierra. Honran a Cristo en todas las cosas. Este cuerpo espiritual es un organismo viviente, en el cual mora el Espíritu del Dios viviente. Ser parte de la iglesia es más que participación en una organización humana, es más que membresía en un grupo. Significa que se tiene una relación íntima y progresiva con Cristo.

Es mediante la fe que se entra en la iglesia, en el cuerpo de Cristo. Esta respuesta de fe conlleva el arrepentimiento (Hechos 17.30-31), la confesión de Jesús como Hijo de Dios (Romanos 10.10), y el bautismo en Cristo (Romanos 6.3; Gálatas 3.27). En el momento del bautismo, los pecados de uno son lavados y, con su nuevo nacimiento completado, uno llega a ser parte del cuerpo de Cristo (Hechos 2.38, 41, 47; 22.16; 1ª Corintios 12.13).

La iglesia neo testamentaria no es una secta. Las sectas son establecidas por los hombres; la iglesia del Nuevo Testamento es diseñada, creada, habitada, y sustentada por el Señor. Las sectas proceden de la tierra, del hombre; la iglesia del Nuevo Testamento viene del cielo, de Dios. La iglesia le pertenece a Cristo -lleva Su nombre, se reúne para adorarlo, lleva a cabo Su obra en el mundo, y es habitada por Su Espíritu.

Es Cristo quien les extiende la invitación a todos los seres humanos, a que entren en Su iglesia, cumpliendo los términos de salvación que Él establece (Apocalipsis 22.17), y a que vivan en el mundo siendo la iglesia de Él.

La segunda más grande historia jamás contada

Lección 11,

En 1965, una compañía cinematográfica produjo un filme sobre la vida de Cristo, al cual se le dio el título de «La más grande historia jamás contada». Ésta comienza con el nacimiento de Cristo, presenta Su ministerio terrenal, el rechazo que sufrió, Su crucifixión, sepultura y resurrección. Aunque la producción de la película no fue fiel al relato divino de la Biblia en su representación de Jesús, su título nos recuerda que la verdadera vida de Cristo constituye la más grande historia jamás contada.

Si el nacimiento, vida, muerte y resurrección de Jesús constituyen la más grande historia jamás contada, ¿cuál será, entonces, la segunda más grande historia jamás contada? La respuesta resulta obvia cuando uno lee el libro de Hechos, en el Nuevo Testamento: La segunda más grande historia jamás contada es la historia del establecimiento de la iglesia de nuestro Señor.

La historia de la llegada del reino de Dios, la iglesia, tal como se esperaría, está llena de gran aventura y emoción que cautiva. Un capítulo de Hechos -el capítulo 2- relata el drama.

Repasemos este capítulo de Hechos como si fuera un libro entero, o una historia completa. Esto nos permitirá dividir la historia en sus partes inspiradoras y obligadas. Cada capítulo del libro titulado La segunda más grande historia jamás contada presentará una fase emocionante de la historia del establecimiento de la iglesia.

CAPÍTULO UNO:

«EL DIVINO DERRAMAMIENTO»

Al comenzar la lectura del libro, lo abrimos en el primer capítulo, cuyo título es «El divino derramamiento».

Esto fue lo que Lucas, el escritor de Hechos, dijo: «Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos» (2.1). Por lo tanto, el escenario de los eventos es la histórica ciudad de Jerusalén en el día de Pentecostés. Isaías (Isaías 2.2-4) y Miqueas (Miqueas 4.1-3) habían señalado, proféticamente, a Jerusalén como el lugar del cual la ley del Señor saldría al comienzo de la era llamada «los días postreros». Pentecostés era una fiesta del Antiguo Testamento en la que se celebraba la cosecha del grano (Éxodo 23.16). Varones judíos con sus familias, provenientes de todos los rincones del imperio romano, habían venido a Jerusalén para celebrar este importante festival antiguotestamentario.

Estando el día de Pentecostés en su pleno apogeo, esto es lo que Lucas relata:

“y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (Hechos 2.2-4).

Los apóstoles fueron los únicos que recibieron el derramamiento del Espíritu Santo. Esto es algo que Hechos 2, Y el contexto que conduce a este capítulo, dejan claro. En primer lugar, el pronombre implícito «ellos», de Hechos 2.1, se refiere a «los once apóstoles» que se mencionan en Hechos 1.26. Los apóstoles fueron el centro de la atención, según cuenta el resto de la historia. En segundo lugar, el

relato acerca de la venida del Espíritu Santo (Hechos 2.1-21) no indica, en ningún otro lugar, que alguien que no fuera apóstol, recibiera el bautismo del Espíritu Santo. La multitud que presenció el hecho de que los apóstoles hablaban en diferentes lenguas mediante el Espíritu, reconocieron y refirieron que los que hablaban eran únicamente los apóstoles (Hechos 2.7).

Durante los tres años anteriores a este derramamiento, se habían hecho varias promesas, en diferentes circunstancias a los apóstoles, acerca de la manera como Cristo los bautizaría un día con el Espíritu Santo. Al comienzo del ministerio de Cristo, Juan el Bautista dijo: «Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego» (Mateo 3.11). Momentos antes de Su ascensión, Cristo les dijo también: «Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días» (Hechos 1.5). Las palabras con que Cristo se despidió de Sus apóstoles, en el momento de Su ascensión, les instruyeron en el sentido de esperar en Jerusalén hasta que recibirían la promesa del Padre y serían investidos de poder de lo alto (Lucas 24.46-49; Hechos 1.4). Ahora, con este derramamiento divino del Espíritu Santo ocurrido en la mañana del día de Pentecostés, se cumplían todas las promesas del Señor respecto a la venida del Espíritu sobre los apóstoles.

Cuando el Espíritu Santo fue derramado desde el cielo, se oyó algo: «[...] vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, [...]» (Hechos 2.2). También se vio algo: «y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos» (Hechos 2.3). También se percibió algo: La gente supo que se había producido la venida del Espíritu cuando vieron a los apóstoles hablando en lenguas, o lenguajes, según el Espíritu les facultaba. No podía haber duda de que los apóstoles estaban hablando en lenguajes humanos, los lenguajes de la gente que habían oído el sonido como de viento, y que se habían reunido para ver lo que estaba sucediendo. Cuando la gente se refirió a lo que oían hablar a los apóstoles, usaron las palabras griegas: *dialektois* (Hechos 2.6, 8) Y *glossais* (Hechos 2.11), las cuales son traducidas por «lengua» o «lenguas» .

Los apóstoles fueron bautizados con el Espíritu Santo para tres propósitos divinos. En primer lugar, fueron bautizados para recibir inspiración. El Espíritu Santo los inspiró de modo tal que pudieron dar la revelación de Dios para el mundo. Esto es lo que Cristo les había prometido a los apóstoles: «Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Juan 14.26). Ahora, mediante la venida del Espíritu, esta promesa de ser inspirados que Cristo les había hecho a Sus apóstoles, se cumplía.

En segundo lugar, fueron bautizados con el Espíritu Santo para confirmar que el mensaje que predicaban era de Dios. Fueron facultados por el Espíritu Santo para obrar milagros, señales y maravillas, con los cuales confirmar o probar los mensajes que predicaron. Esto es lo que Cristo les había prometido: «y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán» (Marcos 16.17-18). Esta promesa se cumplió mediante el Espíritu cuando los apóstoles obraron milagros para confirmar que eran hombres enviados por Dios. Una ilustración del cumplimiento de ésta, se ve en Hechos 14.3: «Por tanto, se detuvieron allí mucho tiempo, hablando con denuedo, confiados en el Señor, el cual daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos señales y prodigios».

En tercer lugar, los apóstoles fueron bautizados con Espíritu Santo para que pudieran imponer sus manos sobre otros cristianos y así otorgarles dones milagrosos a éstos. Un ejemplo de esta transmisión de poder se consigna en Hechos 8.14--24: Pedro y Juan, dos apóstoles, fueron enviados de Jerusalén a Samaria para orar por los nuevos convertidos que se habían acercado al Cristo mediante las prédicas de Felipe, para imponerles a éstos las manos; y así impartirles los dones milagrosos del Espíritu Santo.

¿Qué significado tiene esta primera parte de la «segunda más grande historia jamás contada» para usted y para mí? Significa que la revelación que se encuentra en el Nuevo Testamento nos fue dada por medio de hombres inspirados. Podemos confiar en que el mensaje del Nuevo Testamento es preciso e infalible. Dios facultó a Sus apóstoles mediante el bautismo con el Espíritu Santo, y ellos, a su vez, mediante la imposición de sus manos, impartieron dones milagrosos del Espíritu Santo a otros cristianos. Así que, todos los escritores del Nuevo Testamento fueron hombres inspirados y guiados por el Espíritu Santo. Podemos creer con confianza, en que el Nuevo Testamento es la revelación de Dios al hombre.

CAPÍTULO DOS: **«EL DINÁMICO SERMÓN»**

El capítulo dos, de La segunda más grande historia jamás contada, se titula «El dinámico sermón». El día que la iglesia se estableció, fue un día de predicación. Al comienzo, aparentemente, todos los apóstoles hablaron a los diferentes grupos nacionales en sus respectivos lenguajes o dialectos, declarándoles «las maravillas de Dios» (Hechos 2.11). Luego Pedro se puso de pie con los once y presentó un detallado sermón hablando, tal vez, en griego, el lenguaje universal de aquellos tiempos, proclamando que Jesús era tanto el Señor, como el Cristo (Hechos 2.14).

La gente que se habían reunido, a causa del estruendo del recio viento, eran todos judíos; constituían una audiencia de inusual potencial para esta primera prédica del evangelio. Tenían potencial intelectual. Creían en Dios y conocían bien las Escrituras del Antiguo Testamento. Estaban mentalmente preparados para la recepción del mensaje del evangelio. También, tenían la oportunidad de llevar el mensaje de Cristo a muchas naciones. Habían venido de todos los rincones del Imperio Romano. Era la oportunidad para una inmediata propagación del cristianismo por medio de esta gente que recibiría el evangelio y luego retornaría a sus lugares de origen con él.

Lucas nos provee, mediante la inspiración, un resumen del sermón que Pedro predicó (Hechos 2.14-36). Esta vital mirada al sermón de Pedro puede bosquejarse de dos o tres diferentes maneras; pero bosquejémoslo según los elementos formales de un discurso típico, echando una mirada a su introducción, desarrollo y conclusión.

Pedro comenzó el sermón poniéndose en el lugar en el que su audiencia se encontraba. Algunos de los presentes habían dicho en tono de burla: «Están llenos de mosto» (Hechos 2.13). A los predicadores del evangelio les puede ir bien aun careciendo de muchas cosas, pero si hay algo de lo cual no pueden carecer, es de una buena reputación. Cualquier predicador que no tenga un carácter de confiar, y una reputación confiable, está destinado al fracaso aun antes de abrir su boca para hablar. No le van a creer, ni lo van a respetar, no importa cuán elocuente sea su presentación del evangelio.

No debe sorprender, entonces, que Pedro comenzó su sermón con una respuesta a la acusación que se le había lanzado a los apóstoles. Respondió al malentendido que se tenían de 10 que estaba sucediendo, con dos explicaciones: En primer lugar, explicó lo que no era. Apeló al sentido común de ellos. Les dijo: «Porque éstos no están ebrios, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día» (Hechos 2.15). En otras palabras, les dijo que la explicación de este fenómeno no se podía hallar en la ebriedad de ellos, «pues ningún judío normal se intoxicaría tan temprano por la mañana de un día tan importante como Pentecostés. El sentido común ha de decirles que no estamos ebrios». En segundo lugar, Pedro explicó lo que sí era. Apeló a las Escrituras cuando dijo: «Más esto es lo dicho por el profeta Joel» (Hechos 2.16). Luego procedió a citar de Joel 2.28-32 (Hechos 2.17-21). Así que, no puede haber duda de que el derramamiento del Espíritu Santo es, por lo menos en parte, el cumplimiento de la profecía de Joel respecto al comienzo de la era llamada «los postreros días». Tenemos la palabra de Pedro afirmándolo así. Sus palabras cuando dice «esto es lo dicho por el profeta Joel», deben ser consideradas como una respuesta definitiva y final a esta cuestión.

Este derramamiento del Espíritu dio comienzo a la era de «los postreros días». Cuando los apóstoles fueron facultados por el bautismo del Espíritu Santo, la era milagrosa del comienzo de la iglesia se había inaugurado.

Posteriormente, como se relata en Hechos, los apóstoles imponían las manos sobre otros cristianos, y así los hijos y las hijas profetizaban, los jóvenes veían visiones, los ancianos soñaban sueños, y los siervos y las siervas profetizaban (Hechos 6.6; 8.4-8; 14-24; 21.8-9). Este derramamiento sobre los apóstoles constituyó la fuente que produjo la corriente de milagros de los primeros días del cristianismo. Dios usó los dones milagrosos del Espíritu, que fueron impartidos mediante la imposición de las manos de los apóstoles, para la guía de la joven iglesia, mientras aparecía el Nuevo Testamento en forma escrita. Una vez que apareció el Nuevo Testamento en forma escrita, y murieron los apóstoles y aquellos sobre los cuajes habían impuesto sus manos, terminó el comienzo milagroso y dio comienzo la edad del Espíritu, en la que Éste guía a la iglesia mediante la Palabra escrita.

De modo que la introducción de Pedro sirvió para señalarle a multitud lo que el evento no era y lo que sí era. Apeló al sentido común de ellos, y apeló a la Escritura. Llevó a su audiencia del lugar donde se encontraban, al lugar en el que estarían preparados para considerar la prueba de que Jesús era el Mesías.

El cuerpo del sermón de Pedro consiste en una presentación de diferentes argumentos para creer que Jesús es el Cristo. Si a usted se le pidiera ponerse de pie ante una asamblea de miles de personas a presentar argumentos probatorios de que Jesús es el Cristo, ¿Qué argumentos presentaría? Veamos los que Pedro presentó y comparemos nuestra lista con la de él.

Una vez eliminada la repetición, se nota que Pedro presentó y explicó cinco líneas de argumentación. En primer lugar, presentó el argumento de los milagros de Cristo. Esto fue lo que dijo: «Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis [...]» (Hechos 2.22). Fue el testimonio de los milagros lo que convenció a Nicodemo de que Cristo había venido de Dios. Durante su entrevista nocturna con Cristo, Nicodemo dijo: «Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer esas señales que tú haces, si no está Dios con él» (Juan 3.2). Si una fuente de información completamente fidedigna, un documento evidentemente confiable, nos declarara que Jesús obró verdaderos milagros, nos veríamos forzados por ese testimonio, a responder a los milagros de Cristo, de la misma forma que Nicodemo lo hizo -nos veríamos obligados a creer que Él vino de Dios. La palabra de Dios, la Biblia, la fuente de información más confiable que

existe sobre la tierra, da testimonio de que Cristo obró verdaderos milagros. Esta prueba puede apuntar solamente a una conclusión: Cristo estaba «aprobado» por Dios, estaba confirmado como Hijo de Dios por los milagros que obró. Pedro le recordó a su audiencia acerca de los milagros de Cristo e hizo un llamado a que se aceptara la conclusión lógica que tal prueba exige.

En segundo lugar, Pedro presentó a su audiencia el argumento de la resurrección. Esto fue lo que dijo:

A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella (Hechos 2.23-24).

La resurrección era una parte importante de todas las prédicas de los apóstoles. Era un argumento que los judíos no podían contradecir. La resurrección hizo cobardes de hombres que eran valientes, y valientes de hombres que eran cobardes. Los judíos, que valientemente clamaron ante Pilato: «¡Crucifícalo!» (Mateo 27.22), se vieron abatidos por el temor ante la verdad de la tumba vacía. Pedro, quien lleno de miedo, dijo: «No conozco al hombre» (Mateo 26.72), estaba ahora predicando, valientemente la resurrección de Cristo ante una vasta asamblea, a corta distancia de la tumba vacía.

La resurrección provee prueba concluyente de que Jesucristo es el Hijo de Dios. La única manera de que alguien pueda negar la deidad de Cristo es negando Su resurrección de entre los muertos. La resurrección coloca al cristianismo en una categoría por sí sola. El cristianismo es la única del mundo de las religiones! cuyo fundador se levantó de entre los muertos. Ello confirma Sus afirmaciones, autentica Sus promesas y le da validez a Su religión.

En tercer lugar, Pedro propuso el argumento de la prueba profética. Citó, de Salmos 16.8-11, una profecía que anunciaba la resurrección de Cristo:

Veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua, y aun mi carne descansará en esperanza; porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción. Me hiciste conocer los caminos de la vida; me llenarás de gozo con tu presencia (Hechos 2.25b-28).

David habló en primera persona en su profecía. Visto superficialmente, parecería que estaba hablando de sí mismo. Pedro demostró que David no podía haber estado hablando de sí mismo, mediante el señalamiento de dos hechos. En primer lugar, se refirió a la muerte de David. Dijo que David, quien había profetizado lo

anterior, había muerto y había sido sepultado y todavía se encontraba en su tumba. Como prueba de ello señaló la tumba de David, la cual estaba localizada allí mismo, en Jerusalén, para que todos la vieran (Hechos 2.29). En segundo lugar, les recordó de la promesa de Dios hecha a David (Hechos 2.30). Dios le había prometido a David" que uno de sus descendientes con el tiempo vendría y ocuparía su trono (2ª Samuel 7.12). Esta promesa, dijo Pedro, se cumplía en Cristo, pues Dios había levantado a Este de entre los muertos (Hechos 2.31), y lo había sentado a Su diestra sobre un trono espiritual. Jesús vino al mundo por medio del linaje de David y ahora se sienta sobre un trono espiritual, a la diestra de Dios, en los cielos y reina, como Rey que es, sobre Su reino terrenal, que es la iglesia.

Pedro presentó un argumento similar partiendo de una profecía de Salmos 110.1, al final de su sermón (Hechos 2.34-35). Sus referencias a la profecía (Salmos 16.8-11; 110.1) probaban que Aquel que había sido enviado por Dios, habría de ser resucitado de entre los muertos y también exaltado, para estar a la diestra de Dios. Con Su resurrección y exaltación, Jesús había cumplido, claramente, las dos anteriores profecías de;, Antiguo Testamento.

En cuarto lugar, Pedro echó mano de la prueba testigos. Esto fue lo que dijo: «A este Jesús resucitó Dios;, de lo cual todos nosotros somos testigos» (Hechos 2.32;,. Los judíos tenían que reconocer que la profecía, a la que Pedro se había referido, anunciaba una resurrección. Pedro estaba buscando la manera de confirmar Cristo se levantó de entre los muertos y cumplió esa parte de la profecía. Obligó a su audiencia a enfrentara aseveración de los testigos de que Jesús resucitó de entre los muertos. Un testigo es prueba de alta calidad. Cualquier tribunal auténtico aceptaría la prueba de un testigo, siempre y cuando no se encuentren contradicciones en su testimonio. Dios no sólo afirma resurrección de Su Hijo en Su Palabra, sino que, también puso en ella el testimonio de testigos que, después de La resurrección de entre los muertos, lo vieron, lo tocaron, comieron con Él, y estudiaron con Él. ¿Quién podría rechazar tal testimonio?

En quinto lugar, Pedro señaló la prueba del descenso del Espíritu. Esto fue lo que dijo: «Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís» (Hechos 2.33). Justo antes de la partida de Jesús al cielo, Él prometió que enviaría la promesa del Padre a los apóstoles (Lucas 24.46-49). La multitud había visto y oído los resultados del derramamiento del Espíritu Santo. Así que, tenían la confirmación milagrosa de que Jesús había ascendido a la diestra del Padre, que había recibido de Éste la promesa del Espíritu, y que había enviado el Espíritu sobre los apóstoles.

Estas cinco líneas de argumentación, estas cinco pruebas, establecen una conclusión innegable. Pedro enfocó la atención de la audiencia en esta conclusión, con la palabra «pues». Ya alguien dijo que cada vez que uno encuentre la palabra «pues», en el Nuevo Testamento, debe detenerse y preguntarse para qué está allí, ya que siempre está por alguna razón. Pedro dijo: «Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo» (Hechos 2.36). Sus milagros, Su resurrección de entre los muertos, Su cumplimiento de la profecía, el testimonio de los testigos, y el descenso del Espíritu, todos prueban que Jesús es Aquel que Dios prometió, el Cristo, y que Él es Señor.

¿Qué es lo que este capítulo de La segunda más grande historia jamás contada significa para nosotros? ¿No nos convence de que Cristo es el centro del cristianismo? Cuando uno prueba que Jesús es el Cristo, también prueba la credibilidad del cristianismo. Si Pedro no hubiera podido probar que Cristo es el Hijo de Dios que murió por nuestros pecados y que se levantó de entre los muertos, ¡el cristianismo hubiera muerto el día de su nacimiento!

CAPÍTULO TRES: **«EL PROFUNDO CLAMOR»**

El tercer capítulo de La segunda más grande historia jamás contada se titula: «El sentido clamor». De entre la audiencia de Pedro fueron muchos los que se conmovieron al escuchar su sermón. Remordiéndoles la conciencia, clamaron a Pedro y el resto de los apóstoles.

Esto fue lo que Lucas escribió: «Al oír esto se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?» (Hechos 2.37). La versión de la Biblia que se conoce como la King James dice que «se les había pinchado el corazón. Este “pinchazo” del corazón no es parecido al pinchazo de un dedo con una aguja, ni al pinchazo de una mano con una espina. Es una expresión que significa algo parecido al rompimiento del corazón, o a una flecha disparada para atravesar el corazón. Esta misma frase se usa en un contexto diferente, en Hechos 7 .54: «Oyendo estas cosas se enfurecieron en sus corazones, y crujían los dientes contra él». En este incidente los judíos reaccionaron con enojo en contra del sermón de Esteban. El corazón de ellos estaba sumergido en enojo; traspasado por el odio. Los judíos que respondieron al sermón de Pedro no obstante, estaban abrumados por el arrepentimiento que sentían; estaban afligidos por la culpa.

Tal vez las personas que clamaron llegaron incluso a interrumpir el sermón de Pedro. Las interrupciones no son siempre deseadas, pero esta era una interrupción bendita al fin y al cabo. Una vez un evangelista estaba predicando, cuando un hombre interrumpió su

sermón con la pregunta «¿Puedo ser bautizado en este momento?». El evangelista detuvo su predicación, miró directamente al hombre, y le dijo: «Mi sermón puede esperar. Si desea ser bautizado, detendremos este sermón y le bautizaremos en Cristo. Luego regresaremos, y terminaré el sermón». Una interrupción como esta no sería considerada una intromisión, sino, una inspiración.

La pregunta de ellos estaba llena de emoción. No fue un desapasionado «¿Qué haremos?». La pregunta fue más como: «¿Hay algo, en el mundo que podamos hacer? Estamos en problemas. ¿Tenemos alguna esperanza?». La pregunta fue hecha con una solemnidad e intensidad características de una gran desesperación.

Échele una cuidadosa mirada a la pregunta de ellos: «Varones hermanos, ¿qué haremos?». Se estaban dirigiendo a sus iguales judíos, lo que explica el uso de la palabra «hermanos». Ésta tiene una connotación de nacionalidad, no de religión. La pregunta es una expresión de la interrogante más grande del mundo: «¿Qué debo hacer para ser salvo?». Se habían llegado a dar cuenta de que ante Dios estaban en una terrible condición. Habían participado en la crucifixión del Mesías, el Salvador que Dios había enviado al mundo. El sermón de Pedro había puesto el pecado de sus oyentes a los ojos ellos mismos, como si se los hubiera escrito con enormes letras (Hechos 2.23).

Usted debe haber tenido que hacer y responder muchas preguntas importantes en su vida, pero ¿ha hecho, y respondido según el Nuevo Testamento, la pregunta sobre lo que debe hacer para ser salvo? Hubo otros presentes el día de Pentecostés que debieron haber oído el sermón de Pedro, y que debieron haber sido testigos de los milagros de Pentecostés, y que, sin embargo, se fueron sin enfrentar su culpa ni hacer esta pregunta. El pecado en la vida de una persona es una tragedia, una tragedia tan grande que Cristo tuvo que venir a este mundo y tuvo que morir en una cruz para proveer expiación, (pago) por él. Pero hay una tragedia aún más grande. Cuando uno rehúsa enfrentar su culpa - delante de Dios y rehúsa buscar la solución que Dios ofrece, para esa culpa, uno experimenta la más grande de todas las tragedias.

CAPÍTULO CUATRO:

«LA INSPIRADA RESPUESTA»

El capítulo cuatro de este libro, La segunda más grande historia jamás contada, se titula «La inspirada respuesta». Guiado por el Espíritu Santo, Pedro dio una clara respuesta a la pregunta de la compungida muchedumbre: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hechos 2.38).

Poco antes de Su ascensión, nuestro Señor dio lo que hemos llegado a llamar la gran comisión. Son tres versiones completas las que se dan de ésta en el Nuevo Testamento: Mateo 28.18-20; Marcos 16.15-16; y Lucas 24.46-47. Cada una tiene un énfasis diferente. La de Marcos 16.15-16, recalca la condición de la fe. La de Lucas 24.46-47, subraya el arrepentimiento y el perdón de pecados. La de Mateo 28.18-20, destaca el bautismo. Estas tres versiones indican que la salvación o la remisión de los pecados, mediante la gracia de Dios, había de ser ofrecida bajo las condiciones de la fe, el arrepentimiento y el bautismo. Las palabras que se usan para expresar estas tres versiones de la gran comisión, no dejan duda alguna en el sentido de que así debe entenderse.

Las tres condiciones que se expresan en la gran comisión se reflejan en la respuesta que Pedro le dio a la pregunta que ellos le hicieron. La fe en Cristo había sido engendrada en el corazón de ellos mediante el sermón de Pedro, y esta fe los hizo clamar pidiendo ser instruidos. La respuesta de Pedro a la pregunta de los judíos, por lo tanto, menciona específicamente el arrepentimiento y el bautismo, las otras dos condiciones que indica la gran comisión. Esto fue lo que dijo:

«Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados [...]» (Hechos 2.38). Nótese en qué lugar colocó Pedro el perdón de los pecados, en su respuesta. No prometió que la salvación o el perdón de los pecados se produjera antes del bautismo, sino, después de él. Pedro estaba siendo guiado por el Espíritu Santo, y la respuesta que dio, fue la del Espíritu Santo, no la de él.

La respuesta que se le dio a los que clamaron es demasiado clara para ser malentendida. Para poder evadir la fuerza e impacto de esta respuesta, algunos líderes religiosos han dicho que la palabra “por”, de Hechos 2.38, se traduce de una palabra del griego que no significa «con el propósito de», sino, “como resultado de”. Que la palabra en griego eis se traduce fielmente por «para», o por «con el propósito de», es algo que se ve mediante la comparación de las muchas traducciones de la Biblia. Júntense todas y se descubrirá que traducen la palabra del griego eis ya sea por «para», o por «con el propósito de», o bien por alguna otra frase equivalente. Ninguna traduce esta palabra por «como resultado de». La respuesta de Pedro coloca claramente el perdón de los pecados después del bautismo. Que sea la respuesta de Dios a esta pregunta la que permanezca; y que no se le permita a nadie dar explicaciones que la modifiquen.

Alguien ha dicho que cada versículo del Nuevo Testamento tiene su gemelo. Esto es una exageración, pero algo de verdad hay en ello. Algunos versículos del Nuevo Testamento tienen gemelos y cuando buscamos al gemelo vemos otra forma de decir la misma verdad. ¿Cuál será gemelo de Hechos 2.38? Lo es Hechos 22.16. Saulo

había venido de Damasco buscando la respuesta a su pregunta "¿Qué haré Señor?, (Hechos 22.10a). Era un creyente, condición a la cual negó después de haber visto al Señor, haberle hablado y haber sido compungido por Éste, Su arrepentimiento lo reflejó en la pregunta que le hizo al Señor. Había, incluso, reconocido la condición de Señor, de Cristo, tal como se manifiesta en su pregunta; pero se le dijo que fuera a Damasco para que supiera lo que debía hacer. Esperó en Damasco orando con actitud penitente durante tres días para recibir la respuesta a su pregunta, Ananías fue enviado a él con la respuesta, ¿Qué fue lo que le dijo? Se podría decir que la respuesta de éste es el versículo gemelo de Hechos 2.38. Esto fue lo que le dijo: «Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre». Si alguna duda queda de que el bautismo es para el perdón de los pecados, no hay razón para ello, ya que Hechos 22.16, despeja esta cuestión de una vez por todas.

Un joven que asistía a una universidad religiosa privada, dijo que su profesor de Biblia no creía que el bautismo era para el perdón de los pecados, y enseñaba esta doctrina en su clase. Alguien le preguntó: «¿Y qué ha hecho usted al respecto?». Él dijo: «Se lo pregunté a mi madre, y ella dijo que yo debía acercarme a él y pedirle que explicara Hechos 2.38. Así que eso hice. Abrí mi Biblia en donde está este versículo, me le acerqué después de la clase, y con todo respeto le pedí que lo explicara. Dijo que Hechos 2.38 realmente significa "como resultado de" el perdón de los pecados y no "para" perdón de los pecados. Fui a casa y mencioné lo que él me dijo a mi madre, y ésta dijo que yo debía volver al profesor y pedirle que explicara Hechos 22.16. Así lo hice. Me le acerqué después de la clase, con mi Biblia abierta en la página en que se encuentra este versículo, y con todo respeto le pedí que lo explicara. ¿Sabe lo que el profesor dijo? Respondió que él no trataría de explicar ese versículo, sino que sólo se lo saltaría y continuaría con el siguiente.» Hechos 22.16, no puede ser objeto de justificaciones para evadido. Debe ser aceptado o rechazado.

Pedro indicó que la respuesta que él dio a esta pregunta, provenía de Dios para la era cristiana, la era final de la historia humana. Esto fue lo que dijo: «Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare» (Hechos 2.39). La expresión «para vosotros [...] y [...] vuestros hijos» se refiere a los judíos que responderían al evangelio, y «para todos los que están lejos» debe de referirse, o incluir, a los gentiles que con el tiempo oirían, aceptarían y obedecerían el evangelio. La frase «para cuantos el Señor nuestro Dios llamare» abarca a todos los judíos y gentiles que, en el futuro, aceptarían el evangelio y vendrían a Cristo. Si los gentiles no estaban incluidos en la frase «para todos los que están lejos», lo más seguro es que sí lo estén en la frase de Pedro que dice: «para cuantos [...]». Lo que Pedro anunció fue el plan que Dios tenía, no sólo para el día de

Pentecostés, sino también para todos los días futuros de la era cristiana. Dio la respuesta de Dios, a la pregunta que dice: «¿Qué debo hacer para ser salvo?».

CAPÍTULO CINCO:

«LA MARAVILLOSA ACOGIDA»

El capítulo quinto del libro La segunda historia más grande jamás contada se titula «La maravillosa acogida». Lucas habla de la asombrosa aceptación de la primera prédica del mensaje del evangelio de salvación. Esto fue lo que dijo: «Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas» (Hechos 2.41).

No se nos dice por cuánto tiempo fue que Pedro y los otros apóstoles predicaron esa mañana. Esto fue lo que Lucas escribió: «y con otras muchas palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación» (Hechos 2.40). Pedro no sólo los convenció con pruebas y argumentos; también los apremió con testimonio y exhortación.

La audiencia que escuchaba, aceptó el mensaje de Pedro y actuó en respuesta a él. Este es el recuento que Lucas hace: «Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas» (Hechos 2.41). Estas personas no eran simplemente oidoras de la palabra; llegaron a ser hacedoras de ella (Santiago 1.25). No se conformaron con escucharla; decidieron vivirla. Cuán lamentable es que la mayoría de la gente no hacen más que escuchar los sermones. Entre la multitud que había escuchado a Pedro predicar, por lo menos había algunos, que no sólo estaban compungidos por su mensaje, sino que, también, al someter sus mentes y sus vidas a ese mensaje, fueron convertidos a Cristo.

Fueron tres mil los que, con alegría, recibieron la palabra, y se bautizaron. Para que una conversión pueda tener lugar, uno debe recibir la palabra de salvación con alegría. Una de las mayores razones por las que no se convierte más gente a Cristo, es que no reciben la Palabra en sus corazones con alegría. La Palabra siempre hará su obra si es recibida con alegría.

CAPÍTULO SEIS:

«CUMPLIMIENTO DE UNA PROMESA»

El capítulo seis de este libro se titula «Cumplimiento de una promesa». Lucas describe a los tres mil que fueron bautizados como la iglesia.

Los profetas habían anunciado que un singular reino de Dios estaba en camino (Daniel 2.44). Cuando Juan el Bautista preparaba el camino para la venida del Mesías, declaró que el reino de los cielos estaba cerca (Mateo 3.1-2). Durante Su ministerio, Cristo mismo, el Mesías enviado por Dios, hizo llamados al arrepentimiento porque el

reino de los cielos estaba cerca (Mateo 4.17). Después de Su resurrección de entre los muertos, durante los cuarenta días anteriores a Su ascensión, Cristo habló con los apóstoles y los discípulos acerca del reino que venía (Hechos 1.3). En las últimas palabras que dijo a Sus apóstoles, Cristo les ordenó que esperaran lo que el Padre había prometido (Hechos 1.4). Diez días después de Su ascensión, un domingo por la mañana, el momento largamente esperado, vino. Con el derramamiento del Espíritu Santo (Hechos 2.1-4), la primera prédica del evangelio después de la resurrección de Cristo (Hechos 2.14-36), y la acogida que le dieron a este mensaje tres mil personas, nació la iglesia. Los que fueron lavados en la sangre de Cristo al obedecer el evangelio, formaron la iglesia. Desde ese día hasta hoy, cada vez que alguien oye el evangelio y con alegría obedece a éste mediante el bautizarse en Cristo por su fe, el arrepentimiento y la confesión de que Jesús es el Hijo de Dios, es añadido a aquéllos (Hechos 2.47) -los primeros, los tres mil que vinieron a Cristo en el comienzo mismo, el día de Pentecostés.

Desde Pentecostés en adelante, se habla en Hechos de la iglesia como una realidad viviente y ya no como un promesa o profecía. Lucas dijo, al final de Hechos 2, lo siguiente: «Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos» (Hechos 2.47). Al final del segundo sermón de Pedro que se consigna en Hechos, esto fue lo que Lucas escribió: «Pero muchos de los que habían oído la palabra, creyeron; y el número de los varones era como cinco mil;» (Hechos 4.4). Después de la muerte de Ananías y Safira (Hechos 5.1-10), esto fue lo que Lucas escribió: «y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas» (Hechos 5.11). Cuando cierta persecución dio comienzo a raíz de que Esteban fue apedreado (Hechos 6.8-7.60), esto fue lo que Lucas dijo: «En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles» (Hechos 8.1). Así, según Lucas lo relata, la iglesia, el singular reino de Dios, había venido.

Se dice que un día, alguien se acercó a Marshall Keeble, un gran predicador del evangelio, y esta persona, señalando su corazón, dijo: «Hermano Keeble, me gusta sentido. Me gusta sentido aquí mismo». El hermano Keeble tenía la maravillosa habilidad de responder de manera inolvidable, cada vez que alguien lo ponía en aprietos. Señalando su Biblia, le dijo en respuesta a esta persona: «Pues, a mí me gusta leerlo. Me gusta sentirlo aquí mismo». Los sentimientos, por supuesto, son importantes, pero no debemos permitir que ellos nos guíen. Solamente la Biblia, la palabra de Dios, debería guiarnos. Cuando nuestros sentimientos se basan en una sincera acogida y obediencia a su Palabra, tendremos el genuino gozo del cual se habla en el Nuevo Testamento.

CONCLUSIÓN

Hemos llegado al final del libro La segunda más grande historia jamás contada y comenzamos a pensar acerca de lo que leímos. Empezamos a comprender que hemos pensado acerca de algo que es mucho más importante que cualquier otra cosa que aparece en los periódicos o en las noticias o televisión locales o nacionales. Prácticamente pudimos develar el pasado y, a través del inspirado libro de los Hechos, vimos el evento de mayor importancia histórica y trascendencia, después de la vida, muerte y resurrección de Jesús, en la historia del mundo. Fuimos testigos del comienzo mismo de la iglesia, el singular y largamente esperado reino de Dios. Con este evento, hemos presenciado la entrada de la historia en su era final, la era cristiana o de «los días postreros».

Habrà otro libro que le sigue en importancia a éste que recién leímos. Le podríamos llamar La tercera parte de la más grande historia jamás contada. Ésta será la historia de su conversión a Cristo, la historia de cuando usted llegue a ser parte de la iglesia que Cristo edificó. Por supuesto, sería diferente para cada uno de nosotros. Para muchos, podría ser escrita fácilmente, pero para otros no podría del todo escribirse porque, sencillamente, no ha ocurrido. ¿Cuál será el caso suyo? ¿Ha ocurrido la historia? ¿Ha llegado usted a ser un cristiano neo testamentario?

Si no lo es, ya sabe cómo llegar a serlo. Mediante el recibir con alegría la palabra del evangelio y mediante su obediencia a éste, usted puede nacer dentro del reino de Dios, el mismo reino de los cielos que hemos visto en Hechos 2.

La iglesia del Nuevo Testamento

Lección 12,

Vivimos en un mundo en el que forzosamente tenemos que tomar decisiones. La mayoría de ellas carecen de importancia, ya que sus efectos se manifiestan a corto plazo y adolecen de cierta insignificancia. Otras son de importancia tan crítica que afectan la manera como vivimos delante de Dios en esta vida, y determinan nuestro destino eterno. Estas decisiones que afectan la vida presente y la eterna, requieren que reflexionemos seriamente, y que investiguemos, guiados por la oración, antes de tomarlas. No hay decisión que se pueda considerar más trascendental que la de llegar a ser parte de la iglesia neotestamentaria. La decisión que tomemos en lo concerniente a esta cuestión, afectará nuestro diario vivir delante de Dios, nuestra identidad espiritual, la adoración que demos y nuestro servicio espiritual. Esta cuestión debe, pues, considerarse seriamente hasta que se responda según las claras enseñanzas de

las Escrituras y el más imparcial razonamiento.

El mundo está lleno de diferentes iglesias que procuran nuestro compromiso y fidelidad. Ante tan variada oferta, una decisión debe tomarse. ¿Cuál es la iglesia neotestamentaria? ¿Cómo puede uno decidir entre tantas?

Lo más obvio es que deben seguirse los criterios que el sentido común nos dicta para ayudarnos a considerar las pruebas detenidamente y así elegir correctamente, elegir la opción que agrada a Dios. Si seguimos tales criterios con integridad, podremos reconocer la iglesia neotestamentaria en el mundo de hoy día. ¿De qué criterios estamos hablando?

¿CÓMO SE RECONOCÍA LA IGLESIA EN EL SIGLO I?

La primera imagen de la iglesia que se da en el Nuevo Testamento se encuentra en la última parte de Hechos 2. Ya los evangelios se habían encargado de crear en nosotros una expectativa, una ilusión, de un cuadro de la iglesia, por medio de recoger las profecías que sobre ella hicieron Jesús y Sus apóstoles (Mateo 16.18; Marcos 9.1; Hechos 1.4-8). Ahora, en Hechos 2, cuando la iglesia ya ha sido establecida, el

Espíritu Santo nos presenta un vívido retrato de ella.

Este cuadro de la iglesia nos ayuda a visualizar las principales características de ella. Ya no tenemos que estar preguntándonos cómo es en realidad la iglesia que Jesús estableció.

Examinemos detenidamente los principales rasgos de la iglesia en el cuadro que de ella pinta Lucas en Hechos 2: “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones. Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos (Hechos 2.42-47).

¿Qué características de la iglesia vemos en este cuadro?

Completa devoción

El primer rasgo es una resuelta consagración a la doctrina o enseñanza de los apóstoles. Lucas dice: «y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones» (Hechos 2.42). Esta consagración de la iglesia a la enseñanza de los apóstoles, se manifestaba por medio de varias conductas: seguían fielmente tal enseñanza; tenían comunión en el culto, el servicio y la ofrenda de

sus bienes; observaban la cena del Señor, es decir, «el partimiento del pan»; y oraban juntos. Cristo era la cabeza de ellos, y reconocían el liderazgo de Éste en Su iglesia honrando Su Palabra, la cual les había sido dada por medio de los apóstoles.

No dejemos que las miles de confesiones religiosas en que se ha dividido el mundo cristiano nos aparten del sencillo camino que consiste en seguir a Cristo siendo parte de Su iglesia. No es ésta un cuerpo que haya creado el hombre. Es un grupo de gente que se ha subordinado al mensaje del Espíritu Santo y que, por su obediencia al evangelio, el mismo Espíritu los ha unido y los ha introducido en la iglesia de Cristo. Pertenecen sólo a Cristo. No ponen su mirada en líderes humanos, sino que son guiados por la cabeza del cuerpo, que es Cristo, mediante la Palabra inspirada de Éste. La Biblia establece las pautas que los cristianos han de seguir en el culto que dan a Dios, la obra que llevan a cabo como mano de Cristo en el mundo y la vida que viven diariamente.

Cuando miramos el cuadro de la iglesia que pinta el Espíritu Santo en Hechos, uno de los rasgos que sobresale, es la completa devoción de ella.

Desinteresada compasión

Otra característica que no escapa a nuestra observación de este cuadro divino de la iglesia, es la desinteresada compasión que se manifestaba entre los miembros de ella. Su sincera obediencia a la verdad les producía un amor lleno de compasión unos por otros. Según Lucas lo relata, «vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno» (Hechos 2.45).

Cuando la iglesia dio comienzo habían venido a Jerusalén judíos procedentes de todo el Imperio Romano, con el fin de celebrar el día de Pentecostés. Éstos esperaban tener un Pentecostés como el de todos los años; pero fue una gran sorpresa la que se llevaron cuando vieron que no fue así. Era el histórico día que los profetas habían mirado de antemano. Después de oír el mensaje de Pedro, muchos de los judíos decidieron convertirse a Cristo (Hechos 2.41). Su obediencia a Cristo implicó una transformación radical para ellos. Por un lado, tuvieron necesidad de quedarse en Jerusalén, y de que los apóstoles les enseñaran más acerca de la iglesia de la cual habían llegado a formar parte. Por otro lado, la inesperada decisión de quedarse en Jerusalén devino en dificultades para algunos de ellos, pues, no habían venido preparados para ello. No había duda de que iban a necesitar alojamiento y alimentación. ¿Cómo respondieron los demás cristianos, los que no enfrentaban tal crisis, a estos angustiados hermanos y hermanas que provenían de lugares tan distantes? La respuesta de ellos constituye una imagen de compasión y de amor que rara vez ha sido igualada. Algunos vendieron casas y tierras con el fin de cuidar de estos hermanos. Estas acciones, ilustran el rasgo de compasión que Cristo siempre

quiso que distinguiera a Su iglesia.

Una verdad que embellece, más allá de toda descripción, el acto de compartir de ellos, es que éste fue totalmente voluntario. No fue impuesto ni exigido por los apóstoles (Hechos 5.4). Nació de corazones llenos de tierna compasión y amor característicos de Cristo. Éste había infundido en ellos una nueva naturaleza, una desinteresada solidaridad.

El acto de dar de ellos no se reducía a compartir con el fin de que todos fueran iguales, o de que todos tuvieran la misma cantidad de bienes. No se trataba de vida en comuna; sino de amor protector. Les daban a los que tenían necesidad. Saciaban necesidades, no codicias. Sabían que toda emergencia demandaba acción urgente. Cuando las personas negaban a tener necesidades, actuaban movidos por el amor, para llenarlas -¡aun si ello los obligaba a sacrificarse para poder dar; Lucas continuó relatando acerca de la iglesia: «Así; que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad» (Hechos 4.34-35). También dijo: «y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común» (Hechos 4.32b)

La compasión es un atributo esencial de la iglesia de Cristo. Su iglesia no puede existir donde no esté presente la fiel obediencia a Su Palabra; tampoco puede existir, a menos que la compasión abunde, como una expresión del corazón mismo de Cristo. Los verdaderos cristianos tienen un activo amor fraternal, el cual es inspirado por el amor de Dios que mora en sus corazones. Juan escribió: «Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?» (1ª Juan 3.17).

En el primer cuadro de la iglesia que pinta el Espíritu, la desinteresada compasión es claramente un rasgo sobresaliente.

Unidos en Cristo

Una tercera característica de la iglesia de Cristo que se observa en este cuadro, es su unidad. El Espíritu Santo, mediante la obediencia de estas personas al evangelio y a la enseñanza de los apóstoles, les había dado un mismo ánimo a los miembros de la iglesia. Lucas dice: «Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas» (Hechos 2.44). Agrega además: «y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón» (Hechos 2.46).

Al contemplar esta hermosa unidad que existía en la iglesia que Jesús edificó, recordemos la importancia de este primer cuadro. Éste

nos ilustra el resultado que dieron la vida terrenal y la muerte de Cristo. ¿Qué clase de iglesia vino Cristo a establecer o a crear? ¿Acaso es ésta una gran organización compuesta de múltiples y diversas confesiones identificadas por diferentes nombres, que siguen diferentes credos, y evitan la comunión unas con otras? ¿No es ella, más bien, un cuerpo unido sobre el cual Él reina como cabeza? Es en Hechos 2, donde, tal vez, vemos la más clara imagen de todas las que el Nuevo Testamento pinta, de lo que Cristo quiere que Su iglesia sea y de cómo quiere Él que ella viva en el mundo. Esta imagen revela inconfundiblemente que la unidad era uno de los rasgos que caracterizaba a tal iglesia. Esto debe ser lo que Cristo desea para Su iglesia de hoy día. La división que predomina en todo el mundo religioso es una clara señal de que el hombre, usando la sabiduría del mundo, ha abandonado la iglesia de Cristo y ha establecido sus propias iglesias.

La unidad de la iglesia del Señor es un tema que se puede ilustrar por el matrimonio. Un hombre y una mujer, diferentes por causa de su pasado y vida familiar, llegan a ser uno (Efesios 5.31). Después de la boda, emergen como una nueva familia. Ahora pertenecen el uno al otro, y adoptan una nueva naturaleza. Las ambiciones egoístas y las aspiraciones personales mueren; reviven nuevas ambiciones y aspiraciones para el bienestar de la nueva familia. Habitan juntos en unidad, siendo de un solo corazón y alma, trabajando juntos para el sustento, el amor y el futuro de su hogar. ¿Cómo les fue dada esta unidad? Les fue dada por decisión propia de entrar en el matrimonio y por cumplir la ley matrimonial. ¿Cómo hacen para preservar esta unidad? La mantienen por medio de amarse, de cuidarse: uno al otro, de perdonarse, de honrar sus votos matrimoniales y de honrar la santidad del matrimonio.

¿No se cumple lo anterior en la iglesia? ¿Cómo llegamos a formar parte de la unidad de la iglesia? Por decisión propia, rendimos nuestras vidas al evangelio de Cristo y llegamos a formar parte Su cuerpo, la iglesia. Cuando llegamos a formar parte de ese cuerpo; somos unidos por el Espíritu Santo a Cristo, y a cada miembro de tal cuerpo. Con un solo corazón y alma, comenzamos a amar, a servir, y a vivir siendo Su cuerpo. ¿Cómo preservamos esta unidad? La mantenemos intacta por medio de amarnos y perdonarnos unos a otros, y por medio de honrar la Palabra de Cristo en la adoración, el servicio y la vida diaria.

Una característica innegable de la iglesia de Cristo es su unidad. No puede existir la verdadera iglesia de Cristo allí donde todavía hay división. Esta unidad es dada por el Espíritu Santo, cuando llegamos a formar parte del cuerpo de Cristo; y, al tratar de vivir de un modo que refleje que somos su cuerpo, la preservaremos o la destruiremos. Debería ser inconcebible para todo cristiano que haya división en el cuerpo de Cristo. Según el cuadro que pinta el Espíritu Santo, el único lugar donde ha de encontrarse la unidad en este mundo, es en

el cuerpo de Cristo.

¿CÓMO SE PUEDE IDENTIFICAR LA IGLESIA HOY DÍA?

Considere el momento histórico en que dio comienzo

Uno de los rasgos distintivos que identifica a la iglesia del Nuevo Testamento lo constituye el momento histórico de su comienzo. Hay muchas iglesias cuyo inicio se sitúa en un momento histórico diferente del de la iglesia neotestamentaria, y es obvio que, por tal razón, ninguna de ellas es la iglesia.

Cuando ya habían transcurrido unas tres cuartas partes del tiempo de Su ministerio personal, Jesús prometió: «[...] edificaré mi iglesia» (Mateo 16.18). Fue ésta una promesa que cumplió el primer día de Pentecostés posterior a Su resurrección (Hechos 2.41-47). Es a partir de ese día que ya se menciona a la iglesia como un ente existente por el resto del Nuevo Testamento (Hechos 5.11; 7.38; 8.1, 3).

Suponga usted que alguien declara: «Mi iglesia dio comienzo en el Antiguo Testamento». Si así fuera, tal iglesia habría tenido un inicio demasiado temprano. El Antiguo Testamento predice el inicio del reino; pero no hay en él mención alguna de su establecimiento. Ahora suponga que alguien afirma: «Mi iglesia dio comienzo durante el siglo III d.C.». Tal iglesia habría tenido un inicio demasiado tardío. No sería la iglesia neotestamentaria. No es mirando hacia el establecimiento de la iglesia como el Nuevo Testamento concluye. Termina, más bien, narrando cómo el Imperio Romano temblaba bajo la arrolladora propagación de la iglesia por todo el mundo.

La mayoría de las iglesias protestantes aparecieron durante el siglo XVI, ya sea durante la Reforma o después de ésta. Ninguno de los nombres con que se denominan las diferentes confesiones religiosas de la actualidad, se encuentra en el Nuevo Testamento. Estas confesiones fueron fundadas varios siglos después del establecimiento de la iglesia neotestamentaria, cuando comenzaron a surgir apostasías que se apartaban del modelo del Nuevo Testamento. En el cuadro que presenta este documento se observa a hombres y mujeres que se convertían en cristianos, y luego vivían y se reunían para adorar al tiempo que formaban parte del cuerpo de Cristo, todo lo cual ocurría siglos antes de que confesión religiosa alguna llegara a existir.

Cada vez que usted someta a consideración una iglesia en particular, pregúntese: «¿Cuándo fue que en realidad dio inicio tal iglesia?». Si la respuesta es otra que no apunte al primer día de Pentecostés posterior a la resurrección del Señor, ella no podrá ser la iglesia neotestamentaria.

Considere su propósito

Otra característica que identifica a la iglesia neotestamentaria es su propósito. Su único objetivo mientras está en el mundo es

continuar siendo la iglesia neotestamentaria. ¡No es que procure asemejarse a ella, ni que desee relacionarse con ella o acercarse en parecido a ella; sino que tiene como propósito ser ella!

Cuando usted se plantea la interrogante: «¿Cuál es la iglesia neotestamentaria?», bien puede preguntarse, al referirse a una iglesia en particular: «¿Cuál es el objetivo o propósito de ella mientras está en el mundo?». A la iglesia neotestamentaria se la identifica como el cuerpo de Cristo en el mundo. Dice Pablo: «Así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo/ y todos somos miembros los unos de los otros» (Romanos 12:5). Toda iglesia de su comunidad que no se identifique como el cuerpo de Cristo; sencillamente no es la iglesia neotestamentaria.

Cuando Cristo llamó, a hombres y a mujeres a ser discípulos suyos; no fue por medio de ser una secta que debían manifestar su condición de discípulos; sino por medio de ser Su cuerpo en el mundo. El nombre que debe llevar este cuerpo es el de Cristo. Es a Él a quien sus miembros han de adorar, y es Su obra en el mundo la que han de hacer, para gloria Suya.

Considere sus prácticas

Todavía hay otro distintivo que identifica a la iglesia neotestamentaria y éste lo constituyen sus prácticas. Una cosa es decir que cierta iglesia es iglesia neotestamentaria; y otra completamente distinta es demostrar su identidad por medio de sus prácticas. Cualquier iglesia puede afirmar que es la iglesia neotestamentaria; sin embargo, es en la práctica donde siempre se encontrarán las pruebas de una afirmación en ese sentido.

Las prácticas de la iglesia neotestamentaria son fácilmente observables en el Nuevo Testamento. Sus miembros se reunían para adorar cada primer día de la semana; y partían el pan para hacer memoria de la muerte del Señor (Hechos 20:7; 1ª Corintios 11:20; Hebreos 10:25). Los cristianos cantaban juntos y era así como alababan al Señor en sus corazones. Otro propósito del cántico era edificarse unos a otros. El Nuevo Testamento no da señal alguna de que usaran instrumentos musicales en sus cultos de adoración, ni hay mandamiento alguno en tal sentido (Efesios 5:19; Colosenses 3:16). Daban de sus posesiones materiales el primer día de la semana, lo cual hacían para llevar a cabo la obra de Dios y para ayudar a los pobres (1ª Corintios 16:1-2). Oraban juntos y estudiaban el mensaje de Dios que había sido revelado por hombres inspirados (Hechos 2:42). Hoy día hay prácticas tales como la de venerar imágenes o la de usar velas o incienso para la adoración, las cuales no están autorizadas ni forman parte de las prácticas de la iglesia neotestamentaria. Cada congregación de la iglesia neotestamentaria se gobernaba a sí misma por medio de supervisores o ancianos (1ª Timoteo 3:1-7), miraba a Jesús como única cabeza de la iglesia. Había diáconos (1ª Timoteo 3:8-11) y evangelistas (2ª Timoteo 4:1-2) que servían en la iglesia bajo la supervisión de los ancianos.

Para identificar a la iglesia neotestamentaria, debemos poner en una lista las prácticas que la caracterizaban y, luego, usando tal lista, la comparamos con las iglesias que vemos a nuestro alrededor. Cuando encontremos una cuyas prácticas verdaderamente coincidan con las de la lista, cuando encontremos una iglesia que sigue el modelo neo testamentario, habremos hallado la iglesia neotestamentaria, la iglesia del Señor.

Considere las frases con las que se le designa

Otra marca para identificar la iglesia del Nuevo Testamento son las frases con las que se le designa. Las frases descriptivas que se usan en la Biblia para designar a la iglesia neotestamentaria la ponen en una categoría aparte de las denominaciones.

El Nuevo Testamento se refiere a la iglesia neotestamentaria como «el cuerpo de Cristo» (Efesios 4.12), «la iglesia de Dios» (1ª Corintios 1.2), «las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16), la «iglesia de los primogénitos» (Hebreos 12.23), «el reino de los cielos» (Mateo 16.19), y simplemente «la iglesia» (Efesios 1.22). Estas frases describen la naturaleza e identidad de la iglesia. Funcionan más como descripciones que como nombres.

¿Qué hacer con una iglesia que se conoce por una frase o nombre que no se encuentra en el Nuevo Testamento? No tendremos más alternativa que reconocer que tal manera de designarla es inaceptable, y hay varias razones para ello. En primer lugar, si esta iglesia fuera neo testamentaria, ¿por qué usa, para referirse a sí misma, un nombre ajeno al Nuevo Testamento? En segundo lugar, si fuera la iglesia neotestamentaria, ¿por qué no usa una frase neotestamentaria para darle a conocer a todo el mundo que lo es? En tercer lugar, existe la posibilidad de que una iglesia neotestamentaria esté usando como nombre suyo una frase ajena al Nuevo Testamento, sin ser esta su intención. Lo más lógico sería que, al señalárseles esto, con agrado adoptaran un nombre neotestamentario, con el fin de que nadie los confundiera con una organización diferente de la iglesia neotestamentaria.

Si una iglesia desea ser neotestamentaria, desarrollará las características de ésta, querrá que todo el mundo sepa cómo es esta iglesia, y se llamará por los nombres y nada más que por los nombres que se le dan a tal iglesia en el Nuevo Testamento.

CONCLUSIÓN

El cuadro que presenta el Espíritu Santo de la iglesia neotestamentaria, revela tres llamativos atributos que ubican a la iglesia de Cristo en una categoría aparte de los demás cuerpos religiosos de todos los tiempos. En primer lugar, Su iglesia es un grupo de personas que han obedecido a Su Palabra inspirada y permanecen firmemente en ésta. En segundo lugar, Su iglesia se

caracteriza por la compasión por todos sus miembros, una preocupación amorosa que considerará de mayor importancia a un miembro necesitado de la iglesia que, incluso, los intereses y tesoros materiales. En tercer lugar, toda persona que por medio del evangelio llega a formar parte de la iglesia de Cristo, es unida por el Espíritu Santo a Cristo y a todos los demás miembros, y preserva esa unidad por su amor y diario apego a la Palabra. A la iglesia se la representa como ¡una familia de un solo corazón y una sola vida!.

¿Cómo, pues, podemos ser nosotros la iglesia de Cristo hoy día? Son dos palabras las que sugieren el método: «imitar» y «dedicar». Imitemos la manera como uno llega a ser seguidor de Cristo que se enseña en esta lección. Estas personas oyeron la Palabra de Cristo cuando ésta fue predicada por Pedro y clamaron: «¿Qué haremos?». Él les contestó: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; [...]» (Hechos 2.38). Fue mediante la fe engendrada en ellos por la Palabra, que ellos se arrepintieron y fueron bautizados para el perdón de sus pecados, y el Señor los añadió a Su iglesia. Esta es la manera como Cristo hace Suyas a las personas. Cuando alguien sigue este método hoy día, Cristo hará por tal persona lo mismo que hizo por los que obedecieron al principio. Nos ama a nosotros tanto como los amó a ellos; ha muerto por nosotros así como murió por ellos.

Obedezcamos a la Palabra de Cristo y dediquémonos a vivir siendo Su iglesia. Según el cuadro que pinta Hechos 2, lo anterior se logra por medio de apegarse a la palabra de Cristo, vivir con el corazón de Cristo, y preservar la unidad que el Espíritu Santo le ha dado a Su iglesia en Cristo.

Ahora que ya sabemos cómo es la iglesia de Cristo, tomemos la decisión de llegar a ser tal iglesia.

Palabras especiales para referirse al pueblo de Dios

Lección 13,

¿Ha tratado usted alguna vez de imaginar cómo es el cielo basándose en la descripción que de él hace la Biblia? Es probable que haya una gran diferencia entre el cielo que esperamos y el que es en la realidad. Nuestro hogar celestial es sin duda, mucho más grandioso que como lo imaginamos y mucho más glorioso que los símbolos terrenales de oro, cristal y perlas que usan las Escrituras para describirlo.

Lo mismo les pasaba a los que trataban de imaginar cómo sería

aquello que los mensajeros de Dios describían como «reino» e «iglesia». Estos dos términos se usan tantas veces en las Escrituras, que probablemente no haya posibilidad alguna de entender el plan de Dios para la salvación a menos que se conozca el significado de ellos.

LA PALABRA «REINO»

El reino de Dios es anunciado y dado a conocer como tal en los dos Testamentos de la Biblia. En el Antiguo Testamento y en la primera parte del Nuevo, hay profecías (anuncios hechos de antemano) acerca de su venida; pero, en el resto del Nuevo Testamento, a partir de Hechos 2, se le presenta como una realidad ya cumplida, es decir, como ya establecido sobre la tierra. En vista de que en la profecía el reino fue representado varias veces mediante figuras y símbolos, su realidad es mucho más grandiosa y mucho más gloriosa que la que dan los profetas. La imagen profética era exacta, pero estaba rodeada de misterio por el lenguaje figurado que se usó.

La palabra «reino» es importante tanto en el Nuevo, como en el Antiguo Testamento; sin embargo, nos interesa especialmente el uso que de ella se hace en el Nuevo. En éste el reino de Dios es presentado como el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento. Por más que uno trate de entender la iglesia neotestamentaria, no lo logrará a menos que entienda completamente el sentido que se le da a esta palabra en la Biblia.

Examinemos esta palabra desde tres ángulos diferentes, cada uno de los cuales tiene que ver con el sentido que se le da en relación con la iglesia que Cristo estableció.

Su sentido político

La palabra «reino» se usa primero en la Biblia en un sentido político, en referencia al dominio dentro del cual gobierna uno que es la cabeza suprema, el soberano, el potentado de tal dominio.

La relación que Jehová sostiene con la nación de Israel también ilustra el sentido político de la palabra «reino». Durante la primera parte de la historia de Israel, el rey de esta nación es Dios. Él era el Soberano del gobierno y también lo era de la religión. Es por esta razón que el gobierno de Israel de aquellos tiempos, era considerado una teocracia, es decir, una nación gobernada por Dios. Cuando Moisés y los hijos de Israel vieron como El destruyó a los egipcios en las profundidades del Mar Rojo, esto fue lo que cantaron: «Jehová reinará eternamente y para siempre»^{15.18}). Cuando Israel acampó frente al Monte Sinaí, esto fue lo que el Señor le dijo a la nación: «Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa» (Éxodo 19.5-6a). Jehová le dio a Israel las leyes por las

cuales ellos habían de gobernarse, y toda justicia y actividades religiosas eran administradas en Su nombre. Fue Él quien dirigió a Israel en sus batallas y quien recibió el reconocimiento por las victorias obtenidas (Números 21.34). Era rey de Israel, y ésta, como nación súbdita de Su reinado, era Su dominio.

Durante los días de Samuel, Israel, motivada por el deseo de asemejarse a las naciones que estaban a su alrededor, pidió a Dios que le diera un rey terrenal. Dios concedió la petición al pueblo y les dio a Saúl como su primer rey. El rey de Israel no había de ser un monarca en el sentido estricto de la palabra. Había de ser responsable delante de Jehová como gobernante auxiliar y siervo. Su autoridad estaba limitada por la ley de Moisés. Era un siervo de Jehová y había de servir como Su representante terrenal. Tenía que defender a la nación de Israel de sus enemigos, dirigirla en justicia y mantenerla unida.

Un reino en el sentido político incluía, entonces, a un rey que era soberano, alguna clase de dominio, súbditos a los cuales gobernar y leyes que el rey promulgaba, con las cuales ejercía su gobierno. Los reinos podían ser grandes o pequeños; podían incluir un dominio territorial o a una nación nómada. La idea principal de la palabra «reino» es el gobierno ejercido por un rey y la obediencia de los ciudadanos a este rey.

Su sentido profético

La palabra «reino» tiene también un sentido profético en las Escrituras. Este término de carácter político fue usado por el Espíritu Santo para anunciar la obra que Dios se propuso hacer en el mundo en la última era de la historia, es decir, en la era cristiana.

Una importante profecía antiguo testamentaria sobre el «reino» se encuentra en Daniel 2. A Daniel lo guió el Espíritu Santo para que escribiera: «Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre» (Daniel 2.44). La revelación de Daniel da a conocer importantes verdades sobre el reino que está siendo anunciado .. En primer lugar, éste sería un reino especial, un gobierno ejercido por un rey, establecido por el Dios del cielo. En segundo lugar, sería un reino eterno, o sea, que no tendría fin. En tercer lugar, superaría a todos los demás reinos del mundo en poder y estabilidad.

Además, la profecía acerca de la venida del reino de Dios tuvo un lugar de importancia medular en la predicación de Juan el Bautista (Mateo 3.1-2), y en la predicación y enseñanza de Jesús (Mateo 4.17). Cristo describió al evangelio como el evangelio del reino (Mateo 9.35). Los doce apóstoles y los setenta discípulos (Lucas 10.1-20), fueron enviados por Jesús a anunciar que el reino de los

cielos se acercaba (Mateo 10.7; Lucas 10.9). Más de un tercio de las parábolas de Jesús dan a conocer verdades acerca del reino. Jesús les enseñó a Sus discípulos a orar pidiendo que viniera el reino (Mateo 6.10).

Dada la frecuencia con que Juan y Cristo enseñaron sobre el reino, hay varias verdades que se pueden aprender: En primer lugar, la venida del reino era de vital importancia para el plan de Dios. En segundo lugar, se dice acerca de la venida del reino que éste estaba cerca, que estaba «entrando con fuerza» o que se había «acercado». En tercer lugar, el reino que venía era claramente, el cumplimiento de la profecía de Daniel. En cuarto lugar, la llegada del reino fue obra de Dios, no del hombre. En quinto lugar, cuando el reino llegó, de éste sólo podían formar parte las personas que cumplieran las condiciones impuestas por Dios (Juan 3.5).

A partir de Hechos 2, el reino es mencionado siempre como un ente realizado, ya presente. Anteriormente, Jesús le había dicho a Nicodemo: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» (Juan 3.5). Pero, después de Hechos 2, lo siguiente es lo que Lucas escribe acerca de las prédicas sobre Cristo, que Felipe hacía en Samaria: «Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres» (Hechos 8.12). Felipe no pudo haber predicado este mensaje si el reino no hubiera estado ya presente.

El sentido profético de la palabra «reino» se refiere, pues, al reinado espiritual de Dios sobre los que se han sometido a Su voluntad para el mundo. Se refiere a un reinado y a un dominio -al reinado espiritual de Dios sobre la vida de una persona, y al dominio espiritual en el que ese reinado es evidente. Este gobierno real de Cristo, se incluye en el significado de la palabra «iglesia»: Cuando uno se somete a la voluntad de Cristo por medio de recibir el evangelio, tal persona es introducida en el cuerpo de Cristo, en la iglesia. También, cuando uno vive en sumisión a la cabeza de la iglesia, a Cristo Jesús, tal persona vive dentro del reino terrenal de Dios, y forma parte de éste. El gobierno real de Cristo en los corazones de las personas es lo que crea la iglesia. Así que, «el reino de Dios» y «la iglesia de Cristo» son expresiones que se refieren a un mismo ente, tal como Jesús lo da a conocer en Mateo 16.18-19.

Su sentido en la actualidad

El trasfondo político, el sentido profético y la declaración neotestamentaria de la realidad del reino, obligan a usar el sentido actual, práctico, de la palabra «reino».

En primer lugar, debería usarse en el sentido de profecía cumplida. Ya vino el reino del cual Daniel habló. Ya es una realidad presente la obra especial de Dios en el mundo en la forma de un

gobierno real, un reino que incluye un dominio espiritual. Los que se han rendido a la voluntad de Dios, se han sometido a ese gobierno real. Las profecías acerca de la venida del reino de Dios han sido cumplidas.

En segundo lugar, deberíamos usar la palabra «reino» en el sentido que le da el hecho de que ya es una realidad presente. El reino de Dios dejó de ser algo que venía. Cristo reina ahora sobre los que han entrado en Su iglesia mediante la fe que lleva a la obediencia. En cierto sentido, nuestra oración ya no debería ser «venga tu reino», sino «que pueda yo someterme plenamente a Tu voluntad de modo que puedas reinar sobre mi vida y que pueda yo vivir en Tu reino».

En tercer lugar, deberíamos usar esta palabra, en referencia a una extensión terrenal del gobierno celestial de Dios. El pueblo especialmente escogido, de Dios, la iglesia, es la extensión terrenal de Su reino. Jesús y los escritores del Nuevo Testamento han demostrado que la iglesia es el cumplimiento del reino de Dios, o del reino de Cristo que ya vino. La sumisión a un rey crea una ciudadanía, un reino. Jesús se refirió a esta comunidad de creyentes sumisos como Su iglesia (Mateo 16.18-19).

En cuarto lugar, deberíamos ver esta palabra en el contexto de un gobierno espiritual. Los cristianos fieles están bajo el gobierno espiritual de Cristo hoy día, y esperan entrar en una más plena e íntima relación con Dios, con Cristo y con el Espíritu Santo, en la eternidad que vendrá. La iglesia es el reino ahora, pero sus miembros esperan con ilusión el reino eterno que vendrá. La palabra «reino» tiene una dimensión futura. Esto fue lo que Cristo dijo: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, [...]» (Mateo 7.21). Pablo escribió: «y el Señor me libraré de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos de los siglos. Amén» (2ª Timoteo 4.18). Él estaba en el reino de Dios, pero aguardaba con ilusión entrar en el reino celestial. Pablo veía el reino como el cumplimiento de las profecías del Antiguo y Nuevo Testamentos; lo veía tanto como una realidad actual en la iglesia que Cristo edificó, así como una promesa para la eternidad.

A medida que uno avanza en la lectura del Nuevo Testamento, nota que la palabra «reino» es usada de modo decreciente, ya sea, mediante frases como: «reino de los cielos», «reino de Dios», o alguna otra frase referente a él. Encontramos cuarenta y nueve referencias al reino en Mateo, quince en Marcos, treinta y nueve en Lucas, cinco en Juan, ocho en Hechos, catorce en las epístolas paulinas, dos en las epístolas generales, dos en Hebreos y tres en Apocalipsis. Así, la palabra «reino» es usada continuamente, pero de modo decreciente, en el Nuevo Testamento.

Mateo es el único escritor del Nuevo Testamento que usa «reino de los cielos». Marcos, Lucas y Juan, usan solamente «reino de Dios». Si bien, cuando se avanza hacia el libro de Hechos, el uso de la palabra «reino» disminuye, el de la palabra «iglesia» crece. Da la impresión de que el término «reino» estuviera siendo reemplazado por el Espíritu Santo con la palabra Iglesia.

LA PALABRA «IGLESIA»

La palabra «iglesia» tiene un significado especial debido a su relación tan importante con la totalidad del mensaje del Nuevo Testamento. El término «iglesia» es una traducción al español de una palabra que aparece 114 veces en el Nuevo Testamento griego. Bien podría decirse, que no es posible entender el camino de salvación de Cristo para el mundo de hoy, sin entender el uso que hace de esta palabra el Nuevo Testamento.

Sentido secular

Era ante todo, una palabra común, de uso diario, sin ningún significado religioso en particular.

Un ejemplo de este uso lo encontramos en Hechos 19, en relación con un alboroto ocurrido en Éfeso, a causa de un disturbio respecto al cristianismo. La gente entró precipitadamente en un teatro cercano, y la confusión imperó. El escritor, Lucas, dijo lo siguiente de esa reunión: «Unos, pues, gritaban una cosa, y otros otra; porque la concurrencia estaba confusa, y los más no sabían por qué se habían reunido» (Hechos 19.32; énfasis nuestro).

La palabra que usó Lucas en este versículo, para referirse a la «concurrencia», fue la palabra *ekklesia*, la misma que se traduce por «iglesia» en el idioma español. Finalmente, el escribano de la ciudad habló, diciendo: y si demandáis alguna otra cosa, en legítima asamblea se puede decidir. Porque peligro hay de que seamos acusados de sedición por esto de hoy, no habiendo ninguna causa por la cual podamos dar razón de este concurso (Hechos 19.39-40; énfasis nuestro).

Lucas después añadió: “Y habiendo dicho esto, despidió a la asamblea” (Hechos 19:41; énfasis nuestro). También en los pasajes anteriores, usó Lucas la palabra “*Ekklesia*”, esta vez para referirse a una asamblea.

Fueron tres veces en este relato acerca de una reunión secular, que Lucas usó la palabra griega *ekklesia* (Hechos 19.32, 39,41). La usó para referirse tan sólo a una reunión, pues, la concurrencia y la asamblea a las que llamó *ekklesia* en los versículos 32 y 41, respectivamente, son representadas más bien como una turba en el versículo 30. A la asamblea o *ekklesia* que llenó el teatro no se le convocó a reunión; fue algo que sencillamente sucedió a causa de toda la confusión y el curso que tomaron los eventos. Lucas también llamó *ekklesia*, en el versículo 39, a una legítima asamblea que se

reúne para dirimir cuestiones legales.

A la luz del sentido que le da Lucas a la palabra ekklesia, el mejor significado que puede tener es el que le da su sentido secular, es decir, el de una asamblea de cualquier clase. A veces una asamblea es convocada, o llamada a reunirse, y otras, simplemente sucede. Lucas les llamó ekklesia a todas las clases de asamblea.

Algunos expertos del lenguaje de hoy día, creen que el uso secular de esta palabra en los tiempos neotestamentarios, tenía más el significado de "una simple asamblea», que el de «una asamblea llamada a reunirse». El uso que hace Lucas de esta palabra en Hechos 19, parece confirmar las conclusiones de tales expertos.

El uso que hace Lucas de la palabra ekklesia, nos da un idea de cómo ésta era usada en el mundo secular antes de que nuestro Señor la usara con un sentido religioso. Estos antecedentes de la palabra servirán de base para llegar a entender mejor el uso que nuestro Señor hace de ella.

Su sentido religioso

La palabra Ekklesia también tenía un sentido religioso en el Nuevo Testamento.

Claramente se desprende del Antiguo Testamento, que el concepto de una asamblea del pueblo de Dios está presente en los antecedentes judíos del cristianismo. En la Septuaginta, la traducción al griego de las Escrituras del Antiguo Testamento, la «congregación» de Israel, la cual es qahal en hebreo, fue traducida al griego por ekklesia, especialmente cuando tal «congregación» estaba formada por el pueblo de Israel en el momento de reunirse ante la presencia del Señor para propósitos religiosos (Deuteronomio 18.16; 31.30; 1ª Reyes 8.65; Hechos 7.38).

También la palabra «sinagoga» se usó originalmente para referirse a una asamblea de personas reunidas para un propósito específico. Más adelante, la palabra se aplicó a una asamblea de cristianos que se habían reunido para adorar. Santiago usó en su libro ambas palabras del griego, sunagoge y ekklesia, aparentemente, porque era a los cristianos de origen judío a quienes tenía en mente como lectores de su libro. Usó la palabra sunagoge para referirse a una congregación de cristianos que se habían reunido para adorar (Santiago 2.2), y usó la palabra ekklesia para referirse al cuerpo de creyentes que estaban en un lugar determinado (Santiago 5.14).

Así, cuando el Señor escogió una palabra para designar a los que, mediante Su salvación, llegaron a ser el singular pueblo de Dios, eligió la palabra «iglesia» (Mateo 16.18), la cual es probable que se refiriera a una «asamblea» en el sentido secular pero con la

diferencia de que se trata de una «asamblea del pueblo de Dios», en el sentido que le da Antiguo Testamento. Nuestro Señor tomó una palabra secular y le dio un significado religioso especial. En Su elección de esta palabra, Él tomó de los significados que le daban los antecedentes seculares y religiosos de ella, y le añadió nuevos significados de Su propia cosecha. La palabra, según el uso que Jesús le dio, se refiere al pueblo universal de Dios que ha sido redimido por la sangre de Cristo, sea que estén reunidos en asamblea, o no (Hechos 8.3; Efesios 1.22).

Otra idea que se desprende del Nuevo Testamento, en relación con la palabra ekklesia, es el concepto de ser «convocado» o «puesto aparte». Aun cuando es probable que esta idea no formara parte del sentido secular de la palabra, sí es una parte importante del significado, en el uso especial que hace Cristo. Esta idea es introducida en la palabra por la índole misma del pueblo que se designa con ella.

Pedro le dijo a la multitud el día de Pentecostés: «Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare» (Hechos 2.39). Pablo dijo a los Tesalonicenses: «[...] y os encargábamos que anduviéseris como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria» (1ª Tesalonicenses 2.12). Fue mediante el evangelio que Dios los llamó. Pablo dijo: «[...] a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo» (2ª Tesalonicenses 2.14). Así, a las personas que fueron llamadas por Dios mediante el evangelio, se les llamó «la iglesia» (1ª Corintios 1.1-3).

Además, Pablo dijo a la iglesia que estaba en Colosas: «[Dios] nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados» (Colosenses 1.13-14). Pedro escribió que anunciaran «las virtudes de aquel que [los] llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1ª Pedro 2.9b). También escribió: «sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir» (1ª Pedro 1.15). Jesús usó la palabra «iglesia» para referirse a todos los que forman el pueblo de Dios durante la era cristiana, sin acepción de lugar ni de tiempo.

Aunque ningún cristiano de la actualidad es miembro de la congregación que fue establecida en Pentecostés, todos los cristianos verdaderos de todos los tiempos y lugares, son miembros de la misma iglesia que el Señor estableció ese día. La iglesia fue establecida una vez para siempre, en Jerusalén, el primer día de Pentecostés posterior a la resurrección de Jesús. No tuvo más que un solo día de nacimiento; no nació una y otra vez cada siglo ni después de períodos de apostasía.

Su sentido práctico

Es de esperar que el significado dado por Jesús y el Espíritu Santo a la palabra «iglesia», se manifieste de una forma práctica en el Nuevo Testamento, y esto es precisamente lo que sucede.

En el sentido práctico, los escritores inspirados usaron la palabra «iglesia» de cuatro maneras. En primer lugar, la usaron para referirse a la congregación del pueblo de Dios que estaba en una localidad determinada. Cuando Pablo les escribió a los corintios, dirigió su epístola a «la iglesia de Dios» que estaba en Corinto, a los que habían sido santificados en Cristo Jesús (1ª Corintios 1.2). A la iglesia que estaba en Filipo se le refirió como «[...] los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, [...]» (Filipenses 1.1). A los santos que estaban en Tesalónica se les llama «[....] la iglesia de los tesalonicenses en Dios Padre y en el Señor Jesucristo [... ,]» (1ª Tesalonicenses 1.1). A todos los cristianos que estaban en un lugar determinado se les conocía como «la iglesia» de ese lugar. La congregación local de cristianos es una expresión de la iglesia universal. Cuando uno llega a ser miembro de la iglesia de Cristo, se hace parte del cuerpo de cristianos del lugar donde vive.

En segundo lugar, los escritores inspirados usaron la palabra «iglesia» para referirse a las congregaciones locales de una región. Lucas escribió: «Entonces la iglesia que estaba por toda Judea, Galilea y Samaria tenía paz; consolación el Espíritu Santo continuaba creciendo». (Hechos 9.31; NASB). Algunas veces la iglesia que está en una región es designada con el plural «iglesias». Pablo se refirió a «las iglesias de Galacia» cuando escribió la epístola a los Gálatas (Gálatas 1.2). Sería bíblico usar tanto el singular como el plural de la palabra «iglesia» para referirse a todas las congregaciones de una región.

En tercer lugar, los escritores del Nuevo Testamento usaron la palabra «iglesia» para indicar la composición humana de la iglesia. La usaron para referirse a la clase de gente que había en las iglesias. Pablo se refiere, por ejemplo, a «las iglesias gentiles» en el saludo con que despide la epístola a los Romanos: «Saludad a Priscila y Aquila, mis colaboradores en Cristo Jesús, que expusieron su vida por mí; a los cuales no sólo yo doy gracias, sino también todas las iglesias de los gentiles. Saludad también a la iglesia de su casa [...]» (Romanos 16.3-5).

En cuarto lugar, estos escritores inspirados usaron la palabra «iglesia» para referirse a una congregación reunida para adorar. Una iglesia no deja de existir por el hecho de que no esté reunida para adorar; sin embargo, la palabra «iglesia» adquiere un sentido especial cuando con ella se indica una reunión con el fin de adorar en una determinada localidad. Pablo se refiere a los corintios como iglesia cuando ellos se reúnen (1ª Corintios 11.18). Les dice que las

mujeres deben guardar silencio en las iglesias: «las mujeres callen en las iglesias; porque no les es permitido hablar, sino que estén sujetas como también la ley lo dice» (1ª Corintios 14.34; NASB). Es obvio que, en este pasaje, el apóstol se está refiriendo al momento en que la asamblea se reúne para adorar.

De cualquier forma como uno se refiera a la iglesia, estará hablando de los que han sido introducidos en el cuerpo de Cristo por la sumisión al evangelio de Éste. A todo cristiano se le ha llamado a salir de este mundo y de las tinieblas, y ha sido puesto, por la gracia de Dios, en aquel cuerpo que Cristo y los escritores inspirados del Nuevo Testamento llamaron «la iglesia».,

CONCLUSIÓN

No hay duda de que este breve estudio de las palabras con las que Dios se refiere a Su pueblo, nos invitan a entrar en Su reino, Su iglesia. Dios tomó estas palabras seculares y les añadió un nuevo significado, las aplicó al pueblo que es llamado a la salvación por medio del evangelio de Su gracia. De este modo, estas palabras, se refieren a quienes se someten al gobierno de Dios y son redimidos por la sangre de Cristo. A través de los largos años de la era patriarcal y la era mosaica, Dios hizo planes para Su pueblo especial. Ha realizado todo lo que por inspiración hizo que Sus mensajeros profetizaran. Ahora depende de usted entrar en Su reino y ser añadido a Su iglesia.

Frases con las que Dios designa a la iglesia

Lección 14,

Una lectura detenida del Nuevo Testamento revela que la iglesia fue creada con el propósito de que fuera un organismo especial. Es por esta razón que los escritores inspirados se refieren a ella con palabras o frases especiales. Las palabras o frases que ellos usan para referirse a la iglesia pueden agruparse según el significado especial que expresan. Están las que expresan función, luego las que expresan propiedad y, por último, las que expresan relación. Fueron dadas por dirección divina y cumplen un propósito, también, divino.

Es un error considerar que las frases que usa el Espíritu Santo para referirse a la iglesia, sean meras ilustraciones. (1) El Nuevo Testamento se refiere a los seguidores fieles de Cristo como la «iglesia», el «cuerpo», y el «reino» de Cristo. Se trata de designaciones.

A la iglesia se le ilustra a menudo en el Nuevo Testamento. Se le ilustra, por ejemplo, como un redil de ovejas (Juan 10.1), un viñedo (Mateo 20.1), o una perla preciosa (Mateo 13.45-46). Estas imágenes

nos ayudan a entender mejor la iglesia, pero son sólo ilustraciones y no llevan la intención de identificarla.

Estas designaciones divinas que el Señor estableció para identificar, caracterizar y describir la iglesia. Considérelas detenidamente.

DESIGNACIONES DE FUNCIÓN

Algunas de las frases con que se designa a la iglesia neotestamentaria se relacionan con el funcionamiento de ésta como cuerpo, es decir, como organismo vivo. Estas designaciones destacan lo que la iglesia del Señor es en cuanto a su propósito, diseño y accionar.

Al cuerpo que Cristo estableció se le refiere simplemente como «la iglesia» (Colosenses 1.18, 24). Esta frase significa «asamblea de personas que se han convertido en seguidoras del Señor». A estas personas se les refiere como iglesia en varios sentidos, entre los cuales están el de grupo reunido para adorar (1ª Corintios 11.18), el de cuerpo de creyentes de un lugar (1ª Corintios 1.2), el de colectividad de iglesias de una región (1ª Corintios 16.1), y el de iglesia universal (Efesios 5.23). La designación de iglesia declara el significado esencial del organismo que Cristo estableció, cual es, el de grupo de personas redimidas por Su sangre, que viven para Él; le adoran, y hacen Su obra.

Individualmente, a los miembros de la iglesia de Cristo, se les llama «cristianos» porque ellos quieren ser semejantes a Cristo. (La palabra «cristiano» significa «semejante a Cristo»). La primera vez que a los discípulos se les dio el nombre de cristianos, fue en Antioquía (Hechos 11.26). No están claras las circunstancias en las que se les dio este nombre; sin embargo, podemos tener certeza de que fue el nombre que Dios escogió para referirse a su pueblo. Su uso como nombre para el pueblo de Dios, se encuentra tres veces en el Nuevo Testamento (Hechos 11.26; 26.28; 1ª Pedro 4.16).

La Biblia también se refiere a los miembros de la iglesia como «santos», es decir, como los que han sido santificados. Éstas son personas que han sido apartadas para distinguirlas como el pueblo escogido de Dios. Pablo usó la palabra «santos» para dirigirse a los efesios: «Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso» (Efesios 1.1; énfasis nuestro). En la versión de la Biblia conocida como la «King James» se lee: «un pueblo peculiar», en Tito 2.14. El Nuevo Testamento, dice que «un pueblo propio» en ese mismo versículo. El significado básico de «santo» es: «apartado para Dios». La iglesia de Dios es «un pueblo adquirido por Dios», un pueblo santo, un pueblo apartado para Dios. Los cristianos han sido llamados con llamamiento santo (2ª Timoteo 1.9); deben observar una conducta santa y

piadosa (2^a Pedro 3.11); procuran presentarse «santos y sin mancha e irreprehensibles» delante de Él, en el día postrero (Colosenses 1.22b).

En algunas traducciones de la Biblia, aparece la palabra «San» en los títulos de los evangelios según Mateo, Marcos, Lucas y Juan, y, también, le han dado a Apocalipsis el título: «La Revelación de San Juan el Teólogo». Los títulos que se les han dado a estos libros del Nuevo Testamento, provienen del hombre, no de Dios. El Nuevo Testamento les llama «santos» a todos los que están en Cristo. A las iglesias se les refiere, incluso, como «las iglesias de los santos» (1^a Corintios 14.33). Las personas son apartadas para Dios cuando se hacen cristianas.

Además, a la iglesia se le refiere como «el cuerpo» de Cristo (Efesios 1.22-23). Este término se usa a veces para ilustrar a qué se asemeja la iglesia en cuanto a la función (1^a Corintios 12.12-27); y a veces para indicar lo que la iglesia es en la realidad, es decir, como término de identificación. Cuando se usa como designación, la frase «el cuerpo de Cristo» hace énfasis en la función, así como en la relación que sostiene la iglesia con Cristo: La iglesia es la presencia del cuerpo espiritual de Cristo sobre la tierra, y se relaciona con Cristo del mismo modo que un cuerpo con su cabeza. Dentro de este cuerpo espiritual de Cristo, se presenta a cada cristiano en particular como «miembro» del cuerpo dentro del cual funciona; cada cristiano es un miembro de éste y trabaja como parte de él. Pablo le escribió a la iglesia que estaba en Corinto, lo siguiente: «Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular» (1^a Corintios 12.27).

A la iglesia se le refiere también como «el reino» (Hechos 8.12). Algunas veces la designación es «reino de los cielos» (Mateo 16.18--19), Y otras es «reino de Dios» (Juan 3.3). Ambas frases reflejan la naturaleza espiritual del dominio y gobierno de esa iglesia o reino (Juan 18.36). La iglesia es un grupo de seguidores de Cristo, los cuales se han sometido al gobierno que Dios ha establecido sobre la tierra. Cristo es Rey y está ahora ejerciendo dominio sobre Su reino, es decir, sobre la iglesia (1^a Corintios 15.24-25). Por consiguiente, la cabeza o rey de la iglesia son de carácter divino, y el gobierno de ella es ejercido por autoridad divina. Los miembros de la iglesia son hombres y mujeres que, aunque habitan sobre la tierra, se han sometido a la autoridad del Rey Jesús y viven como «ciudadanos» del reino espiritual de Éste (Filipenses 3.20).

A los que forman parte del reino de Dios se les describe también como “ciudadanos” del reino de los cielos (Mateo 16.18-19). Con lo anterior concuerda Pablo cuando dice: «Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo» (Filipenses 3.20). También expresa el apóstol: «Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el

fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo» (Efesios 2.19-20). Cristo es, por lo tanto, nuestro rey (1ª Corintios 15.24-25), y los Únicos que se pueden considerar ciudadanos de Su reino son los que se sujetan al reinado de Cristo (Mateo 7.21).

Los cristianos son ciudadanos del reino eterno del cual habló Daniel en el Antiguo Testamento (Daniel 2.44). El escritor de Hebreos describió a éste como un reino «incommovible»: «Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, [...]» (Hebreos 12.28). La próxima vez que usted se pregunte dónde va a estar dentro de mil años, si usted es cristiano, se podrá decir a sí mismo: «¡Estaré en el reino eterno!». El reino de Dios no es temporal como los del mundo; el reino de Dios es eterno.

DESIGNACIONES DE PROPIEDAD

Hay, en el Nuevo Testamento, tres designaciones referidas a la iglesia que recalcan la relación de posesión que la iglesia sostiene con Dios y con Cristo. Estas frases sugieren propiedad y liderazgo.

En primer lugar, a la iglesia se le refiere como «la iglesia de Cristo». Pablo, en su conclusión de la epístola a los Romanos, envió saludos de las iglesias de Acaya con las siguientes palabras: «Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16b). Esta designación recalca a quién pertenece y qué es la iglesia. La iglesia es de Cristo porque fue Él quien la fundó y la compró. También lo es por ser dueño y cabeza de ella y por servirla. Cuando alguien se convierte a Cristo, pasa a ser pertenencia de Él (1ª Corintios 6.20). Llega a estar tan completamente identificado con Cristo que se le llama cristiano, es decir, seguidor de Cristo (Hechos 11.26; 26.28; 1ª Pedro 4.16). A la asamblea especial de los seguidores de Cristo se le llama, pues, la iglesia de Cristo, para indicar quiénes son la iglesia, quién es el dueño de ella, y quiénes forman parte de ella.

En segundo lugar, a la iglesia se le refiere como «la iglesia de Dios» (1ª Corintios 1.2). Si a la iglesia se le designa en el Nuevo Testamento como la iglesia de Cristo, es de esperar que también se le refiera como la iglesia de Dios, pues Jesús dijo que Él y Su Padre uno son (Juan 10.30). Dios planeó la iglesia antes de la fundación del mundo (Efesios 3.10-11). Él envió a Cristo al mundo para que preparara el advenimiento de la iglesia (Mateo 16.18) y para que la comprara con Su sangre (Hechos 20.28). Así como Dios estuvo en Cristo en la cruz reconciliando consigo al mundo (2ª Corintios 5.19), también, estuvo con Cristo en la fundación y adquisición de la iglesia.

En tercer lugar, a los miembros de la iglesia se les describe como «esclavos» o «siervos». A los que se someten a Cristo y le obedecen se les considera siervos. Cuando el Nuevo Testamento fue escrito, la relación del esclavo con su amo era toda una institución de la sociedad del Imperio Romano. Un esclavo era uno que estaba

totalmente bajo el dominio de su amo. No tenía derechos ni posesiones verdaderas. Ni siquiera era dueño de sí mismo. No es de extrañar que se use este término y relación para ilustrar nuestra sumisión a Cristo y la vida que vivimos bajo la autoridad de Su Palabra. Por esta razón, Pablo escribió: «Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo» (Gálatas 1.10b; vea Filipenses 1.1). Además dijo: «[andamos] derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2ª Corintios 10.5).

Los cristianos, es decir, los que se han sometido al señorío de Cristo, no pueden seguir ejerciendo dominio sobre su propia vida. Deben «crucificar» su voluntad. Es decir, deben hacer morir sus deseos humanos pecaminosos y poner en primer lugar los mandamientos de Dios en su vida. Pablo dijo: «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo» (Gálatas 6.14). Dijo, además: «De aquí en adelante nadie me cause molestias; porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús» (Gálatas 6.17).

DESIGNACIONES DE RELACIÓN

Hay varias maneras como el Nuevo Testamento se refiere a la iglesia, las cuales recalcan la idea de relación. Es de esperar que así sea, pues, el ser miembro de la iglesia del Señor conlleva la idea de relacionarse.

Además de las relaciones del esclavo con su amo y del cuerpo con la cabeza que ya se han mencionado, la palabra «cristiano» expresa por sí sola una hermosa relación que los miembros de la iglesia sostienen con su Señor. Ellos son Sus seguidores, viven para Él y llevan Su nombre. El apóstol Pablo describe su experiencia religiosa como cristiano, mediante la hoy famosa frase que dice: «Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia» (Filipenses 1.21). No era que Cristo tan sólo ocupara el primer lugar en la vida de Pablo; sino que ¡Él era su vida! Cristo era la totalidad y la esencia de la vida de Pablo. Éste era un cristiano en todo el sentido de la palabra.

En el Nuevo Testamento también se describe a la iglesia como «la familia de Dios». Pablo dijo que nosotros somos «la familia de Dios» (Efesios 2.19). Le dijo a Timoteo que le escribía con el fin de que pudiera saber cómo debía conducirse en «la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente» (1ª Timoteo 3.15). En el momento de su conversión a Cristo, Dios adopta al creyente como hijo Suyo, dándole privilegios familiares, heredero de la vida eterna juntamente con Cristo, (Romanos 8.15-17; Efesios 1.5). Los cristianos tienen un Padre celestial a quien elevarle oraciones y un amoroso Salvador -un hermano mayor, Jesús- por medio de quien elevar tales oraciones. Como hermanos y hermanas que son, se aman, se ayudan y se apoyan unos a otros (Hechos 2.44).

A los miembros de la iglesia se les refiere como «los hijos de Dios». Tienen una relación especial con Dios; Éste es Padre de ellos, y ellos son Sus hijos. Cuando los creyentes son bautizados en Cristo, son adoptados como «hijos» de Dios (Efesios 1.5). Como hijos Suyos que son, los cristianos tienen una herencia eterna (Efesios 1.11), y la fortaleza y el apoyo de la familia terrenal de Dios (1ª Timoteo 3.15; Efesios 2.19-22). En esta familia celestial y espiritual, Dios es el Padre (Mateo 6.9), Jesús, el hermano mayor (Romanos 8.17), y todos los cristianos son hermanos y hermanas (2ª Pedro 3.15; 1ª Juan 2.8-11).

Dios tiene un amor especial por Sus hijos (1ª Juan 3.1). Los protege de Satanás y les provee para sus necesidades diarias. Jesús enseña que si un padre terrenal les da cosas buenas a sus hijos, entonces los hijos del Todopoderoso Dios -el perfecto Padre que está en los cielos- ¡pueden esperar de Él que les dé cosas aún mejores cuando se las pidan! (Vea Mateo 7.11.)

Los miembros de la iglesia primitiva no solamente se consideraban hermanos entre sí, sino también amigos (2ª Pedro 3.15; 3ª Juan 14) que se mantienen juntos en una hermosa camaradería. Los cristianos disfrutaban de la más sublime clase de amistad que hay.

Juan concluyó su tercera epístola con las siguientes palabras: «La paz sea contigo. Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos, a cada uno en particular» (3ª Juan 15). Llamó «amigos» a los cristianos que estaban a su alrededor, y de igual modo llamó a los cristianos que iban a estar recibiendo la epístola. Jesús les llamó amigos a Sus discípulos, y no hay duda de que Juan usó este término por seguir el ejemplo de Jesús. Jesús les dijo a Sus discípulos: Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre" os las he dado a conocer (Juan 15.13-15). Ya alguien dijo: «Un amigo es aquel que sigue aliado de uno cuando todos los demás se han ido». Jesús es esta clase de amigo. En lo que ya nadie más nos pudo ayudar, Él puso su vida por nosotros. Los cristianos han de ser esta clase de amigos entre sí (1ª Juan 3.16). Los cristianos son «amigos».

A la iglesia del siglo 1, se le refería con la frase «los discípulos del Señor» (Hechos 9.1) o simplemente como «discípulos» (Hechos 9.26; 11.26). La palabra «discípulo» significa aprendiz o seguidor; ella sugiere la continua relación que existe entre el cristiano y su Señor". Un discípulo es uno que se ha comprometido con alguien más grande que él" y que procura constantemente aprender mediante la imitación y la instrucción. Es más que un oidor; es también un aprendiz. Su Señor es su Maestro (Juan 13.13).

La palabra «discípulo» se usa especialmente en los evangelios, en los cuales aparece 238 veces. Se encuentra veintiocho veces en Hechos, y no aparece ni una sola vez en las epístolas ni en Apocalipsis. Tal vez, la razón por la que se dé este obvio cambio en la terminología, al pasar de los evangelios a Hechos y a las epístolas, es que durante la vida de Cristo sobre la tierra, Sus seguidores fueron llamados «discípulos» en referencia a Él. Después, en Hechos, las epístolas, y Apocalipsis, se les llamó «santos» en referencia a su santo llamamiento, o, «hermanos» por la relación unos con otros.

En la gran comisión que Cristo les dio a Sus apóstoles, antes de la ascensión, Él les ordenó que fueran e hicieran discípulos. Les dijo: «Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28.19-20). Así, Cristo usó continuamente la palabra «discípulo», aún cuando ésta no aparece a menudo en la última parte del Nuevo Testamento.

Un discípulo es un hacedor de la Palabra. Santiago dijo: «Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores [...]» (Santiago 1.22). Un discípulo es más que un estudiante; es un imitador de Cristo, un seguidor de Cristo.

Visto de otro modo, el Nuevo Testamento le llama a la iglesia «el templo de Dios». Pablo les dijo a los cristianos que estaban en Corinto: «¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?» (1ª Corintios 3.16). Cuando la iglesia está reunida como asamblea, ella se convierte en un lugar donde mora Dios. El santuario en el que mora Dios hoy día es un cuerpo viviente, y este cuerpo es la iglesia. Así, cada uno de los cristianos en particular es llamado «santo» porque es puesto aparte por el evangelio para hacer la obra sagrada, y para servir como lugar donde Dios tiene Su morada (1ª Corintios 1.2).

Hay un pasaje del Nuevo Testamento, el cual se refiere a la iglesia como: «la congregación de los primogénitos» (Hebreos 12.23). La iglesia tiene un futuro especial porque el nombre de cada uno de sus miembros está «[inscrito] en los cielos». El futuro del cristiano está libre de temores y espantos, porque la esperanza que Cristo le ha dado es eterna. Todas las anteriores frases que designan relaciones permiten obtener un entendimiento de lo que la iglesia es y de cómo debe vivir. Les dicen a los cristianos cómo vivir en la tierra y cómo los salvos estarán con Dios en el futuro.

CONCLUSIÓN

Dios le cambió el nombre a Abram por el de Abraham, pues Abram había dejado de ser apropiado. A Abraham se le dijo que sería

el padre de una muchedumbre de gentes (Génesis 17.5). «Abram» significa «padre exaltado». Era un nombre con un gran significado; sin embargo, había dejado de representar el futuro que a Abram le aguardaba. «Abraham» significa «padre de una muchedumbre», un nombre apropiado para un hombre, de quien habría de nacer toda una nación. La designación que Dios le dio a Abraham tiene un significado para los dos. Así también, estas designaciones que Dios le dio a la iglesia tienen un significado para Él, y deben tenerlo en gran manera para nosotros.

Hay designaciones apropiadas para referirse a la iglesia del Nuevo Testamento, y ellas son las que deben usarse. Confundimos la identidad de la iglesia cada vez que usamos una designación no bíblica. Si un grupo de personas procura ser la iglesia neotestamentaria y desea ser conocida así, ellas sólo podrán usar las designaciones que el Nuevo Testamento le da a la iglesia. Una iglesia puede afirmar que es la iglesia neo testamentaria sin serio; sin embargo si realmente lo es" deberá referirse a sí misma con el lenguaje propio del Nuevo Testamento.

El compromiso con el objetivo de llegar a ser la iglesia de Dios hoy día, debe demostrarse, incluso, en las palabras que los miembros de ella usan para designarse y describirse a sí mismos. Cuando se usan las frases que Dios usó para designar a Su iglesia, ello constituye al menos un comienzo por parte de cristianos que están tratando de poner en práctica en su vida lo que Dios desea que Su iglesia sea y haga. Cuando los cristianos se llaman a sí mismos como Dios llamó a la iglesia, ya están emprendiendo la senda correcta, ya están acercándose a lo que Dios desea que hagamos y seamos.

Cristo, la cabeza de la iglesia

Lección 15,

Según cuenta una antigua historia, un grupo de chicos entraron en una tienda, la cual estaba en las afueras de un pueblo. Éstos compraron algunas cosas y salieron con gran prisa. No habían transcurrido unos minutos cuando ya habían salvado la colina que se encontraba más allá de la tienda, y no se les pudo ver más. Pocos minutos después, otro chico entró corriendo en la tienda y venía casi sin aliento. Éste, agitado, le preguntó al dependiente: «¿Vio usted a un grupo de chicos que anduvo por aquí?». El dependiente le dijo: «Sí. Estuvieron aquí hace poco menos de quince minutos. Tenían gran prisa y no se detuvieron mucho tiempo». El chico le dijo: «¿Qué dirección tomaron? ¡Es que yo soy el dirigente del grupo!».

Este chico, el dirigente del grupo, ilustra la clase de dirigencia que muy a menudo vemos: una dirigencia que no toma la delantera, sino

que ¡anda detrás, preguntándose qué rumbo sus seguidores habrán tomado! El problema con la dirigencia que ejercen los humanos se encuentra en la fragilidad e insuficiencia de éstos. Una dirigencia humana nos defraudará en cualquier momento. El ser humano inexorablemente se comportará como lo que es.

¿Significa lo anterior que habrá momentos, cuando la dirigencia de la iglesia se mostrará deficiente? ¿Estará sujeto a debilidades y fracasos propios de los mortales el capitán que lleva la nave cuyo destino está en los cielos? ¿Será que no nos queda más remedio que depender de una brújula estropeada para nuestro viaje desde la tierra hasta la orilla de la eternidad?

Los anteriores temores se nos disipan cuando oímos las palabras inspiradas en el sentido de que la cabeza de la iglesia no es otro más que Jesucristo. Pablo escribió: "¡[...] Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo; y él es su Salvador" (Efesios 5.23-25). Él es la cabeza de la iglesia a causa de haberla amado y haber muerto por ella. Jesús tiene derecho a dirigir la iglesia por el gran sacrificio que llevó a cabo. Deje que la frase «[...] Cristo es cabeza de la iglesia» se arraigue firmemente en su modo de pensar. Es tranquilizador para los miembros de la iglesia de Cristo ver en Éste a la cabeza de ella, pues el hacerlo así les recuerda acerca de la infalible guía que reciben. Ello debería también ser una razón para que los que no son cristianos formen parte de la iglesia -y así se sometan a la infalible dirección de Cristo.

Analícemos el tranquilizador tema acerca de "Cristo, la cabeza de la iglesia», mediante la consideración de las maneras como Ello es.

ES LA CABEZA POR CUANTO ES QUIEN TIENE LA AUTORIDAD

En primer lugar, Cristo es la cabeza de la iglesia por cuanto es Él quien tiene la autoridad. Él es nuestro Señor, y nos dirige por medio de Su ley. Después de Su resurrección de entre los muertos, y de Su ascensión a los cielos, fue sentado a la diestra de Dios en los lugares celestiales, «sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero» (Efesios 1.21). Dios «sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo [...]» (Efesios 1.22-23). Pablo recalcó esta misma verdad en Colosenses, cuando dijo: "y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud» (Colosenses 1.18-19). Según afirma el escritor de Hebreos, Dios nos va a hablar por medio de su Hijo durante los postreros días, es decir, durante la dispensación cristiana (Hebreos 1.1-2). Él exaltó a Cristo hasta lo sumo y le otorgó el nombre que es sobre todo nombre «para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que

Jesucristo es el Señor,[...]» (Filipenses 2.10-11). Las Escrituras nos tranquilizan diciéndonos que Cristo reinará como cabeza de la iglesia o rey del reino hasta el final de los tiempos, y después, cuando todo gobierno, toda autoridad, y poder sean abolidos, Él entregará el reino a Dios el Padre (1ª Corintios 15.23-24).

La iglesia de Jesús vive bajo Su autoridad y dirección.

Por más egocéntrica e individualista que sea la era actual, dentro de la iglesia de Cristo no hay quien pueda exigir que se cumplan sus caprichos. Nadie podrá decir «primero yo», y a la vez reconocer a Jesús como el Señor. Toda decisión que el cristiano tome, es una decisión espiritual, guiada por la obediencia al señorío de Cristo.

ES LA CABEZA POR EL EJEMPLO QUE NOS DA

En segundo lugar, Cristo es la cabeza de la iglesia por el ejemplo que nos da. Es el modelo perfecto de la obediencia a Dios. Él nos dirige mediante Su vida sin pecado.

Pedro dijo que Cristo no cometió pecado, y que ningún engaño fue hallado en Su boca. Cuando le maldecían, no respondía con maldición. Cuando padecía, no amenazaba (1 Pedro 2.21-23).

Cristo jamás tuvo necesidad de pedir perdón por error alguno que hubiese cometido. Jamás tuvo necesidad de retractarse de mala palabra alguna que pronunciara. Su corazón jamás conoció pensamiento pecaminoso alguno. Sus enemigos escudriñaron Su vida; pero no pudieron encontrar un solo pecado.

El que es cabeza de la iglesia es perfecto en carácter, como también en autoridad. La iglesia debe obedecer sus mandamientos e imitar Su vida. Juan escribió: «El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo» (1ª Juan 2.6). Es tan singular la dirección que Jesús le imprime a la iglesia, que Pablo pudo exhortar a los demás con estas palabras: «Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo» (1ª Corintios 11.1).

Visto de cierto modo, Cristo llegó a ser nuestro perfecto Salvador. Fue por medio de vivir una vida perfecta delante de Dios que llegó a reunir los requisitos de perfecta idoneidad para ser nuestro Salvador y fue de este mismo modo que pudo ofrendarle a Dios una vida en la que no había pecado, la cual podía hacer expiación (pago) por éste. El escritor de Hebreos manifestó: «Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen» (Hebreos 5.8-9).

Nathaniel Hawthorne escribió el relato que se conoce como «El gran rostro de la roca», el cual nos recuerda que llegamos a ser aquello que contemplamos; es decir, imitamos lo que admiramos. Cuenta el relato de Hawthorne que un rostro con apariencia de

bondad había sido esculpido en el costado de una montaña y miraba hacia un valle en el que vivía un pueblo oprimido.

La comunidad creía que alguien con un rostro semejante al de la gran roca, vendría un día como libertador de ellos. Había un chico de la aldea que meditaba continuamente en el rostro de piedra y lo hacía con grandes aspiraciones y deseos. Con el tiempo, a través de contemplar y admirar el rostro de la roca, el joven adoptó un parecido a éste, y la comunidad pronto lo reconoció como su libertador.

La verdad en el sentido de que llegamos a ser aquello que contemplamos, se cumple de modo especial en la relación de Cristo con la iglesia. Pablo dijo: «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2ª Corintios 3.18).

La iglesia de Cristo mira en la vida de Éste un modelo que enseña cómo vivir. Él es nuestra cabeza en cuanto al ejemplo. No sólo lo miramos como ejemplo, sino que también ponemos nuestros ojos en Él (Hebreos 12.2) a la vez que nos dirige con Su perfecta vida.

ES LA CABEZA POR SU AMOR

En tercer lugar, Cristo es la cabeza de la iglesia por Su amor. Él dirige y gobierna a Su pueblo con Su maravilloso amor.

La noche anterior a Su muerte, Jesús les dijo a Sus discípulos: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros» (Juan 13.34-35; énfasis nuestro). Les dijo, además: «Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado» (Juan 15.12; énfasis nuestro).

Este amor que Cristo tiene por Su pueblo lleva a Sus seguidores a adoptar tres actitudes. En primer lugar, causa que lo amen a Él. Juan dijo: «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero» (1ª Juan 4.19). En segundo lugar causa que los cristianos se amen unos a otros. Juan escribió: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos» (1ª Juan 3.16). En tercer lugar, causa que Sus seguidores hagan Su voluntad. Cristo dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Juan 14.15).

Cuando los ángeles miraban cómo se desenvolvía el ministerio terrenal de Cristo, debieron de haber estado llenos de asombro. El día anterior a Su muerte en la cruz, Jesús tomó un lebrillo y una toalla, y con amor y humildad ¡les lavó los pies a sus discípulos! El Rey de reyes se arrodilló delante de sus discípulos para servirles con amor.

Cristo no sólo se hizo hombre, sino que, también se hizo siervo de los hombres. Tomó la forma de un hombre y adoptó el estilo de vida de un siervo (Filipenses 2.7).

Juan comienza el relato de esta reveladora escena con estas palabras: «Sabido Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba [...]» (Juan 13.3). En otras palabras, en un momento en el que Cristo estaba especialmente consciente de Su autoridad, de Su posición, y el futuro que le esperaba, descendió al nivel de un siervo (se rebajó a Sí mismo), para llevar a cabo una labor propia de un siervo, lo cual era consecuente con la vida de siervo que había vivido. No hizo ostentación de Su supremacía y fortaleza, ni de Su poder, ni de Su posición. Aprovechó la experiencia para enseñarles a sus discípulos la lección de la humildad.

Como cabeza de la iglesia que es, ¡Él, amorosamente nos sirve con Su poder y autoridad! No fue que renunció a Su posición como Señor cuando les lavó los pies a Sus discípulos; sino que usó Su posición como Señor para servirles y para inspirar en ellos el espíritu de servicio.

Les dijo: «Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis» (Juan 13.13-15).

Jesús ha mostrado de la manera más sublime lo que el amor es, y cómo éste se manifiesta en verdad. Él dirige Su iglesia con Su amor. Cuando los cristianos viven en la atmósfera de Su amor, de modo que esto es lo que respiran, y a lo que responden, se tiene como resultado que son transformados en Su imagen. Con razón Juan dijo: «Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios» (1 Juan 4.7-8).

CONCLUSIÓN

No hay duda de que Jesús es la cabeza de la iglesia en cuanto a la autoridad, el ejemplo, el amor y el servicio. Él dirige a Su iglesia por medio de Su Señorío, Su perfecta vida, y Su irresistible amor.

La cabeza de cualquier organización o cuerpo, debe infundir la credibilidad, autenticidad y fortaleza que posee a la organización o cuerpo que dirige. Esto se cumple totalmente en lo que concierne a Cristo y a Su iglesia. El Cristo, el divino Hijo de Dios, le da Su inmaculada perfección, Su infinita sabiduría, Su incomparable integridad, y Su poderosa fortaleza a la iglesia, por Su condición de cabeza y dirigente de ella.

La iglesia de Cristo fue fundada por Cristo, es dirigida por Él, y

lleva Su nombre. Cualquier cualidad que Cristo posea, la imparte a Su iglesia; cualquiera que sea Su futuro, es el mismo que ella tendrá. Promete sustentarla en el presente y santificarla para el futuro, «a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha» (Efesios 5.27).

Habiendo sido Cristo el que creó la iglesia, el que le impartió a ésta Su amor y salvación, y el que la coronó con Su promesa de gloria eterna, ¿habrá quién no desee estar en ella?
¿Es usted parte de la iglesia que Cristo dirige?

Cómo formar parte de la iglesia

Lección 16,

Hay cosas que son muy caras; pero que realmente no son valiosas -por ejemplo: la ropa fina. Otras son baratas; pero muy valiosas -por ejemplo: la luz del sol y la lluvia. Aun otras son muy caras y, a la vez, muy valiosas -es en esta categoría que se clasifica la iglesia de Cristo.

El Nuevo Testamento no deja duda alguna acerca del inestimable valor de la iglesia. Hay por lo menos tres maneras como su valor se manifiesta:

En primer lugar, vemos su valor en el hecho de que su origen es divino. Fue en el concejo eterno de los cielos que los planes y propósitos para su fundación se elaboraron (Efesios 3.10-11), y fue por medio del ministerio terrenal de Jesús que su establecimiento se preparó (Mateo 4.17). La iglesia es el resultado de un cuidadoso proceso de planeamiento y previsión divinos. No es, como algunos piensan, una fallida solución alternativa.

En segundo lugar, vemos el valor de la iglesia en el altísimo precio que se pagó por ella. Nos dice Pablo, en su alocución a los ancianos de Efeso, que Cristo la ganó por su propia sangre (Hechos 20.28). La muerte de Cristo tuvo como propósito fundamental hacer realidad la existencia de la iglesia. Si el precio que se paga por una cosa es señal de su valor, entonces la iglesia, por el hecho de haber sido comprada con la sangre de Cristo, es indiscutiblemente el más valioso de todos los cuerpos terrenales.

En tercer lugar, vemos su valor en la suprema importancia que se le da. Cristo nos instó a buscar el reino de los cielos por encima de todos los demás intereses. Dijo: «También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró» (Mateo 13.45-46). No solamente asemejó la iglesia a una

perla preciosa; sino que ¡la asemejó a la más preciosa de las perlas!

Dado el supremo valor que tiene la iglesia neotestamentaria se comete el más grave de los errores al desestimarla. Tanto es así, que hasta un millonario sería como un huérfano, si no halla la iglesia del Señor para formar parte de ella. El más grande los hombres llega a ser el más pequeño por el hecho de estar fuera de ella.

En vista del indiscutible valor de la iglesia, la razón dicta que sinceramente nos preguntemos: «¿Cómo se llega a formar parte de la iglesia?». Tal vez no haya pregunta más grande que se pueda plantear. Dediquémonos a encontrar la respuesta que el Nuevo Testamento le da a esta pregunta.

LA RESPUESTA ES ANUNCIADA

Cristo fue claro y definitivo acerca de lo que Él deseaba que Sus discípulos hicieran para cuando ya estuviera de regreso en el cielo, cuando ya hubiera acabado Su ministerio terrenal. Son tres versiones bastante completas de Su comisión, las que recoge el Nuevo Testamento (Mateo 28.18-20; Marcos 16.15-16; Lucas 24.46-47). No tiene límite la importancia que se le quiera conceder a estas versiones de la comisión, pues en ellas, Cristo señala el rumbo que Sus discípulos deben seguir durante la totalidad de la era cristiana.

En primer lugar, el encargo que Cristo les hizo a Sus discípulos fue de amplitud universal, porque les dijo: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura» (Marcos 16.15). En segundo lugar, Cristo fue explícito en cuanto a las condiciones que las personas deben llenar para que la salvación se realice en ellas cada vez que el evangelio se les predique. En resumen, les dijo a los discípulos qué debían hacer, que debían ir; y también les dijo qué debían decir, que debían predicar el evangelio. Con las palabras «id» y «evangelio» les resumió el trabajo que debían hacer a partir de ese momento.

Según la versión de Marcos, cuando Cristo les dio la comisión, les recalcó la fe como condición que debían llenar los que respondieran. Les dijo: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado será salvo; mas el que no creyere, será condenado» (Marcos 16.15-16). Es claro que el bautismo también es una condición en esta versión de la comisión; sin embargo, el énfasis parece recaer sobre la necesidad de creer. Según la versión de Lucas, en otro momento que Cristo dio la comisión, el énfasis de ésta fue sobre el arrepentimiento. Esto fue lo que dijo: «Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén» (Lucas 24.46-47). El arrepentimiento, es decir, el volverse del pecado a Dios, habría de ser la idea más importante de las prédicas que sobre el evangelio se

hiciesen durante la era cristiana.

En la versión que presenta Mateo aparece Cristo dando la comisión desde un monte que estaba en Galilea, y en ella recalca el bautismo. Dijo: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28.18-20).

Resulta evidente, entonces, que hay tres condiciones que deben llenarse para que la salvación sea proporcionada, y ellas son: la fe, el arrepentimiento y el bautismo. Cada una de éstas fue explícitamente señalada por nuestro Salvador y recalcada por Él en las tres versiones de la gran comisión.

Estas tres condiciones son evidentes y fáciles de percibir. Nadie, que tome en serio la comisión dada por Jesús, las pasará por alto; sino que les concederá la importancia que tienen en el plan del Señor. Tales condiciones constituyen los términos o requisitos de entrada en el reino o iglesia del Señor. Ellas han de regir la totalidad de la era cristiana.

LA RESPUESTA ES ILUSTRADA

El Nuevo Testamento no sólo declara de modo inconfundible las condiciones que deben llenarse para obtener la salvación; sino que también las ilustra claramente en los Hechos de los apóstoles.

Al comienzo del libro se narra, por ejemplo, el emocionante episodio del establecimiento de la iglesia. En Hechos 2, una multitud de personas que habían sido compungidas por el sermón de Pedro, clamaron: «¿Qué haremos?». Fue la fe en Jesús lo que les movió a clamar de tal manera. En respuesta a su clamor Pedro les ordenó que se arrepintieran y se bautizaran para el perdón de los pecados (Hechos 2.38). Fueron tres mil los que se bautizaron aquel día (Hechos 2.41). En consonancia con lo anterior, esto es lo que Hechos 2.47b dice: «Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos». Más adelante, el grupo al cual fueron añadidos, se le refiere nuevamente con el término «iglesia» (Hechos 5.11). Nuestro Señor, en Su comisión final, declaró de modo expreso la fe, el arrepentimiento y el bautismo como las condiciones que se debían llenar para obtener la salvación que se había de proclamar. Las personas que llegaron a formar parte de la iglesia el día de Pentecostés, cumplieron con estas tres condiciones.

Otro ejemplo es el que se encuentra en Hechos 8. En la última parte de este capítulo, un ángel le dijo a Felipe que fuera hacia el sur para que continuara allí con su prédica (Hechos 8.26). Cuando llegó a cierta intersección, Felipe vio a un eunuco etíope que viajaba por el

camino a bordo de un carro (Hechos 8.27-28). Era éste un hombre muy religioso, pero no era cristiano todavía. A Felipe se le instruyó mediante el Espíritu Santo, que se le acercara y lo acompañara (Hechos 8.29). Después de correr hacia éste, descubrió que estaba leyendo el libro de Isaías; mas, sin entenderlo (Hechos 8.31). Felipe comenzó su explicación con el pasaje que el etíope estaba leyendo, y le develó lo concerniente a la persona de Cristo (Hechos 8.35), contándole, sin duda, todo lo relacionado con Su venida a este mundo y Su muerte por nuestros pecados.

Mientras viajaban juntos, hablando acerca de Cristo, pronto encontraron cierta agua. El etíope preguntó: «¿Puedo ser bautizado?». En vista de que el etíope ya creía, era apropiado que se bautizara. Detuvieron el carro y descendieron al agua, y Felipe sumergió al etíope (Hechos 8.38). Después de su bautismo, el etíope siguió gozoso su camino.

Una vez más, eran llenadas las condiciones para salvación que nuestro Señor había establecido. La fe en Cristo llegó a ser una realidad como resultado de la prédica de Felipe (Hechos 8.35-36). El etíope era un religioso que estaba tratando sinceramente de hacer la voluntad de Dios. Por lo tanto, no hay duda de que había arrepentimiento en él, el cual mostró al aceptar el mensaje acerca de Cristo, que Felipe le predicó. En este relato se presenta el bautismo más claramente que en ningún otro del libro de Hechos. Tanto Felipe como el Eunuco descendieron al agua, y Felipe le sumergió.

El versículo 37, de Hechos 8, no aparece en muchos manuscritos confiables de Hechos. Esto ha llevado a la conclusión de que este versículo no sea parte del texto original del Nuevo Testamento. Debe reconocerse, no obstante, que la declaración principal que se plantea en este versículo, como palabras dichas por Felipe, es la idea más natural que se podría expresar en tales circunstancias. El eunuco etíope no conocía de Cristo, ni acerca de quién era que el profeta escribía. Luego, tan sólo después de una conversación acerca de Cristo, el eunuco ya quería ser bautizado. Por ende, la declaración que dice: «Si crees de todo corazón» es de lo más apropiada y jamás podrá estar fuera de lugar en los preparativos que se hacen para el bautismo. La confesión en el sentido de que Cristo es el Hijo de Dios es una afirmación de fe y se desprende de la condición que señala la gran comisión acerca de la necesidad de creer.

Imagínese que vive usted en un reino y que conoce al rey, con quien tiene una relación de amistad personal. Un día, mientras sostiene una conversación con éste, le dice a usted que si le vuelve a hacer una visita, le perdonará su deuda por concepto de impuestos. Usted recibe la noticia con gozo y decide volver en un mes. Al tiempo, vuelve usted a visitar al rey, contando con el perdón de su deuda. Cuando llega al palacio, alguien le dice que el rey se ha ido de viaje a otro país. Usted le explica al guarda de palacio, lo que el rey le dijo: que su deuda por concepto de impuestos sería perdonada si usted

volvía a visitado. El guarda de palacio le dice: «El rey ha hecho arreglos especiales para usted». Luego lo lleva a una habitación en la que se encuentran doce administradores a los que usted les plantea su petición. Como respuesta le explican: «Cuando el rey estaba aquí, tenía la facultad de perdonar deudas por concepto de impuestos con sólo decir una palabra; pero, como tuvo que irse dejó estipuladas las condiciones bajo las cuales tal deuda habría de ser perdonada. Ahora deberá obedecer usted a las estipulaciones. Lo primero que debe hacer, es regresar a su casa; luego debe escribirnos una carta contándonos su historia; hecho lo anterior, debe hacer una lista de los miembros de su familia; y por último, debe firmar la carta en presencia de tres testigos. Cuando haya cumplido usted las anteriores condiciones, su deuda será perdonada».

Compare la anterior ilustración con lo que Cristo ha hecho en la realidad. Cuando Él estuvo aquí, a menudo perdonó pecados con sólo decir una palabra. Por ejemplo, perdonó al malhechor en la cruz (Lucas 23.43). No obstante, cuando ya estaba a punto de salir de esta tierra y regresar a los cielos, estipuló las condiciones bajo las cuales la salvación sería impartida a la gente durante la era cristiana. Además, indicó que Su comisión habría de tener vigencia hasta el fin del mundo (Mateo 28.20). Ahora que el rey se ha ido, están vigentes las condiciones por Él estipuladas para el perdón.

LA RESPUESTA ES APLICADA

Estas condiciones de admisión en la iglesia deberían aplicarse a cada uno de nosotros. La comisión final que Cristo dio no ha sufrido modificación alguna. Se mantiene íntegra, exactamente igual a la que era, cuando fue dada. Las condiciones para la salvación que se han estipulado para los que vivimos hoy día, son precisamente las mismas que fueron estipuladas para los que oyeron el primer sermón predicado por Pedro. Es Cristo quien establece las condiciones para pertenecer a la iglesia, como también es Él quien añade los nuevos miembros a ésta. Los argumentos e instrucciones de los hombres no alteran Su última voluntad y testamento. El Rey se fue, y las condiciones que deben llenarse para la era cristiana, son las que Él estableció.

¿Ha cumplido usted las condiciones que Cristo estableció para formar parte Su iglesia? ¿Ha creído usted?

La fuente de la fe es la Palabra de Dios (Romanos 10.17). La sabiduría, el conocimiento o logros de los hombres, no pueden producir fe. ¿Cree usted en Dios? ¿Cree usted que Cristo es Su Hijo y el Salvador de la humanidad?

¿Se ha arrepentido usted de sus pecados (Hechos 17.30-31)?
¿Se ha vuelto usted de andar en pos del pecado para andar en pos del Dios viviente? ¿Se ha consagrado de corazón a la voluntad de Dios sin importar lo que ello signifique ni dónde le lleve?

¿Ha expresado usted públicamente que cree en Jesús como Hijo de Dios y como Señor (Romanos 10. 10)? ¿Ha confesado con su boca que Jesús es el Salvador y el Señor?

¿Ha sido bautizado usted? El bautismo que la gran comisión señala, es el que se lleva a cabo por inmersión (Romanos 6.4), es en Cristo (Romanos 6.3; Gálatas 3.27), es para el perdón de los pecados (Hechos 2.38; 22.16) Y es en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo (Mateo 28.19-20). ¿Se ha bautizado usted según el modelo neotestamentario?

Si uno llena hoy día las condiciones que Cristo estableció en Su comisión final, ¿no es razonable creer que nuestro fiel Señor y Salvador lo añadirá a Su iglesia o reino? No hay nadie con autoridad ni argumentos suficientes para declarar innecesarias las condiciones que el Señor estableció. No debemos permitir que se las reemplace, ni se las adultere. Nuestro compromiso con Cristo no debe dar cabida a nada más que a la obediencia.

CONCLUSIÓN

¿Ha sido admitido usted en la iglesia del Nuevo Testamento? ¿Le gustaría formar parte de ella hoy?

Queda claro, pues, que cualquier persona que de corazón acate las condiciones establecidas por el Señor, puede pertenecer a la iglesia de la que habla el Nuevo Testamento. Esto es buenas nuevas que constituyen, sin lugar a dudas, el más grande y magnífico motivo de gozo para nosotros. Todas las naciones, todas las razas y todas las personas pueden formar parte del reino de Cristo y ser uno en Él (Efesios 2.14).

La cordura nos dicta que comencemos bien la construcción de nuestro edificio espiritual; y el primer paso que debemos dar, consiste en asegurarnos de que el fundamento sea el correcto. Si usted no ha cumplido aún las condiciones que el Señor establece para la salvación, decídase, entonces, a cumplir la totalidad de ellas y no se demore en hacerlo. Forme parte del reino del Señor, y viva de ahora en adelante como ciudadano de este reino únicamente.

La iglesia de Cristo no tendrá valor alguno para usted, mientras no forme parte de ella.

La unidad de la iglesia

Lección 17,

T.B. Larimore, un predicador del evangelio, cuyo espíritu de mansedumbre y cristianismo era reconocido por todos los que le

conocían, ilustraba la unidad familiar de la iglesia de Cristo con lo que dice Salmos 133.1: «¡Mirad cuán bueno y cuán [agradable] es habitar los hermanos juntos en armonía!». Decía que algunas cosas son buenas; pero no agradables. Por ejemplo, una cirugía para extirpar un crecimiento canceroso le salva la vida a uno y por ello es buena; pero no agradable para el paciente. Decía, además, que lo contrario también se da, es decir, que algunas cosas son agradables; pero no buenas. La recreación es agradable y se disfruta de ella en ocasiones especiales; sin embargo, la continua recreación sería disolución. Por último, el hermano Larimore hacía notar que pocas cosas hay en este mundo, que se las pueda considerar buenas y, a la vez, agradables; es decir, cosas que sean verdaderamente beneficiosas para nosotros, y que al mismo tiempo se disfrute de ellas al experimentarlas. La conclusión a la cual llegó, es que ambas cualidades se encuentran en la unidad de Cristo, en los hermanos que moran juntos en armonía. ¿Quién de nosotros se atrevería a estar en desacuerdo con T.B. Larimore?

Según el Nuevo Testamento, la unidad en Cristo no sólo es buena y agradable para nosotros, sino que, aún más importante, es buena y agradable para Dios. Justo antes de que Jesús fuera traicionado y entregado en mano de hombres inicuos, en la noche más oscura de la historia de la humanidad, Él oró por la unidad de aquellos que creerían en Él en el futuro. Esto fue lo que pidió en oración a Su Padre: «Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste» (Juan 17.20-21).

Si a usted lo tuvieran programando para ser ejecutado el día de mañana, y se arrodillara a orar esta noche, ¿qué diría en oración? ¿Pediría que se le cumplieran sueños triviales, sin importancia? ¿No oraría, más bien, pidiendo para usted la más soñada e importante de las aspiraciones del mundo? Cuando leemos la oración en la que Cristo rogó por la unidad, la noche antes de ser crucificado ¿seremos capaces de apreciar cuánto valoró Él tal unidad? La unidad de los creyentes debió de haber sido el más acariciado e importante de los anhelos del corazón de Jesús; de lo contrario, no hubiera orado pidiendo por ella la noche anterior a su muerte.

Cuando Pablo le escribió a la terriblemente dividida iglesia que estaba en Corinto, la cual adolecía de numerosos problemas y debilidades, comenzó por hacerles un vehemente llamado a la unidad: «Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer» (1ª Corintios 1.10). En los tiempos que Pablo les escribió a los corintios, entre el 54 y el 56 d.C., no existían las sectas. La única iglesia que existía era la iglesia del

Señor, y Pablo, inspirado por el Espíritu Santo, les decía a los miembros de la iglesia de Dios que estaba en Corinto, que habitaran juntos en unidad. Hay que notar que no solamente rogó por esta unidad, sino que rogó por ella en el nombre mismo de Jesucristo.

Echémosle una mirada a la unidad de la iglesia con mayor detalle. De los dos pasajes ya citados, se desprende, obviamente, que la iglesia de Cristo ha de distinguirse por una hermosa unidad, pero, ¿qué clase de unidad es la que debe tener? ¿Cuáles son las características de ella? Un entendimiento más claro de esta unidad por la que Jesús oró, debería ayudarnos a tener una comprensión más profunda de la iglesia en sí.

UNIDAD POR LLEGAR A SER PARTE DE UN CUERPO

En primer lugar, tratemos de entender la unidad que Dios le da al cuerpo de Cristo; unidad que hace que este cuerpo sea un solo pueblo. El Nuevo Testamento habla de una unidad que resulta naturalmente del hecho de estar en Cristo, y que es, además, el fundamento de esta relación. Esta unidad ocurre por la gracia de Dios cuando uno llega a formar parte del cuerpo de Cristo. Cualquiera que verdaderamente haya llegado a ser miembro del cuerpo de Cristo, ha sido bendecido con esta unidad.

Las dos comunidades más importantes en que se dividía el mundo del Nuevo Testamento, eran la gentil y la judía. La brecha que separaba a estos dos grupos era tan amplia como cualquiera que podría existir entre dos razas de hoy día. A pesar de ello, Pablo afirmaba que los judíos y los gentiles habían llegado a ser uno en Cristo:

Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, [...] (Efesios 2.14).

[...] para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades (Efesios 2.15-16).

Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús (Gálatas 3.28).

Cristo, por medio de Su muerte en la cruz, ha hecho de todos los pueblos que vienen a Él, uno solo, independientemente de los antecedentes y de la raza de ellos. Los judíos y los gentiles, dos razas distintas, fueron creadas otra vez para formar una nueva raza de hombres, a los cuales se les ha llamado cristianos. Cristo no hizo gentiles a los judíos, ni judíos a los gentiles. Él no elevó al gentil a la posición de privilegio que ocupa el judío; y tampoco rebajó al judío a la posición del gentil. Elevó a los dos, al judío y al gentil, a una posición celestial en Cristo, la cual trasciende todo privilegio o

posición que se les haya prometido, o haya poseído alguno de los dos. El judío había de olvidar que-era judío, y el gentil, que era gentil.

Lo mismo ocurre en la iglesia de hoy día. Lo único que debe ocupar la mente de cada persona es su identidad en Cristo. Cristo es el Salvador y el Señor de todos los cristianos. En esta divina unidad, toda diferencia nacional, racial, social y familiar, es eliminada.

Por medio de Cristo, las personas son reconciliadas -o unidas nuevamente- con Dios (Colosenses 1.20). También, por medio de la reconciliación, los cristianos son reconciliados entre sí y están siendo «edificados para morada de Dios en el Espíritu» (Efesios 2.22). Para que una persona pueda ser unida con otra, las dos deben ser unidas, primero, con Dios.

La historia de la humanidad está repleta de ejemplos de pueblos, tales como los normandos y los sajones, los cuales estuvieron continuamente en guerra el uno contra el otro. La hostilidad y el odio era lo que perpetuamente los caracterizaba. Con el paso de los siglos, no obstante, tales pueblos llegaron a mezclarse y se dieron entre ellos casamientos, hasta que, pasado un tiempo, las dos comunidades llegaron a ser una sola. Así, las naciones separadas, como comunidades con características propias, dejaban de existir. Las guerras, por supuesto, terminaban, pues cesaba la división que había entre ellas. El entremezclado de las dos comunidades producía una nueva comunidad de personas que se amaban y se respetaban unas a otras.

De modo parecido, en Cristo son derribadas todas las divisiones y barreras humanas; un nuevo cuerpo de personas es creado por la maravillosa gracia de Dios. En su cuerpo, la gente ya no ve judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni rico ni pobre, ni hombre ni mujer, ni blanco ni negro. Los cristianos sólo ven que todos son «uno en Cristo Jesús» (Gálatas 3.28b).

Para entender la unidad que hay en Cristo debemos, pues, conocer primero acerca de la unidad con que los cristianos son bendecidos cuando entran en Su cuerpo. Es apropiado e, incluso necesario, decirles a los nuevos cristianos, cuando entran en el cuerpo de Cristo, que ahora son uno con todos los demás miembros de Su cuerpo. La iglesia debe pensar y actuar en consonancia con esta verdad. Dejan de tener importancia los rangos, las barreras, las divisiones y las tribus, cuando se forma parte del cuerpo de Cristo. Todos los miembros han llegado a ser uno con Cristo y uno entre ellos.

UNIDAD EN LO QUE SE ENSEÑA

En segundo lugar, en Cristo hay unidad en la enseñanza. Es una unidad que, aunque el Espíritu Santo la da cuando las personas entran en el cuerpo de Cristo; es mantenida por la obediencia de

cada miembro a las enseñanzas de las Escrituras.

A los cristianos los une el hecho de seguir una misma enseñanza y tener una misma fe. Lejos está el cuerpo de Cristo de ser una agrupación de personas a las que guíen creencias infundadas acerca de Dios, y vagas especulaciones acerca de la vida. Los miembros de Su cuerpo están unidos por la divina revelación que Dios hizo de la verdad.

Cuando Pablo se refirió a la unidad de la iglesia de Cristo, instó a los cristianos a preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Mencionó siete «unos», los cuales constituyen el fundamento de enseñanzas que mantiene la unidad del cuerpo de Cristo. Dijo: «[Hay] un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos» (Efesios 4.4-6). El cuerpo al cual se refiere es el cuerpo espiritual de Cristo, la iglesia (Efesios 1.22-23). El Espíritu del que habla, es el tercer miembro de la Deidad, quien nos dio la revelación de las Escrituras. Cuando habla de «una misma esperanza», se está refiriendo a la esperanza eterna que ha sido sembrada en el corazón de todo cristiano por medio del evangelio (Colosenses 1.23). Cuando dice «un Señor», es de Cristo, el Hijo del Dios viviente, de quien está hablando; el Único que murió por nuestros pecados y que fue resucitado para nuestra justificación. También habla de «una fe», la cual es la creencia en Cristo y en Su palabra, la fe que viene por oír el testimonio de las Escrituras (Romanos 10.17). Cuando dice «un bautismo», se trata del mismo bautismo que Cristo ordena en la gran comisión y que seguirá vigente hasta el fin de la era cristiana (Mateo 28.19-20). Aquel al que llama «un Dios» es, por supuesto, el Dios eterno, el Creador y Sustentador de la tierra, el único y verdadero Dios viviente. R. Bell, hablando acerca de los siete «unos», dijo: «Ante estos hechos definitivos e inalterables, sólo cabe una de dos respuestas: o se los repudia; o se los acepta. No hay otra reacción posible; no se podrá auto denominar cristiano el hombre que rechace uno solo de ellos».

Una cosa es la unión; y otra, la unidad. La unión bien puede lograrse por la fuerza; pero la unidad, sólo en la devoción puede hallarse. La unión puede crearse atando con cuerdas a una persona con otra; pero la unidad, sólo se produce cuando los corazones son atados con la fe y el amor. Las personas que están divididas por su manera de pensar y su voluntad, bien pueden experimentar cierto grado de unión; sin embargo, la única manera de lograr plena convivencia en un mismo parecer, es mediante el hablar las mismas verdades y el adoptar todos un mismo pensamiento y criterio.

Pablo no se limitó a rogar por la unidad en 1ª Corintios 1.10; sino que fue más allá y precisó la clase de unidad por la cual rogó: una unidad que les permitiera hablar una sola cosa; una unidad completa,

en la que no hubiera divisiones, y en la que todos fueran de una misma mente y un mismo parecer. Es la clase de unidad que se produce mediante la sumisión a la voluntad de Cristo. Según se narra en Hechos 2, el día que la iglesia fue establecida, todas y cada una de las personas convertidas se sometieron al mensaje del Espíritu que presentaron hombres inspirados. Esta sumisión dio como resultado una unidad cuyo fundamento lo constituía el hecho de que todos tenían una misma fe en la enseñanza dada por Dios: «Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles [...] Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas» (Hechos 2.42- 44). Precisamente porque buscaba reforzar tal unidad, Pablo les escribió a los hermanos que estaban en Filipos: «Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa» (Filipenses 3.16).

UNIDAD EN LA VIDA DIARIA

En tercer lugar, la unidad debe observarse en la vida cotidiana del cuerpo de Cristo. La unidad que da el Espíritu Santo cuando formamos parte de Cristo, es preservada, no sólo mediante la obediencia de cada miembro a las llanas enseñanzas de las Escrituras, sino también, mediante la adopción, por parte de cada miembro, de un enfoque práctico, de sentido común, al convivir juntos en un sólo acuerdo en Cristo.

Pablo exhortó a los hermanos filipenses a convivir juntos en amor y armonía. Les dijo: «Completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa» (Filipenses 2.2). Más adelante dijo: «Ruego a Evodia y a Síntique, que sean de un mismo sentir en el Señor» (Filipenses 4.2). Para aplicar estos versículos es necesario que cada miembro del cuerpo de Cristo viva según las enseñanzas de la Biblia. Para preservar la unidad los cristianos, a veces, tienen que reservarse para sí mismos sus opiniones y deseos.

La iglesia no debe exigir jamás que un hermano haga algo que viole su conciencia. Pablo dijo: Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano (Romanos 14.13). Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación. Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban, cayeron sobre mí (Rom. 15.1-3).

Para que la unidad sea una realidad en la práctica, a menudo se requiere hacer concesiones mutuas. El egoísta jamás podrá experimentar unidad con los demás. Vivirá siempre encerrado en las cuatro paredes del mundillo de sus exigencias egoístas. No podrá él salir de ese mundo, para tener verdadera comunión con los demás, y nadie podrá entrar allí para tener verdadera comunión con él.

Se trata de una unidad práctica, la cual se origina en el esfuerzo que hace cada miembro del cuerpo de Cristo, por considerar a su hermano o a su hermana con amor y bondad. El cristiano debe ser menos exigente en cuanto a sus opiniones y deseos. Se abstendrá de hacer cualquier cosa que nazca del egoísmo o de la vanagloria, y en lugar de ello ha de considerar, humildemente, a los demás como superiores a él mismo (Filipenses 2.3). Debe abstenerse de mirar por lo suyo propio; y mirará por lo de los otros (Filipenses 2.4). Al vivir así, estará mostrando, de modo singular, el sentir de Cristo (Filipenses 2.5-8).

CONCLUSIÓN

El cuerpo de Cristo ha de caracterizarse, por lo tanto, por la unidad. Esta unidad es de carácter triple: los cristianos están unidos por formar un sólo cuerpo, por creer en una sola enseñanza y por tratarse entre sí con consideración en su vida cotidiana. Se trata de la unidad que se produce por la gracia de Dios, cuando los nuevos cristianos llegan a formar parte de Su cuerpo. Se preserva y se experimenta por medio del compromiso que adquiere la totalidad del cuerpo con las enseñanzas de las Escrituras. La unidad es una realidad en la iglesia cuando todos y cada uno de los miembros se preocupan por la vida espiritual de sus semejantes cristianos.

Dios se ha propuesto subsanar toda la escandalosa discordia que hay en el mundo, mediante la realidad de la armonía que se puede hallar en Cristo: «Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz» (Colosenses 1.19-20). Cristo nos llama, mediante Su evangelio, a esta unidad que hay en Su cuerpo. Dios la planeó (Efesios 3.6), Cristo oró por ella e hizo lo necesario para que fuese posible (Juan 17.21; Efesios 2.16), Pablo rogó por ella (1 Corintios 1.10), y el Espíritu la realiza (Efesios 4.1-6).
¿No deberíamos aceptar esta unidad mediante el recibir la bendición que ella significa y el vivir en ella?

La recompensa y el castigo eternos

Lección 18,

Uno de los conceptos más difíciles de entender para nosotros, es el de la eternidad, el de una existencia que nunca termina. Estamos tan acostumbrados a la idea de que todo lo que hay en nuestro universo material, es decir, todo lo que podemos ver y tocar, tiene un comienzo y tiene un fin, que puede resultar abrumador el tratar de entender el concepto de eternidad. En vista de que el concepto de

eternidad se encuentra fuera del ámbito de nuestra experiencia sensorial, el comprenderla es tarea casi imposible para nosotros.

Puede que para nosotros resulte atractiva la idea de que Dios nos dará un cielo con las maravillas que a éste le acompañan, y nos parece que así será aun a sabiendas de que lo que hicimos en esta breve vida jamás nos haría merecedores del derecho a estar allí por toda la eternidad. Al mismo tiempo, puede que no estemos de acuerdo con la idea de sufrir los horrores del infierno, porque nos parece que lo que hicimos en esta breve vida no pudo haber sido tan malo como para merecer un castigo eterno. Tal vez seamos de la opinión que los justos son merecedores de la misericordia y la gracia de Dios, más que los injustos, de Su venganza.

Algunos cometen el error de creer que la idea de castigo eterno contradice los atributos del amor, la misericordia y la gracia de Dios. Es por esto que buscan la manera de interpretar la Biblia de una manera que sea consecuente con la imagen de un Dios que es sólo amor, compasión y comprensión (1ª Timoteo 1.2; 1ª Juan 4.8). Pasan por alto la otra faceta de Dios -la de un Dios que también es ira y venganza. (*1) Dios aborrece la maldad (Hebreos 1.9), se muestra severo (Romanos 11.22), y es «fuego consumidor» (Hebreos 12.29). Esto es lo que leemos: «Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado» (Romanos 11.22). Hebreos 10.31, dice: «¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!».

(*1) Romanos 1.18; 2.8; 3.5; 12.19; Efesios 5.6; Colosenses 3.6; 2 Tesalonicenses 1.8.
--

En el Nuevo Testamento se representa la bondad de Dios en la forma como Él trató a Pedro (Lucas 22.31-32), a Pablo (1ª Timoteo 1.15-16) Y a otros. Su ira se manifiesta en las muertes de Ananías y Safira (Hechos 5.1-10), y de Herodes (Hechos 12.20-23). A éstos los mató por causa de su maldad.

Las maneras como Dios trató a los desobedientes, muestran que Él es capaz de castigar severamente. Los que ven a Dios como un Dios de amor solamente, pasan por alto el profundo desagrado que a Él le produce el pecado, y la severidad con que castiga a los que no se someten a Su voluntad.

UNA VISIÓN ADELANTADA DEL CASTIGO

Aunque no nos gustaría que los placeres de esta vida llegaran algún día a su fin, sí quisiéramos que el sufrimiento cesara de inmediato. No se considera que sea castigo lo placentero y lo agradable. Por esta razón, la única manera de aplicar el castigo por hacer lo malo es por medio de hacernos sufrir lo que nos resulta

desagradable. Si lo que Dios dice que hará, parece doloroso, así debe esperarse que sea. ¿De qué otra manera podría Dios castigar al hombre pecaminoso?

¿A qué se asemejará el castigo?

Como ya lo establecimos, la Biblia enseña que el castigo que se aplicará a los malos al final de los tiempos, será un castigo eterno. No podemos imaginar cómo será tal «castigo eterno» (Mateo 25.46).

¿Será aniquilación?

Algunos enseñan que nadie será castigado por la eternidad. Creen que con «castigo eterno» se da a entender que los desobedientes serán aniquilados. Para ellos el castigo eterno consiste en dejar de existir. Basan su doctrina en versículos que declaran que los impíos serán destruidos o que recibirán destrucción eterna (Mateo 10.28).

La palabra griega *apollumi*, la cual se traduce por «destruir» en Mateo 10.28, también se traduce por «perecemos» en Mateo 8.25, y por «perdido» en Lucas 15.4,6. Los odres a los cuales Jesús aludió en Mateo 9.17, serían arruinados, pero no aniquilados; y la oveja, la moneda y el hijo que estuvieron perdidos (*apollumi*), fueron encontrados (Lucas 15.6, 9, 24). Jesús vino «a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19.10), y Él prometió que «el que [perdiera] su vida por causa de [El], la [hallaría]» (Mateo 10.39). Lo que ha sido aniquilado no puede ser encontrado ni salvado. En todos los contextos en que aparece, se llega a la misma conclusión, y ésta es, que la palabra *apollumi* significa «estar perdido», «arruinar», «perecer» o «destruir»; pero no, «ser aniquilado».

Los impíos continuarán siendo castigados sin fin, por toda la eternidad: «y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo ni de día ni de noche» (Apocalipsis 14.11). La misma descripción se presenta en Apocalipsis 20.10, del castigo que sufren el diablo, la bestia y el falso profeta, los cuales habían sido arrojados al lago de fuego anteriormente, en Apocalipsis 19.20. Si el lago de fuego aniquilara a los que fueren arrojados en él, entonces la bestia y el falso profeta, que habían sido arrojados allí anteriormente, debían de estar incinerados para cuando el diablo fue arrojado, más de mil años después (Apocalipsis 20.2-3). Según la visión, ellos todavía estaban en el lago de fuego y continuaron siendo atormentados allí «día y noche por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 20.10).

Los que rechacen la gracia de Dios que se ofrece bajo el nuevo pacto, serán considerados merecedores de un castigo peor que el que se aplicaba a los que en Israel violaban la ley de Moisés (Hebreos 10.29). En vista de que el peor castigo que se le aplicaba al que violaba la ley de Moisés era el de la muerte, debe haber, bajo el nuevo pacto, un castigo al que se le ha de temer más. Ese

castigo es el infierno.

¿Será real el castigo?

El infierno (*2) (del griego gehenna) es un lugar real, del cual, Jesús es el único que hace mención, (*3) excepto por una referencia en Santiago 3.6. Es importante hacer notar que una clara diferencia existe entre lo que se conoce como el Hades, el estado intermedio de los muertos, y el infierno, el lugar donde los impíos serán castigados.

(*2) La palabra Gehenna es una transliteración, al griego, de una palabra hebrea, la cual combina dos palabras de este idioma, que significa valle, e Hinom, el nombre del propietario del valle.

(*3) Véase Mateo 5.22, 29-30; 10.28; 18.9; 23.15, 33; Marcos 9.43, 45,47; Lucas 12.5; Santiago 3.6.

La primera vez que se usó la palabra gehenna, fue para referirse a un barranco situado al lado sur de Jerusalén, el cual pertenecía a los hijos de Hinom. El lugar se había hecho abominable y odioso para Dios y para los hombres, debido a que ciertos adoradores idólatras habían quemado a sus hijos allí (*4) Así, en los tiempos de Jesús, llegó a ser el vertedero en el que se depositaba la basura de Jerusalén. Era un lugar maloliente, estaba infestado de gusanos y continuamente echaba humo, el cual era el producto de continuos fuegos. Jesús usó la palabra gehenna como una descripción certera del lugar de castigo para los impíos.

(*4) Véase 2ª Reyes 23.10; véase 2ª Crónicas 28.3; 33.6; Jeremías 7.31-32; 19:6.

Habló del fuego del Gehena refiriéndose a éste como a un horno de fuego (Mateo 13.42, 50). Se trata de un fuego eterno que no puede ser apagado (Mateo 3.12; 18.8; 25.41; Marcos 9.48). (*5) También dijo que el «gusano» que habrá allí no morirá. Si el fuego y los gusanos consumieran los cadáveres, entonces el fuego cesaría y los gusanos morirían por no tener más que consumir. Aunque posiblemente no fue el propósito de Jesús que el fuego y los gusanos se tomaran literalmente, sí resulta manifiesto el uso de términos que indican la naturaleza interminable del castigo.

(*5) Véase Marcos 9.43; Lucas 3.17.

Si el fuego al que se refería no es literal, ¿por qué usó Jesús la palabra «fuego» repetidamente? Por otro lado, ¿cómo iba Él a poder describirnos de una manera comprensible cómo sería el castigo de las almas, si no era por medio de términos referidos a realidades físicas? Tal vez, la razón por la cual también el cielo es descrito en términos referidos a realidades concretas, se encuentre en el propósito de darnos una idea de su belleza. Jesús debió de haber

usado términos concretos porque deseaba que comprendiéramos los horrores del infierno.

¿Qué clase de castigo se sufrirá en el infierno? ¿Qué les espera a los desobedientes?

- 1) A los que están siendo enviados al infierno se les dirá: «apartaos» (Mateo 7.23; véase 25.41; Lucas 13.27). Serán separados de Dios.
- 2) Los que estén en el infierno serán castigados por medio de estar excluidos de la presencia de Dios (2ª Tesalonicenses 1.9). Esto puede ser una señal de que Dios no los verá, ni los oír, ni los ayudará.
- 3) El diablo y sus ángeles, como también toda persona impía que haya vivido, estarán en el infierno (Mateo 25.41).
- 4) El infierno es un lugar de tormento con fuego y azufre (Apocalipsis 14.10; véase 20.10; 21.8).
- 5) Los que estarán en el infierno continuarán siendo destruidos (2ª Tesalonicenses 1.9).
- 6) No se les permitirá entrar en el reino eterno de Dios (1ª Corintios 6.9; Gálatas 5.21).
- 7) Estarán sufriendo la ira de Dios (Mateo 3.7; véase Romanos 2.5; 5.9; Efesios 5.6; Colosenses 3.6). Ésta será derramada pura (Apocalipsis 14.10).
- 8) Estarán en la más completas tinieblas de afuera (Mateo 8.12; véase 22.13; 25.30; 2 Pedro 2.17; Judas 13).
- 9) Recibirán condenación (Marcos 16.16; Juan 5.29; 2ª Tesalonicenses 2.12; 2 Pedro 2.3).
- 10) Estarán en un estado de corrupción (Gálatas 6.8).
- 11) Sufrirán la venganza de Dios (Romanos 12.19). La reacción de los que estarán siendo castigados es indescriptible: Estarán sufriendo tribulación y angustia (Romanos 2.9). Jesús dijo que habrá lloro y crujir de dientes, lo cual describe un intenso dolor (Mateo 8.12; 13.42, 50; 22.13; 24.51; 25.30; Lucas 13.28).

Todo lo que se dice acerca del infierno es horrorosamente malo; nada bueno se dice. Los que van allí, tendrán que asociarse por siempre con toda persona malvada que haya vivido, como también ¡con el diablo y sus ángeles (Mateo 25.41)! No estarán nunca más con Dios ni con los justos. Vivirán en tinieblas para siempre. Dios, quien es luz, estará ausente. El sol, las galaxias, las estrellas y toda luz del universo dejará de existir. Sin Dios, ni estas luces, sólo habrá tinieblas.

¿Quiénes irán al infierno?

La Biblia dice quiénes serán castigados. Pablo los describe como los de corazón endurecido y no arrepentido, los que son «contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia», y los que hacen lo malo (Romanos 2.5, 8-9). También escribió que en este grupo se incluye «a los que no conocieron a

Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (2ª Tesalonicenses 1.8). Pablo dio varias listas de personas que no irán al cielo, lo cual significa que irán al infierno (1ª Corintios 6.9; vea Gálatas 5.21; Efesios 5.5). Por las vidas que han vivido, el infierno será su morada eterna.

Con razón el Nuevo Testamento habla acerca del temor. Esto fue lo que Pablo escribió: «Conociendo pues el temor del Señor, persuadimos a los hombres» (2ª Corintios 5.11). Hablando de lo mismo, esto fue lo que Pedro escribió: «y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación» (1ª Pedro 1.17). Jesús dijo: «no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno» (Mateo 10.28). Pablo también escribió lo siguiente: «Por lo tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor» (Filipenses 2.12).

«El perfecto (la palabra griega que se traduce para “perfecto” es “telios”, la cual significa “maduro”) amor echa fuera el temor» (1ª Juan 4.18), y el perfecto amor nos mantendrá obedientes (Juan 14.15, 21; 1ª Juan 5.3). Deberíamos cultivar tanto el amor, como el temor a Dios. Nuestro amor a Dios debería acercarnos a Él para servirle, y nuestro temor debería movernos a respetarlo lo suficiente para hacer Su voluntad (1ª Pedro 1.17).

Todo lo que se ha expresado debería ser suficiente para convencernos de no querer ir al infierno. No es un lugar que haya sido creado para nosotros, sino para el diablo y sus ángeles. Debido a los problemas que éste ha causado a través de la historia del mundo, merece por siempre el infierno más ardiente y eterno que Dios pueda preparar. Al decir esto, sin embargo, debemos reconocer que los que no obedecen a Dios, sino que siguen al diablo, merecen más que una ligera reprensión por sus pecados.

Nuestro más grande objetivo en la vida debería ser el llegar al cielo y escapar del castigo del infierno. El lugar más pequeño en el cielo, si es que hay algún lugar pequeño ahí, es preferible a pasar la eternidad en el mejor lugar del infierno, si es que hay algún lugar mejor allí. Podemos evitarnos los horrores del infierno por medio de vivir como Dios desea que vivamos, y de ayudar a otros a prepararse para ir al cielo.

UNA VISIÓN ADELANTADA DEL CIELO

Una emocionante promesa que Jesús hizo es la siguiente: «vuestro galardón es grande en los cielos» (Mateo 5.12; Lucas 6.23). Los que somos cristianos tenemos esperanza (Efesios 4.4) de una vida en el cielo que sobrepasa abundantemente en gloria a esta vida,

lo cual es una bendición que hace que valga la pena ser cristianos. No existe otro grupo de gente que tenga tantos cánticos acerca del cielo, ni que cante tan a menudo acerca de un hogar futuro. Nuestra esperanza de un cielo nos lleva con gozo en medio de las muchas tribulaciones y cargas que hundan a otros en la tristeza y la desesperanza (1ª Tesalonicenses 4.13).

Jesús enseñó: «Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia» (Juan 10.10). Tener una vida abundante no significa que no se tendrán problemas. Pablo escribió. «y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2ª Timoteo 3.12). La persecución que Pablo sufrió lo llevó a decir: «Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres» (1ª Corintios 15.19). También escribió acerca de sus tribulaciones por Cristo: «Si como hombre batallé en Éfeso contra fieras, ¿qué me aprovecha? Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, porque mañana moriremos» (1ª Corintios 15.32; vea Isaías 22.13).

El Nuevo Testamento nos da abundantes razones para alegrarnos de antemano. Las Escrituras no mencionan a menudo ni describen en modo detallado el cielo en el sentido de hogar eterno de los salvos, sin embargo, las bendiciones del cielo sí son aludidas muchas veces.

La esperanza que tiene el cristiano de un hogar en los cielos es tan completa, que nos produce gran gozo (Romanos 12.12). Ella es una promesa mejor que la que se les hizo a los que estaban bajo el antiguo pacto (Hebreos 8.6; 10.34). A éstos se les prometió la tierra de Canaán y una larga vida y prosperidad, si observaban el pacto que Dios había hecho con ellos (Deuteronomio 4.13; 5.33). Si todo lo que se nos promete fuera un lugar sobre una tierra restaurada a su estado prístino, entonces las promesas de Dios bajo el nuevo pacto, la base de nuestra esperanza, no serían mejores que las promesas de tierra que Él hizo a Israel (Deuteronomio 28.1-14). No obstante, la esperanza que se nos da, es la de un lugar para siempre en el cielo (1ª Pedro 1.3-4), no la de un terreno acompañado de prosperidad y larga vida sobre la tierra.

¿Cómo es el cielo?

Para poder comprender el cielo tal como éste se describe en la Biblia, debemos darnos cuenta, como lo estudiamos en una lección anterior, que la palabra «cielo» se usa con referencia a tres diferentes esferas (2 Corintios 12.2-4):

- 1) el cielo en el cual se encuentran las nubes (Deuteronomio 11.11), y en el que vuelan las aves (Salmos 79.2);
- 2) el universo lleno de estrellas y constelaciones (Génesis 1.14-18; Deuteronomio 1.10); y
- 3) el lugar en el que mora Dios, donde los redimidos de la tierra vivirán para siempre (1 Pedro 1.3-4). Es a esta última

referencia a la que se le prestará especial atención en esta lección.

La expresión «reino de los cielos» se usa para referirse a:

- 1) el reino eterno de Dios (Mateo 13.43),
- 2) el reino preparado para los salvos (Mateo 25.34), y
- 3) el reino de Cristo, del cual Él predicó que estaba cerca, y acerca del cual envió a otros a predicar.

A este reino se le refirió como «reino de los cielos» (Mateo 4.17); «reino de Dios» (Marcos 1.15), «mi reino» (Lucas 22.30), y «reino de su amado Hijo» (Colosenses 1.13). Una hebra unificadora que enlaza a estos términos, los correlaciona en cuanto al significado, pues todos se refieren al dominio de los cielos. El reinado especial de Cristo, el cual predicó que estaba cercano (Mateo 4.17), comenzó con Su ascensión (Efesios 1.19-23), Y terminará cuando regrese por segunda vez (1ª Corintios 15.24). Esta lección hará énfasis en el reino en el cual los salvos entrarán y que será su recompensa eterna (Mateo 25.34). Solamente el contexto puede determinar cuál de estos usos del término, es el que se da a entender en cada pasaje.

En vista de que el cielo no es una dimensión física, tangible, debemos tener en cuenta que los términos referidos a cosas materiales que se usan para describirlo, sólo pueden insinuar las realidades de esa esfera espiritual. Lo siguiente fue lo que escribió Pablo acerca de esa esfera espiritual: «[...] no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (2ª Corintios 4.18). Aunque Dios describe el cielo en términos que se refieren a cosas materiales, no se debe creer que éste sea de naturaleza material.

La tierra no va a ser renovada ni transformada para convertirla en una habitación espiritual. Si así fuera, entonces no podríamos tomar en serio al que se sentó en el trono y dijo: «He aquí yo hago nuevas todas las cosas» (Apocalipsis 21.5). Tampoco podríamos tomar literalmente la siguiente expresión: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron,[...]» (Apocalipsis 21.1).

La descripción que se hace de la nueva Jerusalén, la ciudad de los salvos, es la de una ciudad construida con los más costosos materiales que se conocen sobre la tierra (Apocalipsis 21.11-21). Tal descripción lo deja a uno boquiabierto; tanto es así, que casi rebasa la capacidad humana para imaginarla. Es la imagen que Dios quiso que los mortales nos formáramos. Seremos presa de una mezcla de temor y reverencia cuando seamos glorificados en Su reino (1ª Tesalonicenses 2.12; Hebreos 2.10), cuando contemplemos su esplendor y su gloria (Romanos 8.18) y cuando seamos participantes de esa gloria (1ª Pedro 5.1). Él será «glorificado en sus santos» (2

Tesalonicenses 1.10). También nos causará impresión el hecho de que no se trata de un reino temporal, sino que nos proporcionará, como ciudadanos del cielo que seremos, «un cada vez más excelente y eterno peso de gloria» (2ª Corintios 4.17). En comparación con la tierra, es «una mejor y perdurable herencia» (Hebreos 10.34), y una «mejor [patria], esto es, celestial» (Hebreos 11.16).

El más maravilloso aspecto del cielo será la relación que mantendremos por toda la eternidad con Dios, Jesús y el Espíritu Santo (Apocalipsis 21.3), y con todas las personas admirables de todas las épocas, que llegaron a ser salvadas. No hay en la tierra comunión tan exquisita que se pueda comparar con la que tendremos eternamente en el cielo.

Si pudiéramos echar una mirada, aunque fuera por un momento, a la gloria del cielo, y ver la clase de comunión que tendremos, estaríamos tan emocionados de ir allí, que pasaríamos cada instante despiertos soñando con ello, trabajando y haciendo planes para ello. Pablo escribió: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Romanos 8.18).

¿Que habrá en el cielo?

Una de las maneras como las Escrituras nos ayudan a entender cómo será el cielo, es por medio del uso de símbolos. En el cielo no tendremos necesidad de lúbreras como el sol, la luna, o una lámpara; tampoco habrá allí noche pues el Cordero será su lúbrera (Apocalipsis 21.23, 25; 22.5). El hecho de tener acceso inmediato a la presencia de Dios, significa que no será necesario un templo, pues Dios y el Cordero serán el templo (Apocalipsis 21.22).

No tendremos necesidad de alimento material, pues la vida será sustentada por el agua del río de la vida y por el fruto del árbol de la vida (Apocalipsis 22.1-2). No estaremos ya más separados de Dios, pues «él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios» (Apocalipsis 21.3). El trono de Dios y del Cordero estará allí (Apocalipsis 22.3). En nuestra nueva morada no habrá más que justicia (2ª Pedro 3.13).

¿A qué nos asemejaremos?

Nuestro cuerpo material será transformado en un cuerpo espiritual (1ª Corintios 15.44, 51-54). Es necesario que así suceda porque este cuerpo que hoy ocupamos, no nos va a servir para vivir en la dimensión espiritual en que entraremos. Las Escrituras dicen que «la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios» (1ª Corintios 15.50). Dios, en cambio, no tiene este problema, pues, por ser Espíritu, a Él le es natural el ámbito espiritual que le rodea (Juan 4.24). Tampoco tienen este problema los ángeles, pues éstos también son espíritus (Hebreos 1.14). No podemos entender qué

aparición tendrá el cuerpo de los que se encuentren en esa dimensión, pero tenemos la certeza de que «cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (1 Juan 3.2). Nuestra condición de seres vivientes que ocupamos un cuerpo material, nos impide ver a Dios, de modo que va a ser necesario, para poder verlo, que nosotros entremos en Su dimensión (1ª Timoteo 6.16). Jesús «transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas» (Filipenses 3.20-21). Cuando esto suceda, «[veremos] su rostro» (Apocalipsis 22.4), un rostro que ninguno de nosotros puede contemplar y quedar vivo después de hacerla, mientras aún se encuentre ocupando un cuerpo material (Éxodo 33.20).

Cuando seamos transformados, tendremos la gloria de los seres celestiales. Seremos «glorificados con» Cristo (Romanos 8.17), cuando hayamos entrado en gloria, honra y paz (Romanos 2.7,10). Cuando estemos en nuestro nuevo estado «[resplandeceremos] como el sol en el reino» de nuestro Padre (Mateo 13.43). «y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial» (1ª Corintios 15.49). Seremos entes eternos que tendrán «vida eterna», y que ya no podrán morir más (Lucas 20.36; Apocalipsis 21.4). La frase «vida eterna» incluye tanto el concepto de referirse a una posesión que disfrutamos en el presente, así como a la vida futura que recibiremos como recompensa por creer en Jesús y servirle.

¿Qué estaremos haciendo?

Dios no nos ha dado una descripción completa de lo que estaremos haciendo en el cielo, y tal vez sea así, por una buena razón. Puede que por el hecho de ocupar un cuerpo material, no nos parezca emocionante lo que hagan los seres espirituales. Lo que podría estar impidiendo que nos emocionemos con las actividades espirituales del cielo, es el hecho de que nuestra felicidad por lo general se basa en lo material.

En el cielo gozaremos de la más pura felicidad, pues Dios «enjugará toda lágrima de los ojos de [nosotros]; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron» (Apocalipsis 21.4). Dejarán de existir los problemas materiales de esta vida que tanta tristeza nos han causado, o que para nosotros han sido una maldición (Apocalipsis 22.3). Los salvos entraremos en el «gozo» de nuestro Señor (Mateo 25.21, 23). Descansaremos de los trabajos de esta vida (Apocalipsis 14.13; Hebreos 4.8-11).

En el cielo nos regocijaremos por toda la eternidad, porque estaremos con el Padre (Apocalipsis 21.3), con Jesús (Juan 12.26), con los ángeles (Lucas 9.26), y con los que sean salvos (Mateo 13.43). Serviremos gozosamente a Jesús (Apocalipsis 22.3) y

reinaremos con Él por siempre (2ª Timoteo 2.12; Apocalipsis 22.5). Él será glorificado en los santos (2ª Tesalonicenses 1.10), lo cual debe de significar que Jesús será altamente honrado y reverenciado (Filipenses 2.10-11) por los que Él haya salvado. El cielo será un maravilloso lugar de amor, comunión y regocijo.

¿Quiénes irán al cielo?

Las glorias del cielo no se ganan a base de méritos, sino a base de gracia (2ª Tesalonicenses 2.16). Por esta razón, no vamos a poder jactarnos de haber ganado el cielo por las buenas obras (Efesios 2.8-9; Tito 3.5). Lo único que podremos decir es que «lo que debíamos hacer, hicimos» (Lucas 17.10).

El cielo nos será dado en calidad de herencia. Una herencia no es algo que se gane con esfuerzo propio; sino algo que se recibe como regalo. Es a los hijos de Dios a quienes se les dará esta herencia (Romanos 8.16-17; Gálatas 3.6-7, 29). El hecho de haber nacido de nuevo, del agua y del Espíritu (Juan 3.5), equivale a haber nacido de Dios (Juan 1.12-13). De este modo, por medio de la fe y el bautismo, nos convertimos en hijos de Dios y en herederos del cielo (Gálatas 3.26-27).

Los que no entrarán en el cielo son los que se rebelen en contra de Dios, y vivan una vida inmoral (1ª Corintios 6.9-10; Gálatas 5.19-21). Lo que les impedirá entrar en el cielo es su condición de impuros, en la cual permanecen por no haber sido lavados en la sangre de Jesús (Apocalipsis 21.27; 2 Pedro 3.13). Los que entren en el cielo serán los que hayan sido lavados en la sangre de Jesús (Efesios 5.25-27; Colosenses 1.19-22).

CONCLUSIÓN

La idea de que Dios castigará eternamente a los que no le hayan obedecido, es horrorosa; no obstante, Su Palabra enseña que así será. El castigo de los injustos será tan eterno como las bendiciones de los justos. Lo anterior debería, desde luego, ser motivo suficiente para buscar la manera de agradar a Dios en todo lo que hacemos. Si llegamos a estar eternamente con Él en el cielo y nos evitamos el fuego eterno en el que arderán el diablo y sus ángeles, entonces habrá valido la pena cada esfuerzo, cada tribulación y cada minuto de servicio que hayamos dado.

El arrepentimiento

Lección 19,

A veces dejamos que sean las circunstancias las que definan

nuestros valores espirituales. Una inolvidable escena de Lucas 16, la cual nos cuenta acerca de un hombre rico y otro pobre, llamado Lázaro, ilustra cuán cierto es lo anterior. El rico era un hombre a quien le tenían sin cuidado los demás, y no le preocupaban sus propias necesidades espirituales. Sus intereses se circunscribían al pequeño mundo de sus deseos egoístas y ambiciones. Cuando murió, entró en la eternidad, donde tuvo que dar cuenta de sus actos. Después de haber disfrutado de toda una vida de lujos pasó a sufrir el tormento del mundo espiritual que se conoce como el «Hades» (Lucas 16.23).

Estando en el Hades, las prioridades de aquel hombre cambiaron drásticamente. Todos los demás intereses perdieron valor, y solamente dos ideas fundamentales le obsesionaban: En primer lugar (y tal vez nunca antes había sido así), le interesó su propia alma: suplicó que se le tratara con misericordia, con gracia. Según Jesús contó, el rico, «dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama» (Lucas 16.24).

En segundo lugar, expresó interés en la condición espiritual de sus hermanos. Esta debió de haber sido la primera vez en su vida que expresaba algo de amor espiritual por sus hermanos. Bastaron unos instantes de tormento para convertir su corazón en el de un misionero. Rogó:

“Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento” (Lucas 16.27-28).

Cuando se le dijo que sus hermanos debían leer la ley y los profetas, tal como todo mundo lo hacía, volvió a rogar: «No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán» (Lucas 16.30). ¿Habrá sido esta la primera vez que la idea de “arrepentirse” estuvo en su mente? A juzgar por sus palabras, ¡la muerte le había cambiado su modo de pensar y sus intereses! ¡Sabía perfectamente lo que sus hermanos necesitaban: un arrepentimiento transformador!

¡El tiempo y la eternidad se encargarán de convencernos de que la decisión más trascendental de la vida, es la de arrepentirse! ¡No esperemos a estar muertos para que esta convicción nos haga despertar tan violentamente a la realidad! Jesús dijo: «Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente» (Lucas 13.3, 5). Pablo descartó toda excepción al mandamiento de arrepentirse, cuando les dijo a los atenienses: “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan” (Hechos 17.30). Delante de Dios, son dos caminos por los que la humanidad transita: el camino del arrepentimiento o el camino de la rebelión. Dios demora la segunda venida de Jesús por una sola razón: que los hombres tengan más tiempo para ser llevados al arrepentimiento: «El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino

que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2ª Pedro 3.9). El destino final de cada hombre depende de que se arrepienta o no se arrepienta: “Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Apocalipsis 21.8).

A la iglesia la forman las personas que han respondido al llamado que hace el Nuevo Testamento al arrepentimiento. Los cristianos son aquellos que han invocado el nombre del Señor y se han apartado de iniquidad (2ª Timoteo 2.19). Como resultado de haberse convertido a Cristo, han sido librados del reino de las tinieblas, y trasladados al reino del Hijo de Dios (Colosenses 1.13). Se han comprometido a vivir como hijos obedientes de Dios, que rehúsan volver a los deseos que tenían antes, cuando vivían en la ignorancia y la desobediencia (1ª Pedro 1.14). Ahora desean ser como Aquel que los llamó. Se esfuerzan por imitarlo en toda su manera de vivir, dejando que se cumpla en la conducta de ellos el deseo de su Señor: «Sed santos, porque yo soy santo» (1ª Pedro 1.16).

El arrepentimiento, es, por lo tanto, una palabra fundamental y una actitud importante para cualquiera que procura ser cristiano, miembro de la iglesia del Señor. Tan importante es esta palabra que en el significado fundamental y repercusiones de ella, se refleja la naturaleza de la iglesia. El arrepentimiento funciona, incluso, como una de las designaciones con las que se le refiere a la colectividad de personas que Dios llama Su iglesia: la iglesia está constituida por los penitentes. Cuando Pedro les explicaba a los cristianos judíos que estaban en Jerusalén, por qué se había bautizado a gentiles en casa de Cornelio, estos hermanos judíos respondieron diciendo: «¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!» (Vea Hechos 11.18.) No había duda en ellos, como tampoco debe haberla en nosotros, de que lo único que abre la puerta a la verdadera vida es el verdadero arrepentimiento.

¿Qué es el arrepentimiento? Definamos esta palabra más gráficamente para que no haya confusión en cuanto a lo que es y lo que significa. Usaremos la conversión de Pablo como telón de fondo para ilustrarla.

ES VOLVERSE DEL PECADO

El arrepentimiento es, en primer lugar, volverse del pecado, cambiar de dirección con respecto a la iniquidad.

El arrepentimiento es mucho más que mejoramiento personal, mucho más que un método para ejercer un mejor dominio de la vida de uno. Es una resolución firmemente arraigada, una decisión a renunciar a todo lo que es ajeno a Dios. Esta resolución contribuye a una total transformación a la que Jesús llamó un nuevo nacimiento (Juan 3.3).

El arrepentimiento es más que remordimiento por haber pecado.

Uno puede lamentarse de haber pecado por la vergüenza que el

pecado le produce, o por temor al castigo en el que ha tenido que incurrir. Judas sintió remordimiento por haber traicionado a Jesús, pero no se arrepintió (Mateo 27.3). Pedro, quien negó a Cristo (Mateo 26.34, 69-75), se arrepintió; Judas, en cambio, solamente sintió remordimiento. Uno puede llegar a sentirse profundamente triste por haber pecado, y, aun así, no arrepentirse jamás.

El arrepentimiento es más que declararse culpable de pecado.

El día de Pentecostés, Pedro señaló los pecados de los judíos que le estaban escuchando. Sus palabras los compungieron de corazón, y los llevaron a clamar: «¿Qué haremos?» (Hechos 2.37). Sin embargo, Pedro no interpretó como un arrepentimiento el hecho de que estuvieran compungidos; pues en respuesta a su pregunta les dijo: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2.38).

El arrepentimiento es más que tristeza según Dios.

La tristeza según Dios precede al arrepentimiento y lo produce, pues, según Pablo:

[...] la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte (2ª Corintios 7.10).

La tristeza según Dios es parte del proceso que lleva al arrepentimiento, pero no es arrepentimiento en sí misma.

El arrepentimiento no se define siquiera como reforma de la vida de uno. Eso sí, produce una reforma de la vida. Si el arrepentimiento no efectúa una transformación de la vida, no será, entonces, arrepentimiento genuino; sin embargo, una vida reformada no es en sí misma el arrepentimiento. Juan el Bautista instó a la gente que venía a él: «Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento» (Mateo 3.8). El verdadero arrepentimiento precede, pues, a los frutos del arrepentimiento, entre los que se encuentra una vida transformada.

El arrepentimiento tiene que ver con una resuelta transformación de la voluntad de uno con respecto al pecado. Implica el intelecto, las emociones y la conciencia. Este cambio de actitud hacia el pecado abarca la voluntad humana tan completamente, que capacita a la persona para renunciar a todo un estilo de vida. En el momento del bautismo, uno puede ser sumergido en su propia muerte espiritual al pecado, crucificar el antiguo hombre, al punto que el cuerpo del pecado es destruido (Romanos 6.6).

Esta definición del arrepentimiento puede apreciarse bien en la conversión de Saulo. Saulo de Tarso era fariseo, hebreo de hebreos (Filipenses 3.5). Con respecto a la ley de Moisés, dijo que era irreprensible (Filipenses 3.6). En otras palabras, no había acusación legítima que se le pudiera imputar en cuanto a su capacidad para cumplir la ley. Como fariseo que era -como judío de alto renombre en

el judaísmo- Saulo pensaba que Jesús era un impostor, que Éste se había propuesto destruir el judaísmo. Saulo creía que él debía oponerse a este Jesús con la furia de una devastadora persecución. No vacilaba en considerar enemigo suyo a cualquiera que siguiera a Jesús. Con energía implacable e intensa determinación, procuró acabar con la iglesia de Cristo.

Cuando empezó a llevar su persecución contra la iglesia a otras ciudades, Saulo pidió el respaldo del sumo sacerdote (Hechos 9.1-2). Cuando recibió la autorización que deseaba, salió con rumbo a Damasco a cumplir con sus planes. Cuando estaba en camino a Damasco, el Señor Jesús se le apareció con una brillantez que excedía la del sol al mediodía. Cegado por la luz de la presencia del Señor, Saulo se desplomó a tierra. Al darse cuenta con trascendental convicción de que Aquel que le hablaba era Cristo Jesús, el Hijo de Dios, preguntó lleno de penitencia y contrición: «¿Qué haré, Señor?» (Hechos 22.10). Se le dio instrucciones en el sentido de viajar a Damasco, donde se le diría lo que debía hacer (Hechos 9.6). Al llegar esperó durante tres días, en oración y ayuno, hasta que la respuesta le llegó por medio de Ananías.

Saulo se arrepintió. Se resolvió a cambiar su voluntad en cuanto a su estilo de vida. Había consagrado su vida al judaísmo y a la persecución de la iglesia de Cristo; después de arrepentirse en el camino a Damasco, su vida tomó una dirección totalmente diferente. Se volvió de su antigua vida mediante un revolucionario cambio de voluntad que afectó toda su personalidad -intelecto, emociones y conciencia. Más adelante dijo: «Cuántas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo» (Filipenses 3.7).

Los cristianos son personas que, al igual que Saulo, se han vuelto del pecado arrepentidos. El estilo de vida del pueblo de Dios consiste en abstenerse de toda forma de maldad (1ª Tesalonicenses 5.22), rehusando conformarse a este mundo (Romanos 12.2), venciendo con el bien el mal (Romanos 12.21), y haciendo callar toda falsa acusación en contra suya mediante un excelente comportamiento (1ª Pedro 2.12).

ES VOLVERSE DEL PECADO A CRISTO

En segundo lugar, el arrepentimiento es volverse a Cristo. Es más que una reacción negativa contra la maldad; es también una respuesta positiva a Cristo.

Pablo elogió a los tesalonicenses porque el arrepentimiento de ellos significó que “[se convirtieron] de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero” (1ª Tesalonicenses 1.9). Si alguien se volvía del pecado, pero no se volvía a Dios, no se podía considerar que tal persona se hubiera arrepentido en todo el sentido que el Nuevo Testamento le da a este término.

Las prédicas del Nuevo Testamento se destacaban principalmente por exaltar a Cristo. La descripción que hace Lucas del contenido de las prédicas que daba Felipe en Samaria, es un ejemplo de la clase

de prédicas que todos los hombres inspirados daban: «Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo» (Hechos 8.5). Cuando la gente respondía a esta clase de predicación, lo hacían renunciando al pecado y recibiendo a Cristo mediante una sumisión al mensaje del evangelio. Después de las prédicas que Pablo dio en Éfeso, ambas caras del arrepentimiento se manifestaron. Lucas dijo:

[...] y tuvieron temor todos ellos, y era magnificado el nombre del Señor Jesús y muchos de los que habían creído venían, confesando y dando cuenta de sus hechos. Asimismo muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los quemaron delante de todos (Hechos 19.17b-19a).

Los efesios arrepentidos recibieron a Cristo y renunciaron a sus prácticas pecaminosas.

El arrepentimiento de Saulo consistió en ambas cosas: volverse del pecado y volverse a Cristo. Cuando viajaba rumbo a Damasco su propósito era perseguir a los cristianos. Cuando vivía bajo la ley de Moisés, era libre de delitos en contra de la moral y los rituales. No había sido en modo alguno un pervertido hijo pródigo. Su arrepentimiento, por lo tanto, no afectó lo medular de su deseo de agradar a Dios; había sido impulsado por este deseo desde que era joven y lo había manifestado así en su fiel observancia de la ley de Moisés. Su persecución contra los cristianos, no obstante, era un terrible pecado. En consecuencia, su arrepentimiento delante de Dios resultó en que desechara su antigua creencia en el sentido de que su servicio a Dios requería el perseguir a los cristianos y el denunciar a Cristo. También, su arrepentimiento requirió que se volviera a Cristo, que lo reconociera como Señor, y se sometiera humildemente a la voluntad de Éste.

Pablo mismo describió en Filipenses 3.8-11, cómo fue su arrepentimiento:

[...] estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección entre los muertos.

Pablo, pues, se volvió del pecado a Cristo. El arrepentimiento tuvo para él un aspecto positivo y otro negativo, ya que, por un lado, desechó su antiguo estilo de vida y, por otro, abrazó un nuevo y mejor estilo de vida en Cristo.

La iglesia, el cuerpo de Cristo que se compone de gente que se ha arrepentido, vive en sumisión a Cristo. Los miembros de ella han

llegado a ser uno con Él. Por medio del arrepentimiento, el cristiano ha comenzado a vivir una vida de santidad y justicia. Ha sido crucificado con Cristo, y es por fe en el Hijo de Dios (Gálatas 2.20) que vive la nueva vida que ha resultado de su arrepentimiento. Como pueblo de Dios que se ha arrepentido, los cristianos llevan el nombre de Cristo, viven en unión con Éste, lo exaltan en adoración y se ven apremiados a ser justos, pues, esperan estar en una comunión mucho más plena con Él cuando venga por segunda vez o cuando mueran.

ES VOLVERSE DEL PECADO A CRISTO DE POR VIDA

En tercer lugar, el arrepentimiento es volverse del pecado a Cristo de por vida. No fue a unas vacaciones espirituales que Cristo invitó a la gente, ni a un receso para apartarse brevemente de la iniquidad. Fue una completa consagración lo que pidió, a la cual se refirió como un nacimiento del agua y del Espíritu, un nacimiento espiritual (Juan 3.5). Tan radical y permanente es esta transformación, que Pablo la comparó con una circuncisión espiritual, una completa eliminación del cuerpo carnal obrada por Dios:

En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo (Colosenses 2.11).

Pablo dijo que el significado de la conversión tiene que ver con desechar la anterior manera de ser, y revestirse de una nueva, del mismo modo que uno se deshace de ropas andrajosas, sucias y gastadas y las desecha con la intención de no volverlas a usar jamás (Efesios 4.24; Colosenses 3.10). Dios nos levanta del pecado y de la muerte y nos da vida en Cristo cuando somos redimidos por la sangre de Éste (Colosenses 2.13).

El arrepentimiento supone una consagración continua. Cuando respondemos a Dios, debemos hacer morir las obras de la carne. A partir de ese decisivo momento, los cristianos tienen sólo una tarea en la vida, cual es, la de impedir que esas obras afloren nuevamente. Pablo dijo: «Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría» (Colosenses 3.5). También dijo:

Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos (Colosenses 3.8-9).

Pablo habló acerca de lo que debe desecharse en cierto momento de la vida, momento en el que ocurre una muerte; y también habló de un continuo rechazo de lo que se desechó, es decir, un arrepentimiento continuo.

¿Qué ilustración más vívida puede haber, acerca del significado del arrepentimiento, que la conversión de Saulo? Alguien dijo: «Todavía no se ha visto un ejemplo de lo que Dios puede hacer con

un hombre que se ha convertido totalmente a Él». Si tal hombre no ha existido, en Pablo podemos encontrar uno que se acerca muchísimo. La influencia que se ha ejercido en el mundo como resultado de la conversión de Pablo se ha sentido durante casi dos mil años. La decisión que él tomó de seguir a Cristo fue final e irrevocable. Depositó su vida al pie de la cruz para el servicio y el bien que Cristo quisiera hacer con ella.

Cuando Alejandro Magno hacía desembarcar a su ejército para una gran batalla, según cuentan, él mandaba a prenderles fuego a los barcos apenas salía el último soldado. Alejandro no le daba cabida a la posibilidad de una retirada. No había retroceso para él ni para sus hombres. El único futuro estaba adelante, no atrás. Así fue con Saulo. En su corazón no había campo para clase alguna de reservas ni para la posibilidad de retirarse.

El pueblo de Dios, la iglesia, se han consagrado tan firmemente, que tal transición bien puede describirse como una transformación, como un pasar de muerte a vida (1ª Juan 3.14). Se han vestido del nuevo hombre en Cristo para el resto de sus vidas. Fue algo que sucedió en cierto momento de sus vidas, en el momento de su conversión a Cristo; sin embargo, el mantener puro su corazón es una obligación que deben cumplir continuamente (Romanos 6.2b). Se le ha dado muerte al antiguo hombre, pero éste tratará de volver a la vida en cualquier oportunidad que se le dé de resucitar (Romanos 6.12-13). El cristiano debe tener cuidado de andar como sabio, no como necio (Efesios 5.17). No participa en las infructuosas obras de las tinieblas; sino que las expone (Efesios 5.11). Ha muerto, y su vida está escondida con Cristo en Dios (Colosenses 3.3). El cristiano se ha presentado delante de Dios como uno que ha resucitado de entre los muertos y cuyo cuerpo ha sido consagrado a la justicia (Romanos 6.13).

CONCLUSIÓN:

Toda persona que se considera responsable delante de Dios, tiene la obligación de arrepentirse y vivir la clase de vida que el arrepentimiento requiere. El arrepentimiento es una profunda transformación de la voluntad, un volverse del pecado a Cristo de por vida. Se produce mediante la conciencia de que se es culpable de pecado, la tristeza según Dios y la benignidad de Dios. Resulta en una transformación que hace nacer a una nueva persona que estará escondida con Cristo en Dios (Colosenses 3.3).

La iglesia es una comunidad de personas nuevas, las cuales no son perfectas, sino que procuran vivir pura, piadosa y justamente. Su compromiso de toda una vida es el de ser utensilios para usos honrosos al servicio del Señor.

Hay tres incentivos para el arrepentimiento que pueden identificarse en las Escrituras.

En primer lugar, Pablo dijo que la bondad de Dios lleva al arrepentimiento: «¿O menospreciáis las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al

arrepentimiento?» (Romanos 2.4).

En segundo lugar, Pedro mencionó la promesa de una recompensa: «Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio» (Hechos 3.19).

En tercer lugar, Juan se refirió al temor a ser castigados: En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado [...] y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego (Mat. 3.1-10).

El arrepentimiento por sí sólo no es suficiente para agradar a Dios; sin embargo, crea en nosotros un espíritu de sumisión. Este espíritu nos apremia a obedecer todos los mandamientos que Dios ha dado como requisitos para entrar en Cristo. Le abre las puertas de nuestra vida a la voluntad de Dios.

Se ha dicho que la última palabra de nuestro Salvador, no fue la gran comisión, sino el llamado a arrepentirse que les hizo a las cinco de las siete iglesias que estaban en Asia (Apocalipsis 1-3). Si usted no se ha arrepentido ni entrado en el cuerpo de Cristo para vivir como pueblo de Dios penitente, no tendrá necesidad mayor que ésta. Si usted es cristiano y vive como una nueva persona en Cristo, tendrá como obligación suprema el vivir a la altura del compromiso que ha hecho.

¿Qué va a hacer usted con Jesús?

Lección 20,

A pesar de lo grande y complejo que es este mundo, según las Sagradas Escrituras, éste no es más que un lugar de preparación para la vida que tendremos en la eternidad. Por tanto, la vida que vivimos aquí es tan sólo un breve inicio. Cada humano es un alma viviente que está destinada a vivir más allá de este mundo, ya sea, en el cielo, o en el infierno. El Nuevo Testamento sólo nos habla de dos destinos: vida eterna o castigo eterno (Mateo 25.46). Con esto nos dice que, en el más allá, no hay lugar intermedio de residencia que se encuentre a medio camino entre los dos destinos mencionados anteriormente. Cuando mueran, o en el momento en que Jesús regrese, toda la gente -los vivos y los muertos- entrarán en el lugar donde finalmente moraremos y viviremos eternamente. ¡Lo anterior invita a una seria reflexión! La decisión que tomemos en cuanto a Jesús tiene repercusiones eternas. Le instamos a que se decida a hacerse cristiano y a vivir su vida por Cristo, de modo que pueda tener vida abundante ahora (Juan 10.10), y vida eterna en el mundo venidero (1ª Juan 2.25).

Ha arribado usted al final de este estudio, acerca de cómo llegar a ser un miembro fiel de «la iglesia», y el contenido le ha sido presentado tal como lo tratan las Escrituras. Se le ha presentado, aunque brevemente, a Cristo Jesús -el Hijo de Dios- quien vino a este mundo y demostró con Su vida, enseñanzas y amor, cómo es Dios y cuál es Su voluntad. Jesús murió por nuestros pecados en la cruz, facilitando así que todos obedezcan el mensaje de salvación, se conviertan, y vivan como hijos de Dios. Además, se le ha presentado a usted una detallada descripción de la iglesia que se creó y continúa creándose como resultado de la vida y muerte de Jesús. Ha llegado a conocer usted cómo es que llega uno a formar parte de la iglesia y a vivir siendo tal iglesia en el mundo actual. Está ahora a punto de hacerse la gran pregunta, la más seria interrogante que jamás se haya planteado en Su vida: «¿Qué voy a hacer con Jesús?».

Si hay algo por lo cual todo cristiano ora fervorosamente, y espera con toda sinceridad que suceda, ello es que usted se resuelva de corazón a hacerse cristiano y a convertirse en un fiel seguidor de Cristo por el resto de su vida. Es probable que durante el estudio de este material haya llegado a la conclusión de que desea hacerse cristiano. Sin embargo, puede ser que no haya encontrado la manera de cumplir con tal propósito porque todavía le quedan algunas preguntas que responderse.

Si usted es de los que todavía les quedan preguntas que responderse, le invitamos a leer detenidamente el resto de este libro. Este último capítulo le dará algunas respuestas. También, encontrará a continuación una lista de los pasos que deberá dar para ver cumplido su deseo de hacerse cristiano y vivir la vida propia de un creyente en Cristo.

PASO NÚMERO UNO: BUSQUE LA SALVACIÓN

El primer paso que debe dar es, por supuesto, el de hacerse cristiano. Cualquier persona, de cualquier lugar del mundo, puede hacerse cristiana si cree en Cristo (Juan 8.24), se arrepiente (es decir, renuncia a su vida de pecado; Hechos 17.30), confiesa que Jesús es el Cristo (Romanos 10.10), y es bautizada en Cristo para el perdón de sus pecados (Hechos 2.38).

Respondamos algunas de las preguntas que usted podría estarse haciendo:

¿Y qué de los niños?

Por ningún lado menciona el Nuevo Testamento que deba bautizarse a los infantes o niños pequeños. No es necesario que se les bautice, pues, están a salvo gracias a su inocencia delante del Señor. Son incapaces de distinguir lo bueno de lo malo, por lo cual nos se les considera responsables a los ojos de Dios. No es sino hasta que comienzan a tener conciencia de lo que el Señor requiere

de ellos que, al igual que todo mundo, deben hacerse cristianos; lo cual se realiza mediante la obediencia al plan de salvación del Señor. Como ya se dijo, debido a su inocencia, están a salvo delante de Dios; no se les considera pecadores. Es, incluso, debido a su condición de niños que procuran entender cómo son las cosas y creen plenamente en los que los dirigen, que su actitud de confianza total y ansiedad por aprender son puestas como ejemplo a seguir por los adultos (Mateo 18.3). Jesús dijo de los niños: «[...] porque de los tales es el reino de los cielos» (Mateo 19.14b).

Si usted es joven o adulto, conoce el camino que lleva a la salvación, sabe que ha pecado delante de Dios, y sabe que debe hacerse cristiano para ser salvo, entonces debe obedecer el plan de salvación del Señor.

En los estudios que le hemos presentado, usted ha descubierto cómo llega uno a ser cristiano. Se llega a ello por medio de aceptar las pruebas y el testimonio de las Escrituras en el sentido de que Jesús es el Hijo de Dios.

El único libro verdaderamente exacto en el mundo, la Biblia, le ha dicho a usted quién es Jesús y qué fue lo que vino a hacer al mundo. ¿Acepta usted este mensaje? Si lo hace, entonces ha creído que Jesucristo es el Hijo de Dios, el cual vino a este mundo a morir en la cruz para salvarle de sus pecados y así crear la posibilidad de que usted sea un hijo de Dios.

También debe preguntarse: «¿Me he arrepentido de mis pecados?». No se trata de llegar a ser perfecto, pues, mientras vivamos en este mundo, jamás llegaremos a serlo; sin embargo, al arrepentirse, uno se resuelve, a partir de ese momento, a sacar de su vida el pecado y a seguir sinceramente la Palabra del Señor. Después de un verdadero arrepentimiento, Jesús llega a ser su Señor y las Escrituras, el libro por el cual vivirá el resto de su vida.

Luego, debe buscar a alguien que le bautice en Cristo para el perdón de sus pecados. Puede que haya una iglesia de Cristo en su comunidad. Si así es, busque a un miembro de ella y pídale que lo presente con algún varón cristiano que lo pueda bautizar en Cristo. Cuando sea presentado a tal varón, dígame a éste que usted desea confesar públicamente que Jesús es el Cristo, y que desea que él lo bautice en el cuerpo espiritual de Cristo para el perdón de sus pecados. A ellos les dará mucho gusto ayudarle.

¿Cómo puedo encontrar la iglesia de Cristo?

Usted va a tener necesidad, por causa de la confusión religiosa reinante, de contactar a un grupo de personas que hayan formado parte de la iglesia del Señor, y que perseveran en esta identidad. Una manera como puede usted distinguirlos, es fijándose en las palabras que usan para referirse a sí mismos. No se identificarán

con nombre humano alguno. Usarán la frase: iglesia de Cristo, para llamarse a sí mismos, y usarán, para referirse a sí mismos, otras frases que designan a la iglesia, las cuales se encuentran en las Escrituras. Si usted observa que se han dado a sí mismos un nombre que no constituye una frase bíblica para referirse a la iglesia, ello es señal de que forman parte de una confesión religiosa con una denominación en particular, y de que constituyen, por lo tanto, un cuerpo separado y diferente del de la iglesia del Señor.

Otra manera como usted puede saber si un grupo es una iglesia de Cristo, es por medio de comprobar si los miembros de ella siguen la Palabra de Dios. Se brindan a continuación algunas preguntas que usted puede hacerles para determinar los objetivos y propósitos de ellos:

- ¿Están ustedes sencillamente procurando ser la iglesia neotestamentaria?

- ¿Cómo son los cultos de ustedes, cuando se reúnen los domingos para adorar?
- ¿Toman la Cena del Señor cada primer día de la semana (cada domingo), como dice en Hechos 20.7?

- ¿Cantan sin hacer uso de acompañamiento instrumental según el ejemplo neotestamentario?
- ¿Oran en el nombre de Jesús?
- ¿Estudian la Palabra de Dios considerando a ésta el único credo y guía?

- ¿Ofrendan cada domingo según han sido prosperados (1 Corintios 16.1-2)?
- ¿Cómo está organizada la iglesia? ¿Incluye la organización otros oficios además de el de los evangelistas, maestros, ancianos y diáconos? (*1)
- ¿Tienen una sede terrenal, o ven a Cristo como su única cabeza? (*2)
- ¿Cuál es la misión de ustedes en este mundo: Están procurando cumplir con la gran comisión dada por el Señor? (Mateo 28:19-20)

(*1) La organización de las iglesias neotestamentarias era sencilla y elemental. En primer lugar, tenían ministros y maestros que predicaban y enseñaban la Palabra. En segundo lugar, toda congregación que había llegado a la madurez tenía una pluralidad de ancianos (también llamados «supervisores», «obispos» y «pastores») los cuales guiaban y cuidaban la congregación. En tercer lugar, cada congregación tenía diáconos que servían a la iglesia bajo la supervisión

(*2) El Nuevo Testamento sólo nombra una cabeza para la iglesia, y ésta es Cristo. La iglesia de Éste carecía de una sede terrenal; cada congregación de la iglesia seguía únicamente el liderato de Cristo.

Es aconsejable hacer estas preguntas, porque usted está procurando entender quiénes son ellos. Es de la iglesia del Señor que usted desea hacerse miembro; no de una confesión religiosa con alguna denominación de las muchas que hay.

Si no puede encontrar alguna iglesia de Cristo, debe usted establecer una. A continuación le explicamos cómo hacerlo. Busque a un hombre sincero que esté interesado en servir al verdadero Dios. Pídale que lea este libro, y que lo haga consultando su Biblia. Luego pregúntele si desea hacerse partícipe con usted de la decisión de hacerse cristiano, y de formar una iglesia del Señor en su comunidad. Si él desea seguir a Cristo, pueden bautizarse el uno al otro. Pueden ir a un arroyo, lago o estanque cercano (donde haya suficiente agua para sumergir a una persona).

Cuando lo vaya a bautizar, asegúrese de cumplir con los siguientes tres mandamientos que dan las Escrituras. En primer lugar, pregúntele: «¿Cree usted que Jesucristo es el Hijo de Dios?». Este mandamiento se encuentra en Romanos 10.10. Él deberá expresar que cree que Jesús es el Hijo de Dios.

En segundo lugar, debe asegurarse de que lo está bautizando en el cuerpo de Cristo -la iglesia- para el perdón de pecados. Por tanto, antes de bautizarle, explíquele con voz audible en qué consiste el acto que se está llevando a cabo, lo cual beneficiará a los que estén presentes, como también, le recordará de lo que está sucediendo al que está siendo bautizado. Le presentamos a continuación un ejemplo tomado de las Escrituras de palabras que puede usar (Mateo 28.19-20; Romanos 6.3; Hechos 2.38 y Marcos 16.16):

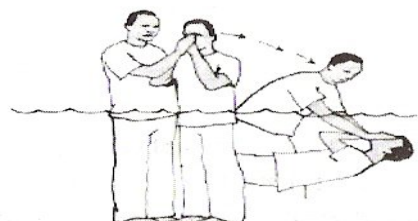
Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, para el perdón de tus pecados pasados.

En tercer lugar, cuando lo bautice, asegúrese de sumergirlo completamente. Recuerde, el bautismo en el Nuevo Testamento es una sepultura en agua (Romanos 6.4). Aquí tiene unas ilustraciones acerca de cómo puede hacer un bautismo:

En aguas poco profundas, el que está siendo bautizado puede sentarse y ser inclinado hacia atrás hasta que es completamente sumergido en el agua.



En aguas poco profundas, el que está



En aguas más profundas, tal como las

En aguas más profundas, tal como las de un bautisterio o de una piscina, el que está siendo bautizado puede estar de pie y ser inclinado hacia atrás hasta que es completamente sumergido.

Una vez que lo haya bautizado, pídale que él también lo bautice a usted. Deberá hacerle a usted la misma pregunta, y expresar claramente por qué le bautiza, tal como usted hizo con él.

Una vez que se ha bautizado, usted es cristiano, miembro de la iglesia del Señor. Como en el pasado no había una iglesia del Señor en su comunidad, ahora sí la hay -¡ustedes son la iglesia de Cristo! Ustedes la han establecido en el lugar donde viven por medio de hacerse cristianos.

PASO NÚMERO DOS: VIVA LA VIDA CRISTIANA

El segundo paso que usted necesita dar es, por supuesto, uno continuo, que jamás finaliza, cual es, el de vivir la vida cristiana. Ya usted es cristiano, y tendrá el deseo de vivir esa nueva vida. (Vea la tabla que lleva por título: «Lo que los ancianos deben ser, todos los cristianos deben serlo».

¿Cómo es la vida de un cristiano?

Una buena manera de resumir la vida de un cristiano, es diciendo que éste es lo que su nombre significa: un seguidor de Cristo. Es un cristiano, uno que vive del mismo modo que Cristo vivió (Filipenses 1.21). Para el cristiano el vivir es Cristo.

Escudriñe las Escrituras

Todo el que siga a Cristo, se caracterizará por un importante rasgo, y éste es su sumisión a la voluntad del Padre. Jesús fue perfecto en todo; sin embargo, hay una característica Suya que nosotros podemos y debemos cultivar en nosotros, y ella es Su fiel obediencia al Padre. La vida cristiana consiste en escudriñar las Escrituras con el propósito de conocer la voluntad de Dios y, luego, en tener suficiente humildad, reverencia y amor para obedecer a ésta. El que es cristiano se mantiene en contacto con la Palabra de Dios. La lee diariamente y trata de poner en práctica lo que ha aprendido de ella.

Procure imitar el estilo de vida de Jesús

Existen otros tres principios que deben orientar nuestro vivir por Jesús: la «regla de oro», la compasión y la oración. Una buena manera de imitar a Jesús es preguntarnos siempre: «¿Cómo nos gustaría que los demás nos traten?». Para seguir la «regla de oro» (Mateo 7.12) debemos decidir, primero, cómo deseamos ser tratados y; luego, proceder a tratar de igual modo a los demás. Fue en esta

regla que consistió el estilo de vida de Cristo; ella constituye la más excelente norma de vida en este mundo.

Jesús fue un hombre de compasión. La palabra «compasión» significa «sentir con» otros. Jesús amó al pobre, al solitario y al necesitado. Que Su corazón estaba con ellos, resulta evidente en la forma como les llenaba sus necesidades. Un cristiano debe; por lo tanto, ser una persona a quien le interesen los demás y que continuamente manifiesta ese amor por medio de ayudarles dentro de sus posibilidades (Mateo 9.36).

A pesar de ser el Hijo de Dios, Jesús solía hacer oración al Padre, lo cual hacía, ya fuera en privado, en público o en pequeños grupos. El que es cristiano también hace oración a Dios continuamente.

En vista de que usted ya es cristiano, Dios es su Padre. Él lo reconoce a usted como propiedad Suya. Haga oración a Él regularmente, con un corazón lleno de fe. Pídale que la voluntad de Él se cumpla en su vida, y hágalo orando en el nombre de Jesús. Este es un ejemplo de la forma como puede usted hacer oración a Dios:

Diríjase a Dios: Amado Padre, Alábelo:
Santificado sea Tu nombre.

Déle gracias: Estoy agradecido por las bendiciones que me has dado ... (Nombre algunas de ellas.)

Pídale: Esto es lo que creemos necesitar. Concédenos lo que pedimos siempre y cuando ello no sea contrario a Tu voluntad.

Pídale también: Perdona nuestros pecados como nosotros perdonamos a los demás. Apártanos del mal.
Alábelo nuevamente: Tuya es toda la gloria.
Termine: En el nombre de Jesús. Amén.

Probablemente usted ya advirtió que el anterior modelo de oración fue tomado en parte del ejemplo que el Señor enseñó a Sus discípulos en Mateo 6.9-13. Una parte de la oración de Jesús no es pertinente a nosotros (por ejemplo; la parte en que se pide por la venida de Su reino; no lo es porque éste vino el día de Pentecostés); sin embargo; gran parte de ella sí lo es. Tenga presente que el modelo dado es solamente un ejemplo y su único propósito es sugerir el orden a seguir cuando uno le expresa sus pensamientos a Dios.

Es importante recalcar que no se trata de llegar a ser perfectos. Ningún ser humano puede llegar a ser perfecto; sin embargo, podemos decidir de corazón que vamos a hacer la voluntad de Dios.

Cuando, por debilidad, incumplimos tal propósito, ¡podemos levantarnos! sacudimos el polvo de la derrota, y proponernos otra vez que vamos a cumplir Su voluntad. Lo más importante es que nos esforzamos por hacer Su voluntad. Es por la gracia de Dios -por medio de la fe- que seremos salvos; no por la perfección (Efesios 2.8). La fe consiste en procurar sinceramente hacer la voluntad de Dios.

Cuando incumplimos de modo tal que lastimamos a otra persona, disculpémonos y asegúremonos a ésta que lo lamentamos y que trataremos de comportarnos mejor en el futuro (Santiago 5.16). Si nuestro pecado ha lastimado a toda la iglesia, podemos venir al frente de ella, pedir que nos perdonen, y solicitar a los hermanos y hermanas en Cristo que oren por nosotros (Santiago 5.16). Dios y la iglesia nos perdonarán.

Una sección de las Escrituras que usted tendrá necesidad de leer primero, ahora que ha comenzado a vivir la vida cristiana, se encuentra al comienzo del Nuevo Testamento -Mateo, Marcos, Lucas y Juan- en el cual se narra la vida de Cristo. Con la lectura y estudio que haga de estos libros podrá usted comprender cómo vivió Jesús cuando anduvo sobre esta tierra. Todo lo que aprenda sobre Él le ayudará a seguirlo más fielmente.

PASO NÚMERO TRES: ADORE A DIOS

El tercer paso que usted necesita dar en su búsqueda de un comportamiento cristiano, es comenzar a adorar a Dios regularmente. Si hay una iglesia de Cristo en su vecindario, querrá usted reunirse con ellos el domingo y otras ocasiones en que se reúnan para adorar en grupo. Notará que todos los domingos se reúnen para cantar, orar, estudiar la Palabra de Dios, observar la cena del Señor y ofrendar según las bendiciones que han recibido de Dios. Usted debe participar con ellos en cada una de estas expresiones de adoración.

En caso de que ninguna congregación de la iglesia del Señor se reúna en su comunidad, usted puede llevar a cabo cultos regulares para adorar fielmente a Dios; y esto es algo que puede hacer en su casa, en algún edificio desocupado o, incluso, debajo de un árbol. Con el tiempo, podrá usted construir un local, en el cual llevar a cabo los cultos. El Nuevo Testamento dice que la adoración bíblica puede llevarse a cabo en cualquier lugar donde estén dos o tres reunidos en el nombre de Jesús (Mateo 18.20).

Lleve a cabo las reuniones de la iglesia

En el Nuevo Testamento advertimos que los cristianos primitivos se reunían el primer día de la semana, es decir, el domingo. Como usted ya lo sabe, éste fue el día en que el

Señor se levantó de entre los muertos. Cuando los primeros cristianos se reunían el domingo para adorar, ellos participaban de la cena que Jesús instituyó; la cual debía observarse con el fin de hacer memoria de Su muerte y resurrección. Es claro que participaban de esta cena cada domingo. Esta era la llamada «cena del Señor» (1ª Corintios 11.20), que se tomaba el día del Señor de todas las semanas. Estudie detenidamente: Hebreos 10.25; 1ª Corintios 11.22; 16.1-2; y Hechos 20.7.

Observe la cena del Señor

Cuando Cristo instituyó la cena del Señor, Él usó dos elementos: el fruto de la vid y el pan sin levadura. Fue en el momento que nuestro Señor comía la Pascua con Sus discípulos, cuando Él les dijo que observaran esta cena. La cena de la Pascua incluía solamente pan sin levadura y una bebida, la cual era una mezcla del fruto de la vid (jugo de alguna clase de uva) y agua. Jesús dijo a Sus discípulos que comieran el pan y recordaran Su cuerpo que fue dado por ellos. Les dijo que tomaran la copa, o el fruto de la vid, y así recordaran Su sangre que fue derramada por ellos.

Será necesario que usted siga las instrucciones del Señor y el ejemplo de los cristianos del siglo 1, que se narra en el libro de Hechos. Cada domingo ustedes, que han sido obedientes a Cristo, deben reunirse para adorar. Deben cantar, orar y estudiar la Palabra de Dios. En algún momento del servicio de adoración, participen de la cena que Jesús les dejó. Tengan a mano algo de pan sin levadura en un plato. Pidan a Dios que reciba su agradecimiento por el pan que representa el cuerpo de Cristo, y por Su gran sacrificio. Luego, pasen el pan a todos los cristianos que desean comer de él y así recordar el cuerpo de Jesús.

Para hornear el pan de la cena del Señor, se requiere solamente de unos pocos ingredientes de uso corriente: harina, agua, sal y aceite. No le agregue levadura. He aquí una receta de muestra para hornear dos panes del tamaño de su mano.

Ingredientes:

1 taza de harina de trigo o cebada
3 cucharaditas de aceite
1 cucharadita de agua
una pizca de sal

Instrucciones:

Mezcle los ingredientes y extienda la masa en una cacerola engrasada. Pinche la delgada capa de masa y hornee durante unos 10 minutos en el horno a una temperatura de 350⁰ F o 175⁰ C. El producto final debe sacarse antes de que tome un color café. También se puede cocer la masa sobre el fuego hasta que el pan tome una consistencia crujiente.

Luego, tomen la copa o copas que contienen el fruto de la vid. Haga oración a Dios, dando gracias por la copa y la preciosa sangre que Jesús derramó para obtener perdón para nosotros. Después de la oración, pase las copas a los cristianos que estén presentes, de modo que cada uno pueda tomar de la copa y recordar que la sangre de Jesús fue derramada por nosotros.

Cuando Jesús instituyó la cena, Él usó «el fruto de la vid», o jugo de uvas. El jugo de uvas está disponible, alrededor de todo el mundo; pero si no se puede comprar en su región, usted puede producirlo exprimiendo uvas en un recipiente. Si se le conserva apropiadamente, la cantidad de jugo que se exprima durante la temporada de uvas, puede durar todo el año. Puede obtenerse el fruto de la vid también a partir de las pasas (uvas secas) al hervir éstas en agua. Después, las pasas son eliminadas y el jugo que quede puede ser usado en el servicio de comunión.

Ponga aparte algo, ofrende

Todo cristiano ha de «[poner] aparte algo», lo cual hará con el fin de contribuir a la obra del Señor. En un momento apropiado del culto que lleva a cabo la iglesia reunida, a todos los cristianos debe dárseles la oportunidad de dar de lo que han sido prosperados, según lo enseña el Nuevo Testamento (1^a Corintios 16.12). Para facilitar este acto debe pasarse de mano en mano alguna clase de cesta, en la cual se deposite lo que se va a ofrendar. Recuerde que esta es una expresión de culto y debe hacerse reverente y alegremente. Las ofrendas que se den, deben usarse para llevar a cabo la obra de la iglesia. Se pueden usar, por ejemplo, para predicarles el evangelio a los demás, ayudar a los pobres, comprar Biblias para el estudio, y cualquier otro propósito que guarde armonía con la obra de la iglesia.

El siguiente es un ejemplo del orden que pueden seguir las actividades de un servicio de adoración:

Oración

Uno o varios cánticos

Comentario de un capítulo de las Escrituras o un sermón

Una lectura sobre el tema de la cena del Señor

Observancia de la cena del Señor

Cántico

Acto de ofrendar según cada uno ha sido prosperado Cántico

Oración

Como quiera que se ordene el servicio, cada uno de estos actos de adoración deben ser incluidos.

Lleve a cabo reuniones para decidir asuntos de la congregación

Para poder llevar a cabo el trabajo de la congregación local; y hacerla «decentemente y con orden» (1ª Corintios 14.40), los hombres de ella van a tener que reunirse de vez en cuando. Esto es aún más necesario cuando no hay ancianos. Estas reuniones no deberán hacerse con el propósito de legislar por Dios; sino para asegurarse de que la adoración y la obra del cuerpo local se lleven a cabo de modo que reflejen el sentir de Cristo. Estas reuniones proporcionarán el ambiente y ocasión apropiados para la toma de decisiones acerca del horario de los cultos, la escogencia de ayudantes para el servicio de adoración, el planeamiento de buenas obras y el análisis de otras cuestiones de índole espiritual. Es esencial que cada uno de los participantes en estas reuniones observe un comportamiento cristiano (Efesios 4.1-3). Alguien dijo: «Todos tienen el derecho de ser escuchados; pero no se les garantiza que sus dichos sean aprobados». Este es un buen lema.

Las siguientes son algunas preguntas que deben plantearse cuando se analizan asuntos de la congregación:

- ¿Es bíblico?
- ¿Glorificará a Dios?
- ¿Edificará?
- ¿Funcionará?

Los varones deberán ponerse de acuerdo acerca de la frecuencia y horario de sus reuniones. Deben elegir un día y hora cuando la mayoría de ellos pueden asistir. Debe elegirse a uno de los hermanos más maduros para que sea él quien dirija las reuniones. Es aconsejable que se varíe el hermano a quien se le asigne esta responsabilidad. No es éste un puesto de autoridad; sino una manera práctica de proceder. Las decisiones deben tomarse por consenso. Alguien debe llevar un registro de las decisiones. El siguiente es un ejemplo del orden que puede seguir una reunión de éstas:

Oración

Asuntos pendientes -revisión de acuerdos tomados en reuniones anteriores; informes de progreso de responsabilidades asignadas

Asuntos nuevos -análisis de necesidades, planes futuros, asignaciones y asuntos espirituales Oración

De servicio a Dios diariamente

Usted va a tener necesidad de adorar a Dios diariamente en su corazón, y en cultos familiares. Cada vez que se disponga a ingerir una comida, haga oración a Dios, dándole las gracias por los alimentos que le ha dado, y hágalo antes de comer. Ore regularmente con su familia, presentándole las necesidades que ustedes tienen a Dios, dándole gracias y adorándole por todo lo que

Él hace por ustedes.

Por supuesto, que va a tener necesidad de adorar a Dios en otros momentos de la semana, además del domingo. Se reunirá siempre el domingo, para un servicio que incluirá la observancia de la cena del Señor y la ofrenda. Pero, además de esta reunión, va a tener necesidad de estar con sus semejantes cristianos -tal vez los miércoles por la noche- para estudiar la Biblia, orar y cantar. Es importante que los cristianos se reúnan a menudo, adoren juntos y se animen unos a otros en el Señor.

Como siervo del Señor que es, deberá usted permitir que Él le hable diariamente, por medio del estudio y lectura de Su Palabra. También usted puede hablarle a Él diariamente por medio de la oración que le haga.

PASO NÚMERO CUATRO: HAGA BUENAS OBRAS

El cuarto paso que usted necesita dar, es el de servir al Señor. Ya usted es cristiano, seguidor de Cristo, así que viva como Él vivió. El Nuevo Testamento nos dice que Él anduvo haciendo lo bueno (Hechos 10.36).

Haga partícipes a otros del Evangelio

Los cristianos deben evangelizar, es decir, hacer partícipes a otros del evangelio. Lo siguiente fue 10 que Jesús dijo justo antes de volver al cielo: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio [...]» (Marcos 16.15). Cristo murió para dar origen al evangelio; ahora nos corresponde a nosotros trabajar y cerciorarnos de que este evangelio sea predicado a toda persona. Una forma como usted puede evangelizar es por medio de pedirles a otros que lean este libro. Anímelos a hacerse cristianos. Hagamos todo lo que esté dentro de nuestro alcance para llevar a otros a Cristo.

Edifique a los demás

Otra tarea que el cristiano debe llevar a cabo es la de edificar a otros. La palabra «edificar» significa construir.

Ayude a otros

También tendrá usted que ocuparse en obras de benevolencia. Pregúntese: «¿Cómo puedo yo ayudar a los pobres?». No podrá ser como Cristo mientras no se preocupe por los necesitados (Mateo 25.31-46).

He aquí una lista de algunas buenas obras que los cristianos hacen:

Enseñar a otros el evangelio
Visitar a los enfermos

Ayudarles a los niños a aprender sobre Dios
Alimentar a

los que tienen hambre

Ayudar a las viudas y huérfanos

Visitar a los que están en las cárceles Practicar la hospitalidad

Distribuir literatura cristiana

Invitar a otros a la iglesia

Orar por otros

Leerles la Biblia a los que no pueden hacerla

Jesús vino a este mundo a servir. No vino para ser servido, sino para servir a otros y a dar Su vida en rescate por muchos (Marcos 10.45). No podemos morir por otros tal como Jesús lo hizo; pero sí podemos vivir por otros por medio de enseñarles el evangelio, ayudarles en el crecimiento en Cristo, y mostrarles compasión cuando sufren.

CONCLUSIÓN

¿Ha leído usted el relato acerca del noble etíope que se convirtió, que se encuentra en Hechos 8? Si no lo ha hecho, deje de leer este libro por un momento y lea ese relato. Felipe fue enviado a enseñarle el evangelio. El etíope lo recibió con alegría y llegó a ser cristiano.

Felipe era un hombre inspirado. Este libro que usted está leyendo no es inspirado. No obstante, en estas páginas, ha leído lo que el Nuevo Testamento enseña acerca de la salvación que Cristo realizó y la iglesia que Él estableció. Así, estas páginas lo han referido a usted al libro inspirado, a la Biblia. Compare lo que ha leído aquí con lo que dicen las Escrituras, y comprobará que hemos tratado de enseñarle lo que el Nuevo Testamento enseña.

Dios le dio al etíope la oportunidad de ser salvo. No fue este un estudio que se prolongara por varias horas; pero sí fue suficiente para enseñarle cómo llegar a ser cristiano y cómo vivir la vida cristiana. Hemos tratado de enseñarle lo mismo a usted. Ahora es su oportunidad. Esperamos que la aproveche en su totalidad. Nos despedimos con un sincero deseo de que le vaya bien. Que las ricas bendiciones de Dios sean derramadas sobre su persona al obedecer usted el evangelio que Él dio por medio de Su Hijo. Esperamos poder conocerle en el cielo; si no antes. FIN